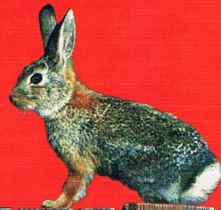


Juan Chambeaux

# El circo, el loco y lo demás



narrativa

## INTRODUCCION

"De los caminos cerrados un dios siempre encuentra la salida".

¿A quién he escuchado esa cita? Tal vez al mismo Pedro, el del extremo de todos los mundos. Eso sí que en la época en que comienzo el relato no había oído la frase, ni estaba para cosas semejantes. Apenas vivía y aquello era muy parecido a no hacerlo. ¿Cómo había llegado a sentirme de esa manera?

Es verdad que para todos es común la experiencia de que un día es muy parecido a otro, que los cambios se vienen a notar con el tiempo y no siempre la vida tiene aventuras. Pero en mi caso estaba cercano a la zona de niebla, al páramo del alma. Más allá de la angustia.

Si entonces hubiera tenido conocimiento de aquella frase no me habría conmovido porque mis caminos estaban cerrados. Se habían sumado hechos que formaron una trampa imperceptible pero real. Parecía un insecto distraído que, sin saber cómo, quedó atrapado en la telaraña. Será por eso que los arácnidos, con su silencio y las redes mortales, me atraen y repelen.

Puedo presentarme de esa manera, sin responsabilidad; como una triste víctima de las circunstancias. Tengo claro que desde ahora no sería una explicación valedera, sin embargo en aquella época creía en la mala suerte, la incomprensión de los semejantes y la condición trágica del ser humano.

Pero mi labor no es contar momentos anteriores, sino desde cuando bajé al pueblo.

## CAPÍTULO I

Cuando descendí por la cuesta, pareció tomarme la somnolencia que no me dejó mientras estuve en el pueblo. Vi las casas desde la altura y pensé en quedarme al lado del camino mientras descansaba del sol que caía verticalmente sobre mi cabeza. Había llegado empujado por los datos que me dio una mujer en el mercado. Vaya para allá porque hay muchas historias, y según dice a usted le gustan; es un lugar perdido del que nadie se acuerda y usted sabrá sacarle provecho.

Un tipo grueso y de pocas palabras me acercó en un camión que se desarmaba. A pesar de su ayuda quedé a tres horas de la cuesta que se abría al valle en una amplia panorámica.

A medida que bajaba me sumí en un caserío pobre de casas pequeñas. Las viviendas se agrupaban en torno a la huella de tierra que se ensanchaba en una plaza y más allá se perdía abruptamente entre pasto y cosechas. Las casas estaban cerradas. Parecía un lugar de fantasmas. Ni perros me salieron al paso. No era lo que la señora había pintado. Aquello no sólo no tenía interés, sino que además me enfrentaba al problema de que debía pensar en alojarme. Encontré a un muchacho esquelético a quien pregunté dónde podía descansar y tal vez dormir por la noche. Abrió los ojos y miró con desconfianza. Dio las señas de una casa grande casi a la salida del caserío. Un blanco murallón ocupaba toda la cuadra, no me podía perder.

Era fácil dar con la pared coronada por una barda de tejas rojas. La pintura descascarada dejaba ver el estuco de barro y paja sobre los adobes. Al medio, las persianas y la imponente puerta de entrada indicaban que estaba frente a las habitaciones. No pensaba encontrar esta mansión entre casas destartadas y pobres. Golpeé en vano. Fui al otro lado de la vereda tratando de tener mejor visión. Las cortinas estaban cerradas, la casa quieta. Consideré la posibilidad de devolverme. Salir de aquel lugar inhóspito, pero no alcanzaría otro pueblo aquella jornada. Habían sido casi cinco horas de viaje en el pequeño camión de resortes vencidos. Estaba exhausto, obligado a permanecer al menos hasta el día siguiente. Sentado al borde de la calle observé una vez más mi condición. ¡Qué pérdida de tiempo!, pensé. Y tiempo para qué, dije luego. No podía haber llegado a otra situación que esa, itinerario de ninguna parte. No lograba desandar lo recorrido ni tampoco avanzar, estaba a merced de las circunstancias. Tomé el bolso y caminé por donde había venido, llegué a un portón que alguien intentaba empujar desde dentro de una casa. Las hojas de gruesa madera estaban caídas de manera que se arrastraban sobre la tierra y los goznes oxidados rechinaban. Apareció un hombre alto de piel oscurecida por el sol, ojos y pelo muy negros, prominente nariz y bigote. Quedó mirando como si estuviera ante una aparición. Me detuve frente a él.

-¡Y usted quién es! -preguntó insolente, como si fuera el dueño del lugar, incluidos valle y cerros.

No quise responder.

-Pase. Se ve cansado y alguna atención le haré -dijo, sin cambiar su tono autoritario. -Esta es cantina, restaurante, salón de baile. No hay otro lugar para refrescarse.

Miré adentro. Tras el portón había un espacio techado, amplio, con pocas mesas. El piso de tierra apisonada, algo disparejo. Las paredes tenían dibujados mapas hechos por un

dudoso artista sin conocimientos de geografía. Al fondo, un mesón de madera que alguna vez había sido verde. Tras él, botellas de bebida puestas en hilera, algunas de cerveza y un espejo que devolvía la imagen del lugar con los precios pintados a la tiza. Del cielo colgaban manojos de paja seca, guirnaldas y banderas de papel de quizá qué antigua fiesta. Era más acogedor que estar en la calle.

Tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. Las urgencias se desvanecieron de un momento a otro. Nadie me obligaba a salir de ahí, no debía estar en alguna parte por la noche. La única preocupación era dónde dormir. Lo que hasta el día anterior había tenido continuidad en mi vida, en ese momento quedaba suspendido. Como si nunca hubiera existido el pasado, la familia, la casa, la profesión. ¿Qué hacía allí mirando la calle de un lugar desconocido?

-Diga algo, cómo se llama, qué le gustaría tomar, cualquier cosa -dijo.-Tiene cara de nada.

-Es poco amable. Debe atraer a la clientela, no echarla.

-Sé muy bien qué tengo que hacer. Pida. ¿Quiere un tinto? ¿Un jugo? Hay de naranjas.

-Jugo.

El hombre metió las manos bajo el estante y sacó naranjas diminutas que fue partiendo y exprimiendo delante mío.

-¿A qué vino?

-Ahora que estoy aquí, creo que el viaje ha sido un error.

-Es la única manera de que alguien como usted se acerque a este lado del mundo. Por equivocación.

Era absurdo. El hombre de bigote negro, aquel lugar con ridículas banderitas de papel decolorado colgando del techo, el viaje, mi vida. Disparatado, ilógico, irracional. No podía ser verdad que estuviera en ese lugar. La realidad se estrechaba y sentía que estaba atrapado en un rincón de mi propia mente. La idea de que no saldría de la fonda se cruzó por mi cabeza. Parecía una pesadilla.

-¿Se siente mal? Lo veo pálido.

-Debe ser el viaje. Tengo sueño y mucho calor.

-¿Dónde piensa quedarse?

-En la casa grande.

-Allí no le van a cobijar. Si acepta un consejo, no insista.

El jugo de naranjas estaba tibio. Ácido, amargo y tibio. Lo dejé de lado. El hombre examinaba con cuidado mis movimientos.

-Creo que es hora de ver dónde alojar.

-La casa grande... -se quedó pensando. -Alguna vez fue residencial, pero hoy ya ni se sabe quién vive ahí.

-Necesito encontrar un lugar -insistí.

-Espere a que refresque -contestó sin prestar mucha atención. Decidí hacerle caso.

-¿Por qué la casa grande en un lugar como éste? Aunque hoy se vea a mal traer, tiene que haber sido importante.

-Supiera lo que esconde tras la mampara. Lo que han visto los tres patios... no son cosas de contar así no más.

-Vine porque dijeron que aquí había historias.  
-Y las hay, como en todas partes. Sólo que debe saber preguntar. -El hombre calló un rato. Parecía que en el silencio me estudiaba. -Para que no se lleve sorpresas le quiero contar de la gente de acá. Aislados como están, podrían ser de dos maneras. Desesperarse por atender al de afuera o bien no prestarle atención alguna. Apenas viene un extranjero al año, mira y se va. ¿Qué trae el afuerino? Nada. ¿Qué se debe llevar? Nada.  
-Ahora entiendo por qué no están ni en los mapas.  
-Lo que es una ventaja. ¿A qué se debe este viaje tan incómodo?  
-Soy periodista y busco la noticia. Es un modo de decir. En realidad tengo dudas si ando tras algo.  
-Con ese ánimo parece barco a la deriva -el hombre acercó una silla, sentado a horcajadas se comenzó a balancear. -Hablando en serio, ¿qué hace un periodista por acá?  
-Dijeron que había una historia interesante.  
-¿Qué más contaron?  
-No mucho. Si quería nuevas, que hablara en la cantina  
Pensé que se podía sentir adulado, pero no dio muestras de interés.  
-¿Qué hace en su profesión?  
-Vendo artículos a revistas o diarios. Cada vez cuesta más conseguir reportajes que impacten. Por eso decidí salir a buscar información fuera de las ciudades. Es mucha la competencia.  
-Se nota que no le va bien.  
-¿Por qué lo dice?  
-No hay más que verle la cara. Está desencajado por dentro, igual que buey en el matadero: abre tamaños ojos y no sabe lo que le espera.  
-¿Qué tiene de especial la casa? -dije cambiando el tema que se volvía incómodo.  
-Averigüe.  
-En eso estoy.  
-Quiere la breva pelada y en la boca.  
-Si se puede, por qué no.  
Escuché una trompeta en la lejanía. Una trompeta triste que lanzaba acordes al aire.  
-¿Qué es eso?  
-¿Qué cosa?  
-No me diga que no oyó. Una trompeta...  
-Usted fantasea. Estamos conversando los dos y este ha sido el único ruido en el pueblo.  
-Escuché nítido el sonido. Muy lejano, alargado.  
-¿Lo oye ahora?  
- No.  
-Su imaginación le juega malas pasadas. Algún burro estridente tiene que haber sido. ¿Quién tocaría una trompeta por aquí? A lo mejor fue un ruido de la quebrada que se soltó y llegó hasta acá.  
-¿No será de algún poblado cercano?  
-No existe un lugar habitado en kilómetros. Pero le digo que si lo inventó o tiene algo en

los oídos que lo hace sentir ruidos donde no los hay, será mejor que se vaya.

El hombre estaba serio y parecía disgustado. Su rostro se había ensombrecido y las palabras salían duras.

-No tengo culpa si tocan trompetas. A lo mejor era en la quebrada, como usted dice.

-Ahí no vive nadie. Ni muertos siquiera.

Tal vez debería remontar cerros y dormir con las estrellas sobre la cabeza, lo que no era tan malo. Por un momento había pensado que aquel lugar podía tener la magia de detener el tiempo. Ahora todo se iba por la borda, incluido el artículo que para excusa del viaje ya no me convenía.

-De vez en cuando cae algún turista y antes de un día se devuelve por donde vino... lo que me llama la atención es que haya llegado justo hoy.

-No es feriado, ni siquiera fin de semana.

-Para usted. Y no importa que sea martes ni que hayan dado las cinco de la tarde ni que usted tenga calor. No tiene que ver con que haya escuchado trompetas. Es algo más importante. No se afane en preguntar porque no contestaré.

-Después de un rato continuó:

-¿Ha visto en un día de viento cómo se mueven los árboles? Parecen juguetes y uno ve que de un momento a otro se parten en dos. Así parece usted, a punto de algo grave, por eso pregunto si tiene algún agarradero.

-Una hermana y mi madre. Mi padre murió hace tiempo.

-¿Cómo se lleva con ellas?

-No las veo nunca.

-¡Lo abandonaron! -dijo con tono dramático, divertido con lo que escuchaba.

-No. Yo no las visito... tengo mucho que hacer.

-Hombre ocupado, demasiado trabajo.

-En verdad, no tanto. Cada vez me cuesta más que publiquen lo mío.

-¡Quién lo entiende, entonces! Dice que no le alcanza el tiempo para ir a verlas.

-Se acompañan, viven juntas.

-No se trata de si están solas, sino del tiempo que usted les destina.

-¿Importa eso?

-De puro verlo uno cree que a usted lo dejaron. Pero como lo cuenta, es usted el que se aleja.

-No es así.

-Sabía que diría: "No es así". No necesita defenderse. Le apostaría que su padre murió de soledad.

-Del corazón.

-De la peor soledad, esa que da ataque al corazón. ¿No ha escuchado que a alguien "se le partió el alma?"

-El no fue mucho mejor conmigo.

-Entonces se pagaron con la misma moneda, según usted. Con la diferencia que él se despachó. Tal vez no le sirva para un artículo lo que voy a contar -dijo después. -Ni siquiera estoy seguro si lo tomará en serio. A oídos alejados de esta realidad el cuento resultará una

invención en la cabeza de un loco.

-¿Cree que hay varias realidades? —me animé con esto de los diversos planos que pueden haber en una existencia, y deseaba saber si aquel personaje planteaba algo similar.

-Lo que digo es que sé que nadie entenderá lo que hablamos entre usted y yo. Usted mismo pensará que le tomo el pelo; a mí ni me va ni me viene.

No tenía que ver con las realidades y los planos que se yuxtaponen ni cosa que se le pareciera. Era apenas un relato de campo.

-La casa donde quiere dormir fue construida alrededor de tres patios -continuó diciendo. - Empezó sin pretensiones, de a poquito, como las demás. Con la diferencia que el dueño era distinto. Venía de afuera y era ambicioso. Hizo buenos negocios, y en pocos años era propietario de las principales tierras que usted ve por aquí. ¿Imagina lo que le cuento?

-Puede ser, aunque son pocos datos.

-Eche a volar el pensamiento. Para un periodista no debe ser difícil. Usted parece agarrar con facilidad las ideas. Creo que adivinará cómo era el hombre.

-¿Alguien que hace fortuna con rapidez? ¿Venía de una familia de dinero?

-No. Igual que todos.

-Entonces tiene que haber sido un tramposo. Alguien sin escrúpulos que hizo fortuna a costa de los demás.

-¿Ve como no le costó adivinar? ¿Qué más?

-Prometió lo que no pudo sostener en el tiempo y usó la extorsión para conseguir lo que se proponía. Por tanto, debe haber sido muy desconfiado.

-Usted es un brujo. Aquel hombre todavía es un mal recuerdo. La cosa es que recién empezada la construcción, mandó a subir la altura de las paredes del huerto, creyendo que lo podían asaltar. También aumentaron las piezas y agrandaron las que habían. Con eso ya tenía el tamaño de dos casas de las que hoy hay por acá. Así nació el primer patio. Pero el hombre era arrebatado y ansioso. Siguió con el segundo patio que terminaba en las cocheras. Debe haber sido bonito eso. Imagine un pueblo de entonces moviéndose para construirle a un hombre ruin. Todos unidos para sacar la casa adelante. Piense ] en lo que tuvieron que recorrer para traer piedras de la cantera, la de yeguas que corrieron sobre tierra, paja y agua para hacer los adobes. De la nada una pieza, un cobertizo, un pilar asentado sobre piedra canteada. Al final, una casa mal ubicada por lo demás. Señorial en medio de la pobreza. Los muros aún están derechos, a pesar de la altura que tienen y los lamentos que han soportado. ¡Y las lluvias! Dicen que antes caía más agua que ahora. Tome vino. Es demasiado fuerte para el gusto de ciudad, pero no me va a dejar con el vaso lleno.

-No está malo. Sólo que con el estómago vacío sube rápido a la cabeza.

-El trago va por cuenta mía; algo para la mandíbula tiene costo.

-No se preocupe. Cancelo hasta el vino si quiere. ¿Tiene queso y pan? Eso basta.

-Le traeré queso y pan. Pero no intente pagar el vino. Lo que le ofrezco está fuera de todo precio -desapareció por la puerta del mostrador. Retornó con una bandeja metálica que tenía dos panes amasados y un trozo ácido de queso de cabra. Con el vino y el alimento mi estómago estaría a prueba.

Tanta era la sugestión del relato o el tono con que contaba, que la narración del hombre ponía

marcha atrás al tiempo. Nuevamente sentía un relajo profundo; nada me apuraba y flotaba como en un sueño. Decidí no poner resistencia a las imágenes.

-¿Cómo cree que terminó la historia? -preguntó sacándome de la ensoñación.

-Mal. Decadencia y muerte es lo primero que imagino.

-Bueno, el tercer patio es el de la decadencia. Lo crearon cuando a la familia le tocó pagar. Pero estábamos antes, mientras construían. Trajeron hermosos muebles de afuera. Con lustres y olores que acá no se conocían. Todavía los puede ver si consigue que le abran la puerta. ¿Es como para escribir lo que le cuento?

-Apenas dos frases.

-No sea impaciente. Recién comienzo. ¿Cuántos hijos cree que tuvieron?

-¿Cómo quiere que sepa?

-Inténtelo. Es obvio.

-Dos.

-¿Sexo?

-Hombre y mujer. No me diga que adivino.

-Así es. A usted le pasa algo con este lugar. Cada vez que pregunto, acierta. ¿Tal vez siente que se acerca a su propio pasado?

-No. Llego a creer, más bien, que el tiempo se detiene. Me ha sucedido dos veces en el rato que he estado con usted.

-Algo así quiero decir. ¿Y cómo eran los hijos de este matrimonio?

-La mujer era la mayor. Tierna, hermosa. Casi no la imagino de este mundo. Puedo inventar también que era la preferida del padre. Nunca se casó y tuvo una existencia trágica, a causa de un mal de amor que la llevó a la destrucción. Tonteras que se me ocurren.

-Tierna, hermosa, de cara blanca. Silenciosa. Parecía no tocar el suelo. Miraba a la distancia porque lo cercano no existía para ella. Creció rápido, para mal de los varones que caían como moscas en sus redes. Todos se enamoraban, ella no complacía a ninguno.

...

Mientras el hombre relataba partí a un tiempo remoto. Los vapores del vino, el calor y el cansancio hicieron su efecto.

Vi a una hermosa adolescente que caminaba en medio de un pueblo que nacía. Parecía reconocer a ese rostro, confundido con alguna imagen de mi memoria más profunda que no lograba identificar. Un perro la precedía. Ajusté la visión. Un perro levantaba la pata y orinaba en el portón de la cantina. Traté de ver mejor. El animal miraba con ojos lánguidos: era real, estaba tratando de reconocerme con el olfato. Dio media vuelta, desapareció de mi ángulo visual por el mismo lado donde alcancé a ver el ruedo de un vestido blanco que se arrastraba por el suelo. Lleno de figuras y encajes de seda. Blanco, limpio, radiante. Sentí ganas de salir y observar la aparición. ¿Era la joven? ¿Alcanzaría a ver su talle camino abajo, antes de doblar hacia la casa grande? La cordura se impuso: no era posible que hubiera sido cierto. Aparte del perro no había nadie. Cordura, locura, el lugar me trastornaba. Blanca como la leche y de pelo amarillo. Cambió a tez morena y pelo como la noche, porque el cantinero explicaba que a

pesar de la belleza...

-...de Alfonsina, porque así se llamaba, no estaba claro en qué consistía su hermosura. Si tenía rasgos indianos, de ojos alargados y sugerentes, o si era pálida, de mirada redonda como interrogación.

Dejó de hablar. Desde la aspereza del rostro distante medía la impresión que las palabras producían.

-Cuénteme a qué vino.

-Ya le dije.

-La verdad que está detrás, la más importante.

-No veo otra. Necesito publicar porque no me está yendo bien.

-¿Y viene acá dónde nadie ha aparecido en años? ¿No le parece extraño? Una visita no es común, siempre tiene significado, para usted y para nosotros. Tras del cuentito de la escritura debe haber algo más. Al menos reconoce que es pésimo en su profesión.

-Dije que me estaba yendo mal, no que fuera malo.

-Lo mismo. Alguien bueno para el campo produce hartó y bonito. A Manuel se le dan las papas que ni le cuento, y también los tomates y las manzanas. Él es para eso. De papeles y diarios no entiendo, pero si fuera bueno haría cosas que todos querrían publicar.

-No es así. Demasiada gente en lo mismo...

-De verlo llegar no más parece que le pide permiso a una pierna para mover la otra. Está desganado, y no me diga que por lo del viaje. Lo vi en los ojos y los ojos dicen verdad, no inventan. Seguramente usted tiene mucha palabra, y por la palabra se miente, pero por los ojos es imposible. ¿Le gusta lo que hace?

-No sólo eso me desagrada. Cada día que pasa es más gris que el que dejé atrás.

-Entonces el significado de su venida debe tener que ver con eso.

-¿Qué va a suceder con este viaje?

-No dije que tuviera que ocurrir algo.

Mientras hablaba, escuché un rugido a la distancia.

-¿Ese sonido?

-¿Cual?

Y volvimos a lo mismo cuando oí la trompeta: escuchaba cosas que estaban en mi imaginación. Era descabellado, pero en aquel lugar, tal vez a pleno campo, había un león. El hombre de gran bigote y porte destacado continuaba mirándome como si hablara con un loco. Era sordo, quería aparecer sordo o de verdad había estado desprevenido.

Volví al pan, que era lo único bueno, al queso de cabra, al vino, al mutismo. Permanecimos en silencio un buen rato. Por la mañana de todas maneras me iría de ese pueblucho sin gusto a nada, lleno de fantasmas y envuelto en el calor. Que se guardaran su casa con cuentos. Ya encontraría otros lugares interesantes, con sabor, donde se me dieran crónicas listas para copiar y publicar. Incluso podría hacer una serie, acentuando los tonos pintorescos de lo que fuera viendo. Salvo de aquel lugar del que apenas mencionaría tres frases, si es que me daban ganas.

...

-Seguiré con la historia de José.

-¿Qué José?

-El hijo de la familia, hermano de Alfonsina. Nació tres años después que ella. A destiempo, sin objetivo, por el gusto de nacer. El padre tuvo ojos sólo para la mujercita, lo que fue notorio hasta para la madre, que vivía en la luna.

También vi al hijo cruzando frente a la puerta del boliche. Flaco, aventurero, de mirada más bien oscura, inteligente y concentrado. Distinto a los demás por la cuna, por la dura subsistencia para recoger una migaja de cariño, acostumbrado, al final, a hacer su vida, sin molde y sin destino.

Alfonsina llegó a causar problemas serios en la adolescencia. Cuando salía a la calle los hombres quedaban embobados preguntando si era cierto aquel ensueño, si tanta perfección era posible. Si acaso no habían contraído un mal endemoniado que no les dejaba ver la realidad como la habían visto siempre, un poco gris, un tanto desesperanzada, casi igual todos los días. Abrían la boca como estúpidos, mientras ella esparcía aromas extraños por el aire. Sólo se salvaban los niños muy niños y los viejos muy viejos, que no entendían la locura desatada a los cuatro vientos.

José, por el contrario, fue perdiendo contacto con la gente. Quedó como una pesadilla lejana y por último nadie lo recordó. En la adolescencia se escondió en el dormitorio y sólo comía lo que le llevaban. Hasta la familia prescindió de su figura. No fue interés ni preocupación. La madre preguntaba por las mañanas si el muchacho había devuelto los platos vacíos. Lo hacía silenciosa, asustada, porque el marido ya no quería saber nada del que heredaría el apellido. El futuro de la familia era un acto fallido con un hijo como él. Mejor que desaparezca, decía, mejor que se encierre, que se lo trague la tierra. Como todos, María, la sirvienta, se esforzaba en olvidarlo y lo conseguía hasta la noche, cuando el sueño volvía cansador, con pesadillas. "Debe ser el joven que pesa más que si anduviera alborotando".

Alfonsina terminó enamorándose de un joven viajero sin pasado, sin futuro y sin destino. Cuando el padre se dio cuenta, ya era demasiado tarde. Había pasado mucho tiempo bajo sus narices y Alfonsina estaba enfrente suyo diciendo que se iba a casar. El hombre miró como idiota y ni sospechó que el futuro estaba terminando.

No había querido ver que Alfonsina estaba cada vez más contenta y ya no pasaba en la casa. Su mujer le había dicho que parecía enferma de felicidad y eso la preocupaba. No había querido oír que un forastero había llegado.

Desde que el extraño llegó al pueblo hasta cuando se fue transcurrió un mes. Las suelas de sus zapatos no estaban quietas y necesitaban estar en lugares distintos. Volvía a la capital para finiquitar los trámites del matrimonio, que sería en tres meses más. Un sábado a las siete de la tarde. Trataría de llegar antes, pero su familia necesitaría que él los acompañara en el viaje.

El tiempo pasó demasiado rápido, por fin faltó una semana. Del novio no se sabía y en la casa afloró el temor guardado en el fondo de las conciencias. ¿Y si no había sido más que una tomadura de pelo? ¿Si estaban en medio de la peor pesadilla? Alfonsina salió al encuentro de los miedos colectivos. Recobró la palabra para decir que el novio le había contado que llegaría el mismo día de la boda: le cargaban las esperas y los preparativos. Con eso alejaba los cuchicheos y podía volver al silencio. María fue la única en sospechar que aquella noticia podía

ser una invención. ¿Por qué ahora saca voz firme? Para tranquilizar y seguir soñando. Guardó el pensamiento porque sabía que era cierto.

Hasta que llegó el día, inesperadamente. Fue tanto el esfuerzo que hicieron que nadie más había hablado de preocupación, de plazos, de cosas que quedaban inconclusas. Sorpresivamente fue sábado y se dieron cuenta que lo que no se había hecho ya no lo enmendarían. A las seis de la mañana los pájaros trinaban extrañados por el movimiento de la casa. María tomó las riendas más allá de sus atribuciones y las mujeres y los hombres agachaban la cabeza; detrás de su comportamiento mesurado, afloró una personalidad expansiva, exigente, perfeccionista.

. . .

-No tengo claro si está siguiendo el cuento.

-¿Qué dice?

-Que lo veo cansado y distraído. ¿Imagina el relato?

-Ni sabe de qué manera. Le describiría hasta el moño de María.

-A pesar de que ha dormitado.

-No le creo.

-Ratos largos. Ni sintió cuando salí a separar a los perros que peleaban en la calle.

-Imposible.

-Desde el sueño muchas cosas no pueden ser, pero otras se hacen sólo cuando dormimos.

¿Con qué sabor queda?

-A melancolía.

-¿Y de qué cree que está hecho este pueblo? Sólo de melancolía. De la diferencia entre lo que fue y lo que pudo ser. Es la melancolía la que hace que nadie venga y sin embargo estamos a la vuelta del cerro, al alcance de la mano de desprevenidos como usted.

-¿Quiere decir que es un pueblo que no tiene ubicación, que podría estar en todas partes?

-Más bien en ninguna. No se preocupe -dijo con voz socarrona- el pueblo también desaparece. Cuando uno decide dejar la tristeza de las cosas perdidas y va tras el futuro.

De lo que decía no podía sacar una línea para un artículo. Transmitir aquello en una crónica era demasiado descabellado, aún si fuera la entrevista a un demente. Como ficción tampoco tenía asidero. En síntesis, un viaje en vano.

-No entiendo -dijo pensativo.

-¿Y desde la melancolía quién entiende? La melancolía, la fuente de todas las emociones, es siempre antigua, tiene la edad del hombre. A ver cómo le explico. Estamos vueltos al pasado y mire cómo hemos perdido el brillo de los ojos. Hay que tenerlos para afuera, hacia lo que viene. ¿Sabe por qué nos encontró tan luego? Porque nos necesita. Tanta historia con que no tiene ganas de vivir. Lo que pasa es que está mirando con la espalda. En vez de caminar hacia adelante, va como los camarones que no entienden que cada vez que avanzan todo lo que ven se les aleja. ¿Qué dejó? O mejor, qué cree que dejó. No diga nada, uno está en el campo, en un pueblo que ni existe, qué tiene que andar hablando tonteras.

-La conversación me trae recuerdos de niño. Entonces creía que alguien nos observaba, sin que nos diéramos cuenta. Podía ser un ser humano con poderes o un espíritu. Muchas veces giraba la cabeza y miraba hacia atrás tratando de descubrirlo observando. Después pensé que si era tan poderoso, también se metía en mi pensamiento. Desarrollé agilidad en torcer rápidamente el cuello para ver si ese alguien o ese algo estaban por ahí. Llegué a vivir en constante sobresalto, moviendo descontroladamente la cabeza en forma automática. Terminé pensando que él me obligaba a seguir esa rutina loca.

-O sea, con tortícolis permanente.

-Sé que parece una niñería, y de hecho lo era.

-¿Y cómo se sentía con tanto esfuerzo? Pregunto porque no debe ser fácil vivir con la sensación de tener un par de ojos pegados a la espalda. Un par de ojos que se meten hasta en la sopa, además. Mire que entraban en los pensamientos.

-Le pedí que no riera.

-Es que uno tiene su aguante no más. Es tan divertido.

-Lo echó todo a perder.

-No, cuente hombre. Cuente.

-Por unos meses fue una presión constante. Muchas veces tuve dificultades para dormir.

-Le habrá contado a alguien, eso podía aliviarlo.

-Nunca he tenido la boca más cerrada que entonces. Tal vez por miedo a que aquello me castigara.

-Por eso es tan desconfiado. ¿Se dio cuenta cómo llegó al pueblo? Miraba adentro de las casas como un ladrón. Eso le pasa a gente como usted. Llegan solos y se van solos. Un botón de muestra: a pesar de que llevamos largo rato conversando, todavía no se entrega.

-A usted también lo veo poco entregado como dice, sin confiar en mí.

-El ladrón los cree a todos de su condición, explica el refrán. Soy dueño de casa, esa es mi seguridad. Y por último, no necesito de su charla, mientras que usted sí. Parece al borde de que los ojos del ser aquél le jueguen una mala pasada nuevamente.

-No use lo que digo.

-¿Por qué no?

-Me da vergüenza. Eso es del pasado. Nunca hubo ojitos ni nada.

-Pero recela de los demás. Esos son ahora los ojitos de la niñez.

-¿Y en qué quedó la historia de la casa?

-Estábamos en el día del casorio. Dicen que fue un ajeteo de lo lindo.

María atizó las brasas que deberían mantenerse encendidas hasta la madrugada del día siguiente.

La familia almorzaría algo liviano y en silencio, cada uno con su preocupación. Por la tarde, sin dormir siesta, la postura del vestido a la novia: había que cuidar cualquier detalle que quedara suelto. Sólo mujeres; la madre, alguna sirvienta y ella misma.

Los invitados llegaron de a poco. Un señor gordito golpeó con insistencia.

Luego un matrimonio con una hija fea como la noche oscura.

De ahí en adelante perdieron noción de las visitas. A las ocho de la noche, María fue a ver a Alfonsina. Estaba pálida como papel. Sentada al borde de la cama miraba un punto fijo en la

pared. Niña, ya sería bueno que se fuera vistiendo. Le sacó y puso ropa mientras ella se dejaba hacer. La madre entró nerviosa, tiritando como gelatina. Qué bueno que estás acá, María, sin ti no sabría qué hacer; esta niñita está en otro mundo, ni se da cuenta que hoy se casa, y mi marido borracho en la pieza gritando cada barbaridad; no soporto más, María, qué van a decir los invitados.

Cada minuto pesaba. Cada minuto traía la evidencia del novio desaparecido. Como en el cuento, cuando llegaron las doce todo cambió. Un joven a quién nadie reconoció, apareció en el salón. Flaco y largo, ojos hundidos, pálido, José. Esa presencia tan discordante con la alegría trajo silencio: Se acabó el festejo, dijo, el matrimonio no se hace; Enrique, ayude a los invitados a salir. Terminó la charla y las visitas partieron ordenadamente. En un instante el salón quedó vacío. María entró con los sirvientes y despejaron. José dio una mirada y no reparó en un copa de champaña a medio llenar sobre el piano. Mandó traer una cadena gruesa y candado. Aquí nadie más entra. Fue al dormitorio y cuando María revisaba para dar por terminada la horrible jornada, dio con él a boca de jarro. Se sobresaltó de ver su determinación, tenía los ojos empecinados en algún futuro. María me voy; no me esperen y haga que mis padres entiendan, lo siento por Alfonsina. De ahí fue que María sacó que iba tras el novio y se tejó la leyenda de que no pararía hasta traerlo aunque fuera muerto. Aquella noche la mujer tuvo insomnio, y las siguientes sólo durmió apenas recordando aquella mirada tan determinante.

. . .

-De ahí en adelante todo fue olvidar en la casa. Nunca hubo preparación para matrimonio, fiesta, ni hijo que se llamara José. Llegó el silencio. ¿Está aburrido? Parece que le está lloviendo.

-¿Parece qué?

-Que le está lloviendo. Así decimos acá cuando la gente está preocupada.

-Debe ser porque no sé dónde pasaré la noche.

-Si fuera eso, no alcanzaría ni para llovizna, y más bien creo que le llueve de verdad. Con relámpagos y truenos. ¡Pobre hombre!

-Se burla.

-A medias. Tiene demasiada compasión de usted mismo y no quiere reconocer lo que es evidente: le llueve a cántaros.

-¿Quiere que le cuente lo que sucede?

-Por lo menos. Si no no entiendo los tambores que oye, las flautas, la orquesta entera como dirá en un rato más.

-Estoy confundido y no sé si es por el sueño que tengo o usted ha provocado esto.

-No he sido yo. Habla de periodismo y a la legua se ve que la profesión ni le importa.

- Quise ser periodista y aquí me tiene. No soy bueno o no tengo interés.

-En su caso qué es primero, ¿el huevo o el periodista?

-¿Lo primero? El deseo de crear el gran artículo, atractivo, rompedor, brillante, único.

-¿No vino a eso?

-Hasta a mí me está pareciendo sospechoso el viaje. Ante usted lo que nunca he querido

confesar: no me gusta escribir, dedicación pasaría del montón, pero no tengo paciencia. En vez de ganar, con el tiempo he ido perdiendo. Me han relegado a tareas cada vez menos importantes. Terminé pidiendo crónica libre, si no me echaban. Esa es mi realidad. Dura, por cierto, y nadie la ve. Todos piensan que soy un triunfador, y que por eso decidí renunciar al sueldo seguro. ¿Sabe qué me gustaría hacer? De aquí pasar a otro pueblo, más al sur todavía. Después a otro, hasta caerme en el mar, llegar a donde no hay más tierra, donde termina el mundo. Me gustaría que se olvidaran de mí y yo de todos.

-No se la pudo, y ha conseguido que los demás piensen que es tan bueno que está dispuesto a arriesgar.

-Así es, sonría. Adivinó la tragedia, aplausos.

-Es asunto suyo si se siente tan mal con usted mismo. La historia de Alfonsina le viene como anillo al dedo. Ella tampoco se comprometía, todo le pasaba, pero tenía una gracia que usted no tiene: era hermosa. A usted no le gusta su profesión... tampoco es bello. ¿Si toma esa idea loca que le da vueltas y sigue viaje? Comprométase con algo en su vida, hombre. ¿Alguien lo echaría de menos?

-No tengo a nadie a quién le importe verdaderamente.

-Su trabajo peligra, las amistades no valen un carajo. Locura... una bella palabra si lo piensa bien. Romper con lo cotidiano. Aventura. El hermano de Alfonsina, tampoco se comprometía. Su única gracia era que le pasaban cosas, tenía imaginación y un mundo por dentro. Muchos lo recuerdan como el loco. Se decidió a cortar con todo.

Permanecí en silencio un largo rato. Las imágenes de Alfonsina, la fiesta, José, sobre todo él, distante, encerrado, se confundían como un montaje fotográfico mal hecho. También aparecían escenas del día anterior; la gente del mercado, los olores a frutas y frituras. Las leyendas paralelas que ese hombre, a ratos adusto y a veces cercano, iba entregando con un tono de voz sugerente. Allí habría quedado para siempre, medio dormido, cansado, sin deseos de pensar siquiera. Hasta quise abandonarme a lo que fuera, suspender la vida, no tener que responder a nada. Solo en aquel lugar, donde ser forastero era un error. Las calles estaban limpias, las casas, cuidadas. Dónde estaban los moradores. Y hasta cuándo seguiría el calor. El sol apenas se movía y, de vez en cuando, ráfagas de viento tibio venían a empeorar las cosas, levantaba polvo fino que entraba en las narices. Después silencio, horizonte, cigarras y nada.

## CAPITULO II

-¿Qué cree que pasó? Considerando la tremenda fiesta, el hijo ido, la novia despechada.

-Quedaron en la calle.

-Así es. Sin raíces, querían aprovechar el casorio y hacerse importantes de una vez por todas.

El padre gastó lo que no tenía y además pidió prestado. Cuando tuvo que trabajar no lo hizo. Se fue derecho al hoyo. A tal punto que, con dinero de la nada, mandó a construir un tercer patio, allí llevaron los dormitorios y entregaron el resto de la casa a María, que por fuerza se transformó en la dueña del lugar.

-¿Y de qué vivieron?

-De la mala suerte. A esta altura de la historia, qué otra cosa se puede esperar.

-¿Qué pasó con Alfonsina?

-¿Cree que se volvió loca?

-No. Demasiado obvio. Se fue del lugar y nunca más apareció. Ni siquiera la vieron partir.

-Más o menos así fue la cosa.

-Oiga, ¿el noviazgo no tuvo consecuencias?

-Ese es el problema.

-No diga más. Quedó embarazada y los padres se la llevaron del pueblo.

-Casi me quita las palabras de la boca. Alfonsina no salió más de la casa, hasta que después de un par de meses, la sacaron. A finales de año, llegaron los dueños con una niña en brazos que miraba con tamaños ojos al mundo. Silencio y ojos. Ese mismo día empezó la lluvia.

-¡Una lluvia importante!

-Sí

-Agua que cae densa y por cantidades. Seguro que el cielo se oscureció y poco menos que la nube permaneció en la casa por un largo tiempo.

-Parecido a eso.

-¡Qué otra cosa! Con una historia tan trágica como esa.

-Usted venía por cuentos para escribir. ¿Cuánto de esto puede interesar?

-Muy poco. Media página si está comenzando.

-Entonces estamos empezando. Ellos volvieron a media tarde, eso cuentan. Y también dicen que se juntaron las nubes en menos de una hora. Corrió viento helado en pleno verano. Comenzó la lluvia que duró veinticuatro años.

-¿Veinticuatro años? ¡Imposible! Habría sido una gran noticia.

-Y lo fue. Hasta vinieron a estudiar qué pasaba. Pero a quién le llama la atención que un pueblo fuera de los mapas tenga una lluvia como esa. Además, quién se iba a imaginar que la cosa iba a ser así. Decían: esto es de hoy, ya mañana pasará. Día a día durante veinticuatro años. ¿Qué dice?

-Que lo tomé por hombre serio.

-¡Piense lo que quiera! Llovió lo que llovió. Si quiere vaya por atrás de la casa y vea para el lado donde continúa el campo, la zanja que hubo que hacer para que las aguas se fueran. La de canales para aprovechar esa agua providencial. Canales y zanjas que hoy no se pueden usar.

Supiera cómo hubo que cuidar la casa para que no se deshiciera, y la vegetación que creció en el jardín. Ese fue el tiro de gracia que trajo la Alfonsina nueva para los abuelos. De la madre nunca más se supo, y tampoco nadie preguntó.

-Aquí la gente se esfuma como si nada.

-Fue un pago justo por creer que eran más que otros. Seguro que usted quiere saber en qué terminó Alfonsina. Invente su propia historia. Le regalo tres. Una, murió en el parto de pura pena; dos, se encontró con el fugitivo, se casaron y fueron felices; tres, después de tener a Alfonsina perdió la cabeza, le dio por subirse a los árboles, de puro liviana que estaba se fue para arriba, en vez de caer. ¿Se le ocurre alguna otra? -como yo no contestara, después de un rato reflexionó. -¿A quién le interesa lo que pasó con la madre si ahora la historia sigue con la hija y la lluvia?

-Cómo voy a escribir con tanto cabo suelto.

-Le cuento como sucedieron las cosas. El resto es asunto suyo.

-Lo que narra es un cuento popular, ¿no? -A lo lejos escuché con claridad ruido de percusión. Primero un tambor, luego varios. Se mezclaron con timbales. No era un aire marcial. Tal vez la prueba de un ritmo como el que usan los circos cuando viene un número peligroso.-Se oyen tambores.

-¡Lo que faltaba!

-¿Qué?

-Su locura. ¿Está seguro que no huyó de un manicomio?

-Redoble de tambores. Si usted no estuviera hablando también los habría escuchado.

-¿Y ahora qué oye?

-Nada.

-¿Sonidos a pleno campo que de pronto callan? Lo único que falta es que escuche una orquesta completa.

Y la orquesta sonó diáfana entre ladridos de perros. Distante, pero clara. Duró apenas un instante. Sentí ganas de salir a buscar el origen de la música, descubrir a los músicos, traerlos ante este hombre que miraba con ojos negros como la noche. A ver qué diría si aparecía con los instrumentos, batería, trombón, saxo, qué sé yo.

-Le parece raro que haya un león en las cercanías -expresó el hombre mirando distraídamente a la calle de tierra. -Entonces dice: el león lo imaginé. ¿Y por qué no el resto? La gente de la ciudad es extraña. Cada vez que ha venido alguien siempre es parecido a usted. Viven al revés. Les interesan las cosas que no importan y andan angustiados.

-¿Cómo las cosas al revés?

-Por la angustia uno se da cuenta que algo no les funciona aquí en la cabeza. Son muy inteligentes, saben mucho, hablan bonito. Pero están apretados.

-¿Apretados?

-Temerosos. No caminan por la mitad de la calle, sino que por las veredas. No abren los brazos cuando andan, y si uno los invita, ocupan las mesas de los rincones. O al revés, son floreros, hablan fuerte, pero vacíos. Se nota en los ojos. No tienen nada adentro.

La risa amplia y ronca le brotó con espontaneidad. Perdí interés en la conversación, en el sujeto, en el pueblo. ¿Qué hacía allí? Nuevamente la duda. ¿Qué hacía en cualquier parte?

-Secretos hilos mueven las vidas; las cosas no son porque sí. Asunto de uno si es capaz de aprovechar lo que tiene por delante. Usted está en un borde. No tiene más donde ir, por eso viaja; adentro ya no hay más lugar.

-¿Cómo se le ocurren esas cosas? ,

-Uno se da cuenta que todos estamos cortados por la misma tijera. Piense que a lo mejor alguna vez llegué a mi propio borde, por eso sé del suyo. En estos lugares hay tiempo, es casi lo único que tenemos. Y también hemos andado corriendo cuando el estero desborda y hay que ir de prisa para que no arrase las plantaciones. Por eso sé de sus apuros. La diferencia es que cuando aquí nos urgimos lo hacemos en conjunto, y usted está solo.

Desapareció por la puerta. El silencio que quedó era denso, real. Tenía cuerpo. La charla me había abierto los sentidos y experimenté la inclusión en el paisaje. Respiré con amplitud. Las sombras se habían alargado y el aire fresco alivianaba la opresión del mediodía. Ya no quería partir ni encontraba absurdo estar allí.

El hombre volvió con tomates y cebollas picadas, papas cocidas, una botella de aceite y pan.

-No es mucho, pero sirve por mientras.

-En este pueblo no se ve nadie.

-¿Quién va a salir con el calor?

-¿Quién va a creer lo de la lluvia?

-Ahí tiene; usted pierde. ¿Piensa que la gente de antaño hizo las tremendas zanjas para engañarlo a usted? ¿O que inventaron las manchas de musgo que subían por las paredes y que todavía no se pueden sacar? Porque el hongo es resistente y aflora por encima de cualquier pintura, aunque haya pasado tanto tiempo. ¿Y qué dice de la podredumbre de la madera? ¿O las tejas hechas porquería? Lo que es yo, creo que mejor voy dormir la siesta. Si me perdona...

Se paró con tanta seguridad que no me quedó otra que ponerme de pié. Agarré el bolso y pensé que el destino se venía de pronto.

-Tiene mal genio -dije algo enojado.

-Es que usted es muy estúpido. Las oportunidades están en las narices y no las aprovecha. De nuevo le pregunto: ¿no piensa que por algo vino a dar aquí?

-De aburrido, por no tener dónde ir, porque todo me da lo mismo. Y no soy más tonto que usted.

-Eso está por verse. Nadie lo ha echado y todavía quedan tomates en el plato. Le doy la última oportunidad, a ver si ahora entiende. Seguiré con el cuento. Si no comprende, por lo menos se habrá entretenido.

Volvimos a sentarnos.

-Imagine una familia endeudada a la que le falta ánimo para sobrepasar las penas. Imagine una lluvia persistente y monótona. ¿Qué pueden haber hecho para salir del problema?

¿Aprovecharon la lluvia?

-¿Cómo?

-Seguro que hubo quienes quisieron conocer aquello tan extraño.

-Ya le dije que la familia juntó ahorros en medio de la pobreza y construyeron el último

patio. Allí se mudaron con todo lo indispensable como para no necesitar del resto del hogar. Pusieron los dormitorios, una sala que se usó mucho tiempo de comedor. Bodegas y despensas hasta completar el cuadrado donde metieron árboles y unas pocas piedras que marcaban un camino, algo de tierra donde creció libre el pasto, para que no se sintieran echados a la suerte. La noticia corrió rápido, yo creo que por el país entero. Los curiosos empezaron a llegar tímidos al principio, en masa luego. Querían ver si era cierta aquella maravilla al revés.

. . .

Los primeros visitantes aparecieron desprevenidos, cuidadosos, sintiendo que se metían en la intimidad. Preguntaban dónde era lo de la lluvia, aunque estaba a la vista la única nube que marcaba con claridad el lugar. Después golpeaban a la puerta y la oscuridad de la mansión se los tragaba hasta que un tiempo después salían excitados de vuelta a sus ciudades. De alguna manera aquello les producía alegría, inversamente a lo que sucedía con los moradores de la casa, para quienes aquella soledad no era más que tristeza.

Alfonsina, la segunda, dio los primeros pasos pensando que el mundo era un lugar de mucha vegetación, gris, húmedo, circundado por puertas cerradas. Sus únicos moradores eran dos personas ensimismadas que, sin decirlo, intentaban entender qué había pasado, y una criada que traía comida y leche cuatro veces al día. Se contagió de silencio y, aunque todos sabían que entendía lo que se le decía, emitía sólo palabras cortadas, con un tono ronco de voz que salía de su vientre sin pasar por cuerdas vocales. Desde el comienzo abrió desmesuradamente los ojos que quedaron así, negros y redondos. Observantes y a veces espantados. Con la llegada de grupos de visitantes se filtraron sonidos, risas, conversaciones, signos de exclamación, mezclados con la lluvia infinita. Alfonsina supo que al otro lado de los muros también había mundo, donde se expresaban personas que no conocía. Al principio creyó que era María que inventaba todo aquello. Pero un día estallaron risas al otro lado y María estaba allí delante de ella, alcanzándole un biberón de leche con agua de amapolas para que se estuviera quieta. ¿Qué ves, le dijo María, qué te asusta? ¡Ah! La otra gente, las visitas, los pensionistas; ya los conocerás. Alfonsina permaneció tranquila mientras el sueño que entraba por su cuerpo traía imágenes de sombras que se multiplicaban y caras que no lograba ver.

María fue al fondo y cayó en cuenta que el agua no podía salir. Estaba empozada peligrosamente y amenazaba los muros donde dormían los abuelos. La humedad subía hasta el techo; pronto la muralla sería tan blanda que caería. Enrique propuso buscar ayuda en el pueblo para hacer una zanja. María veía cómo la humedad había subido ennegreciendo los muros y se devolvía en gotas que resbalaban hasta el suelo. Son como lágrimas, pensó; esto hay que secarlo antes de que sea llanto. Pasó la mano por la superficie y se quedó con el barro del adobe en los dedos.

La monotonía de la lluvia trajo el adormecimiento. Golpeaba siempre de la misma manera produciendo el sueño de nunca acabar. A través de los oídos entraba su música que relajaba los músculos y aquietaba la fuerza para vivir. Por eso, los abuelos andaban lentos, Alfonsina no tenía ganas de hablar y abría los ojos llenos de agua. Saltaba de la cama por las noches, recorría la casa en silencio, sin atreverse a entrar en los dormitorios, con el oído alerta a

todos los sonos multiplicados a esa hora. Se sentaba en los lugares de ruidos novedosos: crujideras de somieres, palabras entrecortadas, jadeos, deseos, suspiros, que reemplazaban la lluvia en sus oídos.

¿Cómo podía cambiar tanto el día en la noche? ¿Cómo podía ser que la mujer que había llegado por la mañana, tan señorita ella, chillara dejando adentro la mitad de lo que quería gritar? ¿Cómo variaba tanto el hombre que la acompañaba, tan caballero él, ronco ahora, dominante, con el corazón a punto de saltarle por la boca? ¿Y esa cama que se venía abajo en medio de los movimientos, esa cama tan suave y dócil de día, tan tibia que parecía? Era la única manera en que la lluvia paraba en sus oídos. Escuchaba hasta que cabeceaba en medio de preguntas. María la encontraba por las mañanas acurrucada contra un muro. La cargaba hasta el dormitorio. Sólo ella sabía que la pequeña había sido testigo de las indiscreciones de otros que se cobijaban bajo la lluvia, en búsqueda de emociones gastadas.

. . .

-¿Cómo fue Alfonsina, la segunda?

-Se crió de agua. ¿Qué más puedo decirle? Nació allí, en medio de camas húmedas, braseros encendidos todo el tiempo para ventilar las sábanas. No supo de otro mundo. Pero ella no es la importante en la historia.

-¡Cómo no va a ser! Es la heredera, la que viene.

-Nadie aquí se acuerda de la segunda Alfonsina, salvo que casi por chiste le pusieron el nombre de la madre. No entró en la vida soñando amores que estaban por llegar. Por eso cuando se habla de Alfonsina todos piensan en la primera, la única.

Alfonsina juntó en el habla el silencio de la madre y el del tío. A medida que crecía se tornaba lejana y extraña. Estaba destinada a no conocer las grandezas imaginarias de la familia, sino la lucha por el sustento diario.

-Está paveando de nuevo. Se le cae la boca y los ojos van a desaparecer de chiquitos. - El cantinero miraba socarronamente y no sabía en qué momento se había acercado.

-Estoy cansado -me disculpé; no tenía claro si había caído en el sueño. -Ha sido mucho para un día. Viaje, llegada -él permanecía en silencio. -... No acierto a imaginar una lluvia sostenida en el tiempo. Qué pasará con la vegetación, con los animales, los pájaros... veo fango por todas partes, nada más.

-Y eso fue lo de menos. Llenaron de piedras los patios porque así no salía el barro arriba y podían caminar. Crecieron el pasto y cualquier tipo de plantas. Donde no pusieron piedras las ramas se querían meter por las ventanas, los vegetales eran verdes, gordos de agua. Les dio por plantar tomates por si se daban mejores. Las matas fueron enormes, casi de metro y medio de altura y llenos de botones que nunca cuajaron en frutos. Así que no hubo tomates, ni duraznos del árbol del primer patio, ni flores de ningún tipo. Los pájaros desaparecieron. Ni tontos estar bajo la lluvia si a media cuadra había sol. ¿Se iban a quedar para cantar penurias? Sólo los insectos, que no se alcanzaban a dar cuenta que todo cambiaba detrás de la tapia, permanecieron.

...

-Tal vez su problema sea que se queda en la superficie de las cosas y de usted mismo -dijo el cantinero. -Cree haber llegado a un camino cerrado, como si el destino lo persiguiera, y tal vez no es su asunto.

-¿Acaso piensa que sólo imito porque hoy se usa estar aporreado?

-Hace ya mucho tiempo, llegó un hombre que cojeaba. Para caminar usaba un bastón de madera negra y brillante; tenía empuñadura de hueso, donde estaban talladas dos cabezas de serpiente que mordían una misma esfera. El artefacto atraía la atención. También el hombre tenía su gracia, vivo de palabras e irónico. Dueño y bastón eran uno solo a pesar del problema en el andar, nunca se dejó vencer por las dificultades y fue más listo que nosotros. Nos hacía jugar a las adivinanzas para que nuestras cabezas despertaran. Quedábamos admirados con su rapidez de mente. También era elástico como león a pesar de su grave cojera. Nos provocaba para que compitiéramos con él en ejercicios donde el cuerpo era exigido al máximo. Todo menos correr. ¿Adivina lo que nos pasó?

-No.

-Un día partimos al campo y volvimos con una vara y empezamos a cojear como si una de nuestras piernas tuviera cinco centímetros menos que la otra. Por eso le digo lo de la costumbre y el gusto de copiar sin darse cuenta. Él mismo lo advirtió el día que se fue. Dijo ¿Cuál de todos es el más cojo? Sólo entonces caímos en cuenta. Agregó que nos venía bien usar bastones porque aún no sabíamos pararnos en los pies, aunque mejor nos quedarían los pañales. Aquella noche hicimos una fogata y adivine qué quemamos.

-Los bastones.

-Usted es un sabio. Por la forma en que cuenta su tragedia no creo que esté al borde del precipicio.

-Nunca lo he dicho.

-Pero ha querido que lo crea.

-¿Qué sucedió con el cojo?

-Partió a reunirse con gente que, como él, se había desperdigado a los cuatro rincones del mundo, mostrando un secreto que estaba a la vista, según él. Le aseguro que las cosas no fueron iguales después. El hombre dejaba huella.

-¿Lo vio alguna otra vez?

-Le interesó esta parte de la historia, ¿no?

-Por supuesto. Parece alguien clave en su vida. Usted no es un campesino cualquiera y creo que ese personaje tuvo que ver. -El hombre me miró fijamente un rato y supe que no tenía ganas de contestar, así como yo no tenía fuerzas para sostener la vista. Menos riesgoso era volver al tema de la casa. -Con la lluvia deben haber pasado cosas.

-Años suficientes en que los tatas envejecieron y la Alfonsina, que tanto le gusta a usted, se hizo mujer.

Cada día dejaba el doble de huella en los habitantes de la gran casa. Tanta lluvia se les metió por los ojos, mojó las ropas y penetró la piel hasta llegar a la médula de los huesos. La humedad y el tiempo hicieron juntos el trabajo. Dejaron marcas fáciles de seguir a simple

vista, a simple tacto, a simple olfato. Para los abuelos y Alfonsina los veinticuatro años fueron cuarenta y ocho, duplicaron las canas, las gorduras, las flaquezas. Todo por dormir entumecidos. Los viejos a los sesenta y cinco años cumplieron cien, se acostaron en dos camas contiguas y ya no se levantaron. Entre Alfonsina y María los atendieron, mientras observaban abismadas que cada día eran dos. La nieta engrosó sin amores, en silencio; a los veinte llegó a cuarenta sin recordar cómo era el sol, pensando que el cielo azul era una leyenda y la luna una mala invención. Sólo María permaneció seca. Para ella el tiempo se detuvo el mismo día que comenzó el diluvio. Ni engordó ni enflaqueció, ni aumentaron las canas ni se encorvó. La gran agilidad que tenía nunca decreció. Las gotas saltaban antes de tocar su cuerpo. Ni su pelo conoció la lluvia ni los pies el barro.

Alfonsina, que sospechaba de María, le preguntó: ¿Por qué será que el tiempo no pasa por ti?; mi cuerpo engruesa con tanta agua que toma por los poros, mientras que tu carne sigue seca. La mujer no tocaba el tema, tal vez porque no lo sabía. Envejezco igual que todos. No es cierto; dentro de poco tendré la misma edad tuya, reclamaba la muchacha. A lo mejor es el brasero de mi pieza que me seca por las noches, decía la vieja, esquivando la pregunta. Todos tenemos uno, y no pasa lo mismo: a veces pienso que eres la única que vive completamente; los abuelos y yo estamos durmiendo un sueño del que alguien importante debe sacarnos; a veces es tanto que cuando paseo por los corredores sólo me deslizo, cuando como verdaderamente no estoy comiendo, cuando duermo estoy medio despierta, por eso creo que el tiempo corre más de prisa porque nos pilla desprevenidos, se cuela por donde puede y nos gana; no vivimos realmente, mientras que tú, trabajando, ordenando, atendiendo a los clientes, preparando comidas y durmiendo de verdad lograste detener el tiempo; también pienso que nos sacará del sueño alguien más despierto que tú; alguien que haya vencido totalmente al tiempo, y no solamente al tiempo del sueño. Dices tonteras niña, se defendió María.

En veinticuatro años, Enrique envejeció veinticuatro años por que no dormía en la casa grande, sino lejos de la lluvia, en medio del pueblo. Llegaba todas las noches tiritando y su mujer le decía: Acurrúquese mijito, y sáquese el agua de adentro; nunca se quede a dormir en esa casa, no sea que se le moje el corazón.

...

-Se ha preguntado alguna vez dónde quiere llegar -me sobresalté con la voz pegada a mi oído.

-Tengo planes como todo el mundo -modulé con dificultad.

-No hablo de las ideas del futuro, que a veces son tan engañosas. Conozco un hombre, Estanislao, que pasa sentado afuera de la casa. Es pobre como rata. Sus hijos andan harapientos, llenos de pulgas y de piojos. La mujer ni sale a la calle porque no tiene qué ponerse. ¿Qué hace Estanislao? Piensa en lo que va a ser de su vida. Sólo cosas buenas, por eso está sonriente. Será muy rico en un año más, la familia tendrá buena salud, los hijos crecerán sanos, fuertes. Su mujer será una gran dama e irán juntos a las grandes ciudades para que los admiren. Por el momento se mueren de hambre. Ese es un hombre que tiene planes. No digo que esto le pase a todos, ni tampoco que sea su caso, pero si el futuro es sólo ideas, no sirve.

-Entonces qué pregunta.  
-Dónde quiere llegar. Estanislao tiene muchas ideas e imaginación, pero no quiere llegar a ningún lado. Tendría que hacer muchos cambios en la vida para dirigirse en una dirección. Si uno quiere con fuerza algo y hace cosas para conseguirlo no cabe duda que llegará a lo que se ha propuesto. Si hablamos de sus planes, y por favor no me los cuente, adivino que unos irán para una parte, otros para otra. Se anularán y estará a merced de lo que suceda. Cambiemos de tema, mejor. Agradecí la propuesta.  
-¿Cómo quiere que crea que hubo una lluvia de veinticuatro años?  
-Por los canales. Hoy día son hoyos de costras endurecidas. ¿A lo mejor desea salir del empacho? Vaya. Son apenas cinco cuabras. Deje el bolso acá. Mira y vuelve.  
-No me interesa moverme. Le creo su lluvia, -dijo al hombre que miraba impertérrito. - ¡Aunque veinticuatro años es demasiado tiempo! Es un tiempo de nunca acabar.  
-Pero termina porque, como dice el refrán "no hay mal que dure cien años ni tonto que lo aguante". La lluvia se acabó cuando el abuelo murió.  
-¿Un cuento tan largo para nada?  
-Así es.  
-¿Volvió José? ¿Qué pasó con la Alfonsina nueva, con María, con la abuela?  
-¿Qué cree usted? -fijó la mirada inquietante en mi entrecejo y su voz pareció salida de las cavernas.  
-Diga que José regresó para la muerte del padre, por ejemplo, o que Alfonsina se casó, que María no sé qué hizo; no deje las cosas a medias.  
-Estoy de acuerdo con que José volvió y no por mucho. ¿Por qué pone cara de desgano? -me enfrentó. -¿Quiere que le cuente que apareció entremedio de las nubes y bajó con ruido de trompetas? Usted es demasiado idealista. Llegó, tal como dice, cuando el padre moría. Después, cada cierto tiempo volvía cuando su trabajo lo acercaba a estas tierras.  
-¡Un aventurero como él! Más bien lo imagino un pandillero, un hombre sin ataduras, un tipo fuera de la ley.  
-Y yo creo que trabajó en un circo -dijo con mirada de inteligencia. -Allí aprendió lo que nadie podía enseñar. Un circo extraño, sabe -el hombre bajó aún más la voz y se acercó a mí, confidente. -Un grupo de gente especial que viajaba por el país haciendo lo que un circo hace, y muchas otras cosas.  
-¿Un circo? ¡Ahora me cuenta que era un payaso! -también bajé la voz, como temiendo que se escapara un secreto que nadie podía saber. -¿Qué sucedió cuando llegó?  
-Entró a la casa.  
-¿Me toma el pelo?  
-Es que pregunta cada tontera. ¿Qué hace alguien cuando llega a una casa? Entra, hombre, entra.  
-Una persona tan siniestra trabajando en un circo de mala muerte.  
-¿Quién dijo que era siniestro y que era un circo de mala muerte?  
-Usted.  
-Hay que tener cuidado con usted. De él sólo he dicho que había sido un muchacho más bien solitario, y del circo, que era poco común. Un circo, llamémosle de buscadores. Agregaría que

visto desde afuera se parecía a cualquiera.

-No entiendo.

-Era un buen circo, de los mejores, no tanto por la apariencia, sino por lo que hacían. Voy al baño y vuelvo.

El hombre salió. Tenía personalidad enigmática e intuición natural. No era rebuscado y al contrario demasiado directo.

Las sombras se habían alargado sobre el campo que dominaba desde mi asiento. El frescor empezaba a caer. Aunque la temperatura cambiaba, el sopor me atrapaba en oleadas envolventes. Creí escuchar gritos o risas en la lejanía.

. . .

Cuando afuera era comienzos de primavera, sucedió algo extraño.

Un gorrión nuevo atravesó la lluvia y entró a la cocina por un vidrio roto. Enrique trajo una escoba para ahuyentar al ave, que encontró refugio en las alturas. Escondido tras una cornisa, se ocultó de la vista de los curiosos. Alfonsina dejó apresurada el dormitorio y fue a ver la causa del alboroto. La presencia del pajarito la alegró. María vio con desconfianza aquel signo, y pensó si aquello no sería para mal. Hacía más de veinte años que no veía un ser flotando en el aire. A la mañana siguiente el gorrión estaba aceptado como habitante de la cocina, encima del fogón. Comenzó a juntar pequeñas ramas para armar el nido.

Al tercer día de la llegada del intruso, mientras llamaban a la puerta, dejó de llover.

El silencio fue tan grande que los abuelos se incorporaron en los lechos creyendo que llegaba el fin del mundo. Otearon a la distancia con ojos ciegos y volvieron a tenderse esperando cualquier cosa.

Una ventolera agitó bulliciosamente puertas y ventanas. El viento había partido del último patio, recorrió toda la casa y se fue por las calles levantando polvo, vestidos, sombreros; rompiendo vidrios, abriendo puertas y ventanas; descubriendo la vida íntima de hogares mal cerrados. Impertinente, fue haciendo público lo escondido. Cuando terminó de salir, el interior de la mansión estaba desordenado. La estantería había caído al suelo dejando una quebrazón de vasos y tazas. La frutera puesta sobre la mesa del comedor fue a dar al suelo. Los dormitorios tenían las camas revueltas como después de una noche de pesadillas.

En el momento en que María abrió, quedó muda. Dio media vuelta y volvió a entrar a la casa. Perdió el habla y dejó al visitante merced a lo que quisiera hacer. José entró y recorrió los pasillos hasta que se encontró en el fondo con Alfonsina. Se sorprendió al verlo. Creyendo que era un pasajero más, le dijo: Hubiera llegado diez minutos antes sabría por qué este lugar era famoso; ahora capaz que se vuelva seco para siempre. Después lo miró con curiosidad. Las personas que vienen a la pensión no pueden pasar esa puerta. Estaba abierta, dijo José. Los abuelos no quieren ser vistos.

José le dijo que trabajaba en un circo a una hora de allí. Le tuvo que contar qué era un circo. Ella quedó maravillada. Cómo era posible que existieran los elefantes, los leones, por qué su peligro. Qué hacían los hombres en las cuerdas de acero a tanta altura pasando de un lado a otro. Qué era eso de lanzar al aire palitroques y pelotas sin que ninguna cayera al suelo. Su imaginación

volaba, y el vocabulario se multiplicaba. Trapecista, trampolín, tramoya. Orquesta, oropel, ópalo. Tigre, tímpano, timbal.

-¿Y tus abuelos?-preguntó el viajero recién llegado.

-Viven al fondo; están viejos ya, sobre todo él: por las noches no duerme y durante el día no está despierto.

-¿Será posible que los vea?

Alfonsina encontró descabellada la idea, pensando en el estado en que estaban los tatas, sin embargo, ante la insistencia cedió. ¿Qué podía pasar? Temerosa, sobre todo porque José le pidió que permaneciera afuera, lo llevó hasta la pieza. La madre se puso alerta y preguntó: ¿Quién anda? José demoró la respuesta. La mujer se incorporó en la cama, asustada. Enseguida preguntó ansiosa: ¿Eres tú José?; ten cuidado con tu padre porque creo que se nos está yendo.

Madre e hijo acortaron veinticuatro años de distancia. La mujer no dejaba traslucir si aquella visita verdaderamente le gustaba, la acomodaba o le daba lo mismo. ¿Es verdad que dejó de llover? Sí, y para siempre.

José derivó la conversación hacia el padre, que moría a vista y paciencia de la familia. El hombre estaba pegado a la cama, cabeza hundida en la almohada y el cuerpo menudo apenas dibujado por encima de las frazadas. Padre, te mueres y es importante que oigas, necesitas que te ayuden. La mujer prefirió el silencio por el resto del día. Sobresaltada ante las palabras descarnadas de José, temió por su propia muerte. Padre, si escuchas, es importante que recuerdes sin freno; apenas queda tiempo para que rememores.

Las palabras salieron lentas. Demoraron en aparecer en la superficie. Deformadas, envueltas en silencio, apagadas, débiles.

Afuera, gotas de agua aún destilaban en el alféizar de la ventana. Caían de vez en cuando en alguna charca invisible. El sol entraba tímido. Las nubes eran una tenue gasa gris que dejaba filtrar los rayos por una orilla. José estaba sentado en el suelo, entre ambas camas. La madre en obligatorio silencio vuelta hacia la pared, dando la espalda a aquel hijo que nunca había aprendido nada. Mira que venir ahora a importunar, a hablarle esas cosas cuando lo que necesita es tranquilidad ¿no ves que está viejo, enfermo y cansado, no ves acaso?, le había dicho al hijo que no quería escuchar. Entonces se quedó mirando al muro y no le vio más la cara, ni cuando horas después salió de la pieza.

Las palabras se escucharon muy dentro de su pecho, hizo un esfuerzo para que salieran. José esperó un rato. El padre amiba la frente y la relajaba. Parecía buscar en la memoria y la respiración tomaba un ritmo entrecortado. Por la ventana aparecían las plantas verdes medidas con la brisa, la paz de afuera contrastaba con batalla de adentro. El rumor volvió a aparecer, al comienzo incoherente. Ordenaba con dificultad las ideas y no correspondía lo que quería decir a lo que salía de los labios apretados que apenas dejaban escapar el aire en que iban envueltas las palabras.

Después de un largo rato, entrecortado de ausencias y recuerdos, dijo:

-A pesar de esto mi vida parece cuento con final ni feliz ni triste, final... estoy sintiendo la muerte a la altura de la cintura, ha ido subiendo por las piernas, eso es, no es que ya no duelan, sino que han muerto, qué veloz se acerca, mucho antes de mañana ya no estaré, qué rápida

para los años que he vivido, qué lenta, cuando pienso cómo será mi último momento, cuando no quede calor en mi mente, pensar que he pasado toda mi vida entre los pies y las caderas, me parece divertido, aunque no es el momento, pero quién podría decir que mi vida estaba entre los pies y el ombligo, en mi estómago, en mis intestinos flojos, en la úlcera, en el vientre apretado; siempre creí que las cosas estaban afuera, y ahora veo que están en mi respiración, adentro de mis ojos; te confesaré, vieja, que mi amor por ti ha ido y venido, que en estos momentos estoy descarnado y veo que las uniones son esperanzas que nunca se completan porque la vida es otra cosa, tanto tiempo compañeros y muero solo ¿ves?, porque en lo más importante no hay cercanía, porque nadie puede estar verdaderamente a mi lado, porque estoy medio muerto y no entiendes, debes tener tus ojos apretados y no quieres escuchar porque tienes miedo y seguro que ni hablas y lloras en silencio, pero para mí no es terrible, después de todo estoy tranquilo ¿qué más puedo hacer? Tengo la vida a cuestas y voy soltando todo, también a ti, lentamente, estoy teniendo problemas con los pulmones... ya ni puedo hablar, se me nubla la mirada, algo me tira, allá voy, es extraño... apenas respiro... muerte ¿por qué siempre llegas de improviso?

...

-Vaya que lo afectó el viaje -el cantinero apareció borroso a mi vista. -Durmió un buen rato, ya casi es noche cerrada. Lo tengo que dejar ahora mismo. Debo ir al campo. Ojalá encuentre alojamiento.

Desperté abruptamente. Era el momento en que la oscuridad sólo retrocedía en la línea en que se juntaban el cielo y los cerros donde había un tono algo más claro que el negro que rodeaba a las estrellas. Alojamiento. ¿Cómo crestas solucionaría el problema? Tenía que cancelar lo que había consumido y partir.

-¿Cuánto le debo?

-No se preocupe. No fue mucha compañía pero suficiente para pagar el rato.

-Cómo se le ocurre. Las deudas tienen que ser canceladas.

-Mire quién lo dice. Su vida está como vasija llena de hoyos y me habla de estar al día con las deudas.

Se lo tragó la noche rumbo al campo. Volví la vista hacia donde quedaba la gran casa del cuento y pensé que era un buen lugar dónde ir. Tenía tiempo, todo el tiempo del mundo. Parecía que aquel pueblo silencioso, caluroso, perdido, había borrado la memoria. Mi vida era aquel día, el viaje, la llegada, la conversación y nada más. El pasado quedaba relegado, no tenía fuerza. Ni para recuerdo alcanzaba.

### CAPITULO III

Apenas me había encaminado cuando divisé a un chico de unos diez años que venía en contra. Marchaba apresurado con la vista fija en el suelo.

-¡Hola! ¿Vive gente en la casa grande?

-Sí -contestó esquivo.

-Estuve llamando y no apareció nadie.

-Andan en el circo.

-¿En el circo?

-Todos fueron allá desde la mañana. Está por el lado del estero. Saliendo del pueblo pero para el otro lado de la cuesta. ¿No ha escuchado la orquesta y los animales?

-Sí, claro.

-Ahora no se sienten porque el viento cambió.

-¿Vas para allá?

-¡Sí!

-Te acompaño.

-No creo, señor. Voy apurado y con su bolso no podrá ir tan rápido. En todo caso, siga el camino. Las luminarias y los gritos lo van a guiar.

Los tambores, la trompeta triste, los animales, no habían sido producto de la imaginación. Partí decidido tras el muchacho. El bolso pesaba sobre mi hombro y buscaba el sonido de los grillos invisibles para distraer el cansancio. Por mis articulaciones parecía circular un líquido agotador e insoportable. Inclínaba el cuerpo a la izquierda para mantener el equilibrio, con lo que conseguía dolor en las caderas. A pesar de ello sacaba fuerzas y cuando recordaba la conversación de la tarde redoblaba el paso. El camino era ancho y atravesaba lomas suaves. Escuché risas y voces entremezcladas. La arboleda no dejaba ver las luces pero la claridad se anunció. Un poco más abajo de mi punto de observación había varias fogatas. En torno a ellas, mucha gente hacía círculos. Al fondo, una inmensa carpa naranja. Era cierto: ¡un circo en medio del campo! Esa visión completaba aquel día de locos. Era una imagen surrealista, imposible. A tres cuartos de hora de marcha forzada del poblado. Ahí habían permanecido en el día, comiendo en medio del tragal, divirtiéndose admirados con los animales, los payasos y qué sé yo cuántos artistas. La carpa no era chica. Al contrario, a medida que bajaba me parecía desproporcionada en relación con el lugar. Oculté el bolso en el tronco hueco de un árbol donde el camino se ensanchaba. No estaba dispuesto a perder el espectáculo ni tampoco a continuar con ese fardo que pesaba como piedra.

Entraba en tierras de leyes desconocidas. Bajé temiendo romper un acto de magia al que no estaba invitado. Aparecieron rostros, manos, cuerpos, que podía distinguir en la multitud. La gente estaba contenta. Algunos atraídos por los animales encerrados en jaulas. Otros se congregaban en torno a mostradores alumbrados por antorchas que colgaban de pilares de fierro forjado, donde los artistas ofrecían espectáculos. Una mujer sostenía una palangana de aceite hirviendo de donde extraía masas fritas. A su lado un tragafuegos lanzaba llamas al aire mientras recitaba algo que no alcanzaba a entender, provocaba las risas de la gente. Más allá una muchacha se contorsionaba y sacaba aplausos de tanto en tanto.

¿Cómo recibiría la gente a un forastero? Ellos se conocían de toda la vida y no pasaría desapercibida mi presencia. Deseaba encontrarme con el cantinero, sorprenderlo, desenmascararlo. Era indudable que había venido al circo. Tomó esa dirección y tal vez no quería perder la función nocturna.

Iba entre matorrales que me permitían casi tocar a la gente y enterarme de sus conversaciones. Tenía ganas de cruzar el límite y ser parte de la fiesta aunque todavía no estaba decidido. Miré a lo alto. La bóveda del firmamento sin luna, llena de estrellas. Estaba en presencia de un hechizo, feliz de ser testigo de aquello que no podía ser y que sin embargo estaba viendo.

Una mano en el hombro me sorprendió. Di vuelta la cabeza y estuve de frente a un hombre vestido de manera extraña. Su indumentaria estaba a mitad de camino de ser un traje elegante y uno de payaso. Lo mismo las líneas dibujadas en la cara. Parecían maquillaje y también una mala pasada de la naturaleza. Por una pizca, el sombrero no era formal, el ala partía oblicua hacia arriba y no tenía la parte superior, donde asomaba una calva incipiente.

-¿Tiene ya su entrada?

El personaje forzaba una sonrisa que mantenía a pesar del silencio.

-No. ¿Habrás función tan tarde?

-A medianoche, acto único. Falta poco más de una hora; si pretende entrar y aún no tiene boleto seguro que queda afuera.

-¿Pasan toda la tarde en espera? -pregunté señalando al público.

-El día entero. Se divierten desde la mañana hasta la función de los gallos, como decimos. Por el dicho de entre gallos y medianoche. Cuando llegamos, ya nos aguardan. Armamos carpa, montamos las estanterías de los juegos entre medio de cientos de mirones que a ratos ayudan y nunca molestan. En la noche damos el espectáculo, de madrugada desarmamos y partimos.

-Al lado de la carretera podrían encontrar público más cercano.

Sin contestar expuso ante mis ojos una tira de entradas. Saqué dinero, pagué.

-Vaya a la carpa antes de que empiece. El boleto no le asegura nada.

-Partió.

Entré en el círculo de la gente. Cuando llegaba a los grupos me observaban detenidamente; se hacían a un lado, saludaban con un toque al ala del sombrero y las mujeres bajaban la vista. Llegué hasta la carpa. Un hombre me detuvo en la entrada.

-Falta mucho todavía.

Hablaba con lentitud, en tonos bajos, con voz poco afirmada, indecisa. En el rostro tenía signos de melancolía. La comisura de los labios, arqueada hacia abajo. Creí que estaba enfermo.

-¿Se sienten bien?

-¿Por qué lo pregunta?

-Lo noto cansado. No, más bien triste -me había simpatizado el personaje.

La comisura de los labios se extendió hacia arriba y me impresionó el cambio súbito del rostro. Aquel era un hombre feliz. Feliz o muy inestable.

-Gracias.

-¿Por qué?

-No se preocupe, no entendería. Diez minutos antes de la función venga a la entrada y yo le encuentro asiento. Si no, se quedará afuera. ¿Explico la cuestión?

Nunca pensé que las manos podían expresar pena, cuando las bajó las puso rendidas a las circunstancias, agachó los hombros, inclinó suavemente la cabeza hacia el suelo y creí que se había encogido porque, a pesar de que teníamos la misma estatura, lo miré hacia abajo.

-Usted es el extranjero ¿no?

-Corre rápido la noticia.

Por detrás su traje estaba lleno de parches chillones. Los zapatos que calzaba eran desconuales. ¡También vestía mitad payaso, mitad normal! Dos personajes extraños. Uno tan alegre que parecía estúpido, el otro un melancólico postizo o cambiante. El tragafuegos había quemado la rama de olivo en una de sus proezas, y algunos corrían con cubetas para apagar el fuego. Después de la sorpresa inicial, la gente reía con el accidente.

-¡Dile a tu señora que no eche tanto ají a la cazuela! -gritó un borracho.

Más allá dos hombres tiraban palitroques y pelotas al aire. Alguien disertaba frente a la concurrencia, cerca de la jaula de un león que dormitaba en un carro pintado de vistosos colores. Otro hacía aparecer y desaparecer objetos con un trapo negro. Los sonidos se mezclaban. Las presentaciones con voces impostadas, risas, exclamaciones del público, griterío de los niños. Los perros se metían entremedio y a veces hacían fracasar malabarismos, discursos y destrezas.

Estaba cansado, los pies me pulsaban dentro de los zapatos, no podía mantener la atención y el león, las pelotas, la niña que acababa de saltar desde la mesa al suelo en medio de aplausos de los mirones, daban vueltas circulares en mi cabeza. En medio de tanto espectáculo descubrí una enramada. Cuatro palos techados con ramas de álamos. Una tabla atravesada decía "Al rico chacolí". Era lo que necesitaba. Desde la tranquilidad del rincón traté de ser un observador pasivo. Apenas me senté vi que se dirigían hacia mí los dos hombres con los que había conversado. Sin pedirlo, también se acomodaron. Acercaron sus cabezas a la mía y confidenciaron:

-Somos los payasos.

-Salvo detalles en el vestir, ustedes son como cualquiera.

-Lo que pasa es que la vida es una mierda, pero somos payasos cada hora del día. ¿Cómo está usted?

Parecían simpáticos y mi desconocimiento de ellos me permitió confidenciar:

-Hasta que llegué al pueblo creía que bien. Pero la conversación con el dueño de la cantina me ha hecho dudar de muchas cosas.

-¿Dueño de la cantina? Ese negocio es de una viuda que ha insistido en la soledad, compadrito.

-Atendía un hombre grande, de ojos oscuros y pelo negro.

-¿Ondulado?

-Un poco, y con tez clara.

- ¿Era ronco?

-Si.

-Miren donde se fue a meter.

-¿Será él?

-De todas maneras. Ahora atiende una cantina, buena cosa. ¿Explico la cuestión?

-¿Lo conocen?

-Sí y no.

-¿Quién es?

-No importa -dijo uno.

-Sí importa dijo el otro.

-Qué importa que importe -el primero.

-No entiendo nada.

-Lo que pasa es que la vida es una mierda -uno.

-No estoy de acuerdo -el otro.

-Es cosa de mirarte la cara -uno.

Entonces el que escuchaba esbozó una amplia sonrisa que contrastó con la actitud ácida que había tenido en su rostro.

-Me equivoco o las palabras de uno tienen que ver con la actitud del otro -dijo. ¿Están en el juego de que uno pone las ideas y el otro el gesto?

-No sabe lo que dice, aunque hay que reconocer que en algo tiene razón.

-Tiene toda la maldita razón. Toda. Por eso debemos ser payasos el día entero, y no durante la presentación. ¿Explico la cuestión?

-El espectáculo es lo de menos.

-¡Cómo va a ser lo de menos! Un artista se debe al público, -dijo casi enojado.

-¡Qué público ni que ocho cuartos! Sobra. La gente sobra. Por mí que la carpa no se arme nunca. Que nadie asista. Que las graderías estén desiertas.

-Eso es demasiado, compañero, se te está pasando la mano. Estoy de acuerdo en que el espectáculo es de alguna manera secundario. Pero, ¿cómo no nos va interesar alegrar al público? Me da gusto cuando ríen con nosotros y encuentran el lado liviano de las cosas. Los ayudamos a ver que un problema se puede tomar desde un punto de vista optimista.

-Insisto. Lo que pasa es que la vida es una mierda. La gente ni sospecha lo que ofrecemos y tampoco tiene idea de qué nos interesa. Ciegos ante lo que les damos en bandeja. No se enteran ni se preocupan de los problemas del arte.

-Ustedes, que critican tanto la actitud del público, no se han dado cuenta que estoy de mirón de piedra. Esta discusión parece sin destino ni interés. Algo inventado para distraerme o sacarme de las casillas. Usted, particularmente, que es tan amargo. Demasiado.

-¿Me ve así desagradable, mala leche?

-Realmente.

Y contra lo que podía suponer, esbozó nuevamente una sonrisa amplia, clara, luminosa.

-Muchas gracias.

-Le hago una crítica y agradece. Definitivamente entendemos las cosas al revés.

-Es que mi vida ha sido regalada. No intervenga todavía, déjeme explicar. Fui hijo mimado y preferido, de niñez protegida. Me dieron el gusto en lo que necesité y quise. También y lo agradezco, me enseñaron a enfrentar las dificultades de la vida. Por eso no es de extrañar que sea una persona alegre, optimista, confiada. Siempre he pensado que el futuro está abierto y que

cualquier complicación se puede superar. ¿Explico la cuestión?

-Su apariencia dice lo contrario.

-De eso se trata. Es trabajo de circo. Debemos intentar lo contrario, ser las dos partes.

-O sea que usted -me dirigí al alegre y bonachón- ha tenido una vida que ha sido un desastre.

-Es adivino, compadrito; además aprende fácil -hablaba a una audiencia imaginaria a quien explicaba ácidamente mi comportamiento. Eran las descargas de la amargura que estaba a flor de piel. El otro dijo:

-¡Qué poco bastó para que te fueras del papel!

El esfuerzo por representar la liviandad de la vida no había sido duradero. Echó la silla atrás, dio media vuelta y sin decir palabra se perdió entre la gente.

-Touché -expresé.

-¿Qué dice?

-Tocado. Según ustedes no es un buen payaso.

-Si conociera las circunstancias se daría cuenta que es mejor que yo.

-Es demasiado complicado para mí. Uno va al circo a divertirse, a ver un par de cosas novedosas. Acrobacia, peligro, risas.

-Le tocó escuchar una conversación que no se hace en público. Como le decía, la vida es una mierda -miró con ojos dubitativos. -Ya no resulta, no puedo estar mal humorado.

-Qué tanto da. Le hizo empeño. Relájese.

-¿Esa es su forma de pensar, la de un conformista? Usted no quiere llegar a ninguna parte, pero no es mi caso. ¿Explico la cuestión?

-Desde la tarde, creo haber escuchado esa idea un par de veces.

-¿Y qué tal él día?

-Rarísimo, intenso y aún no termina. ¿Qué hago esperando una función de circo en medio de un tragal cuando lo que me pide el cuerpo es una cama?

-Piense, por algo llegó a este lugar y por algo está en la antesala de la función.

-También oí que las cosas no suceden porque sí.

-No todas. El azar no puede gobernar todo en el mundo. Mucho menos a un circo.

En eso regresó el otro payaso. Venía con humor envidiable, expansivo. Tomó la misma silla que había tirado y se sentó a horcajadas. Traía el rostro despejado. Llevaba un gorro hecho de medias o látex que a cada rato ponía y sacaba. Parecía un hombre calvo con dos mechones de pelo de zanahoria sobre las orejas. Se acercó excitado, casi eufórico.

-¿De qué hablan, compadre?

-Le decía que pensara que no por casualidad había venido a dar a este lugar.

-Eso es cierto -bajó la cabeza hacia nosotros para confidenciar. - Creo que deberíamos ser justos y contarle que este es un circo de orates.

-De eso ya me doy cuenta. Lo que no sé es por qué quieren ser tan distintos.

-La solución del enigma -gesticuló con teatralidad- está en las razones por las cuales se juntó este grupo desquiciado, deschavetado, irreverente, chalado.

El otro observaba divertido la transformación que había tenido su compañero.

-Este es un circo cuyo objetivo es tirar fuego a la luna -dijo con voz tan baja que me costó escucharle. -Esa es la diferencia.

Ahí estaba la confirmación de que eran una tropa de desubicados. Al menos esos dos.

-Que conste que hemos estado generosos, le hemos regalado dos secretos: la vida es una mierda y el objetivo del circo es tirar fuego a la luna. ¿Explico la cuestión? -el que me había acompañado se sumaba a las advertencias del otro.

-Jamás he escuchado una estupidez como esa. No tiene ni pies ni cabeza.

-Nadie ha dicho que la tenga.

-Me están tomando el pelo.

-Quisiéramos que así fuera... Todo tiene que ver con la luna. : Esta noche, por ejemplo.

-Pero si no hay luna.

-¿Cómo sabe? ¿No ha pensado que a lo mejor hoy nos ha tocado luna negra?

-No sigas. Lo estamos atosigando con cosas que lo van a reventar.

Dramatizaban con gestos histriónicos aquel gran secreto. A ratos la voz no los acompañaba y, de profunda y cavernosa, pasaba a ser delgada como pito de adolescente. -En todo caso, era justo comunicarle lo que pasa en el circo. ¿Cuál es su profesión?

-Periodista.

-Cuando parta, en el pueblo todos lo recordarán. No saben lo que hace un periodista, pero dirán: ese fue el año en que vino el periodista, despistado el pobre, pero parecía buena gente. ¿Cómo lo recibieron cuando llegó?

-No había nadie.

-Eso mismo comentarán: era tan desubicado que llegó el único día en que estábamos afuera. Le apuesto que ni sabe por qué vino a estos territorios.

-A buscar noticias.

-¿Aquí? No me cuente el cuento. A usted lo trajo el olfato.

-Déjeme tomar un respiro. ¿Podríamos cambiar la conversación por algo más racional?

-Proponga.

-¿Qué hacen ustedes en un circo? Son educados, manejan buen vocabulario. Creo que tienen la posibilidad de un trabajo mejor remunerado.

-Dice que hablemos de algo más racional, compadre.

-Más racional.

Remedaron mi voz y rieron.

-Qué tiene de racional ganar más o ganar menos. Esa no es la cuestión.

-¡Y entonces cuál es la cuestión! -tenía rabia porque aquello no conducía a nada.

-Hacer llegar fuego, energía, calor, como quiera a la luna.

-No entiendo.

-¿Está contento con su vida? Porque de apariencia no se ve alegre.

-Estoy agotado.

-¿De esta vida de mierda?

-Ya ni sé.

-¿Haría algo por cambiarla?

-No se puede.

-Este está peor que tú, ¿explico la cuestión?

-Es una porquería humana, compadre.

-Una basura.  
 -Una inmundicia.  
 -Y ustedes unas bostas. Si no tienen algo más interesante que decir me levanto y parto porque no estoy dispuesto a aceptar que me injurien gratuitamente.  
 -Además tiene orgullo, quién lo diría.  
 -De lo más completo el hombre.  
 -Capaz que también razone.  
 -Alto, paz, detengámonos -el que había llegado último levantaba las manos aquietando aguas o dirigiendo una orquesta. Bajó la voz, miró a las mesas vecinas con desconfianza.  
 -Quiero hablar de cosas importantes: algo grande se prepara en el circo, compadre.  
 -Algo como qué -a lo mejor significaba una colaboración para un artículo, una noticia que podría aprovechar.  
 -Sólo puedo adelantar que algo se prepara.  
 -¿Tiene que ver con el espectáculo?  
 -No tiene nada que ver con él. ¡Esto va a explotar, compadre!  
 -De un momento a otro hará ibum!  
 -¡Pam!  
 -¡Chas!  
 -Con letras de este porte, en rojo, atravesadas en portada "En el circo pasa de todo", ta tann. Así será la noticia ¿Le gusta? Nuevamente se reían de mí.  
 -En este circo hay que andarse con cuidado. Por cualquier lado puede saltar la liebre -dijo uno.  
 -Y en el momento menos pensado izas!, no salta. Se apretaban el estómago con las carcajadas.  
 -Secretos de dos no son de dios, -dije, aparentando tranquilidad y dominio.  
 -No hay problema. Somos tres.  
 -Déjeme hacerle una pregunta. ¿Qué le parece su vida?  
 -Otra vez. Toda la tarde con lo mismo. Creo que no es posible variar nada en la vida de uno; las cosas han sido y serán así.  
 -O es un hipócrita o no tiene futuro, compadre.  
 -¿Qué puedo hacer? -pregunté, siguiéndoles el hilo.  
 -No duerma esta noche y busque.  
 -No entiendo.  
 -Poco importa. Lo que decimos no es para su razonar bien pensante.  
 -La presentación va a empezar. Recuerde que no pasa desapercibido. Lo ubican y ya le tienen apodo. Eso es una ventaja. Busque, no sea flojo y haga caso a mi compañero. No interesa si comprende, no está en condiciones.  
 Se pusieron de pie y desaparecieron rápidamente. El triste llevaba la cabeza agachada y la mirada en la punta de los zapatos. También me incorporé. Por todas partes se iba haciendo la oscuridad, salvo la entrada de la carpa transformada en el único foco luminoso. Desaparecieron actores, malabaristas, contorsionistas, domadores que habían atraído al público durante el día. La gente convergía lentamente en medio del silencio solemne. Parecía

un ritual. La animación en los ojos, las sonrisas, las miradas de complicidad contradecían el protocolo de la columna. El lento y arrastrado caminar levantaba polvo. El lugar quedó cubierto hasta más arriba de las cabezas por la tierra en suspensión, y las toses se escuchaban en distintas partes; picaban los ojos, las partículas se metían por las narices. Los contornos de las figuras perdieron los límites, salvo la entrada del circo, la promesa del final del camino. Sentí que tiraban mi manga. Era el payaso triste.

-Está lleno, compadre, y usted babeando.

Rodearnos la carpa. Levantó la tela y crucé al otro lado. Aparecí bajo las graderías. Conseguí un lugar cercano a la pista. Estaba lleno. Al otro extremo distinguí al niño con el que me crucé cuando iba a la casa de la lluvia. "Casa de la lluvia", repetí. Busqué al hombre de la cantina, pero no lo divisé. Al poco rato los concurrentes nos apretujábamos, mientras afuera todavía había quienes reclamaban por entrar.

Apagaron las luces. Silencio. No veía ni mis manos. Nadie se movía. Nadie respiraba. De pronto las luces se encendieron. Mientras acostumbraba la vista, una pequeña orquesta dio comienzo al espectáculo. Sobre la pista, los payasos que me habían acompañado, ahora vestidos y maquillados como correspondía. Con ropas de colores chillones, pantalones anchísimos, chaquetas que casi llegaban al suelo, la cara pintada en exceso, zapatos desmesurados. La diferencia entre el alegre y el triste sólo se adivinaba por los trazos dibujados sobre el rostro. También un domador vestido de traje ceñido con lentejuelas. Un par de malabaristas jugaban tirándose pelotas. Trapecistas. Un equilibrista. Los ayudantes con encendidos overoles. Era el circo frente a nosotros para que imagináramos las sorpresas que traerían. Las luces crudas empezaban a mezclarse con otras de diversas tonalidades que describían arcos y círculos en movimiento. La escena se hacía irreal y me habría llevado al sueño, de no ser por la aparición en medio de la escena del engañoso cantinero. ¡Ahí estaba aquel que yo había creído dueño del negocio! Recordé lo que habían dicho los payasos "Así es que ahí es donde estaba; de él se puede esperar cualquier cosa..." Obviamente lo conocían y ahora ocupaba el centro. Vestía formal, terno gris, corbata oscura. Por el timbre de la voz y la forma de tomar contacto con los presentes hizo patente no sólo el dominio, sino el conocimiento de aquella gente simple.

En su charla reconocí a un hombre múltiple. Había sido capaz de atraer con la historia del lugar y también borrar de una plumada lo que para mí tenía valor. Ahora enfrentaba con propiedad a la multitud. Presentó uno por uno a los artistas, los describió con algún rasgo que a veces provocaba risas. Ustedes saben que todo cambia -dijo finalmente. -Un niño, por ejemplo, se va haciendo adulto a medida que su vida pasa. La naturaleza no es la misma de un año para otro. Nos damos cuenta que hay más o menos vegetación y dicen que hasta los cerros no son iguales en el tiempo. Lo más importante para nosotros es variar hacia donde queremos, no que las cosas nos tomen por sorpresa. Pero hay veces en que necesitamos cambios más grandes porque no nos gusta como hemos sido -se movió hacia el lado en que yo estaba. -Los cambios necesitan esfuerzo. Lo más importante: buscar y probar sin permanecer detenido. Ya sé que resulta extraño que esto se diga en un circo, pero ustedes están acostumbrados. Total, igual viene luego la diversión, y nosotros nos quedamos tranquilos porque dijimos e hicimos lo que debíamos. Por último, una de esas frases por si alguien pica -esbozó una amplia sonrisa. -Entre la geometría común que trata, en general, de la extensión en

un plano o en el espacio, y la geometría del alma hay una relación analógica o de semejanza, y no de equivalencia.

Recuerdo palabra por palabra lo que dijo, porque aquello era demasiado absurdo. Esas frases fuera de contexto eran una delicia. Surrealismo puro, alucinación. Por último agregó: - ¡Señores, que comience el circo!

Otra vez oscuridad y silencio. Los contornos de quienes me acompañaban se tiñeron de plata. Sentía la respiración forzada del viejito que estaba a mi lado y que olía a chivo. El del otro costado exudaba aroma a tomates. Si cerraba los ojos y agudizaba el olfato, fácilmente podía imaginarme en medio de un mercado.

Apareció una tenue luz roja acompañada de un solo de trompeta lánguido y arrastrado. La iluminación se aclaró y entraron tres leones que dieron varias vueltas a la arena. No había rejas que los contuvieran. El público estaba silencioso, quieto. Los animales estiraban displicentes sus cuerpos y de vez en cuando miraban a la platea. Desaparecieron por una puerta de género que se los tragó con gran alivio para mí. Luego circularon gorilas de pelaje negro. Cada tanto se detenían y nos observaban. Esa mirada me producía la rara sensación que tras los ojos había atisbos de inteligencia y no podía establecer con claridad la diferencia entre su existencia y la nuestra. Por último aparecieron gráciles caballos tocados con hermosos penachos de colores. A sus lomos se subían perros que luego saltaban a tierra y repetían la operación. Cuando el último perro que insistía en quedarse en el escenario desapareció, entraron los aseadores, esparcieron aserrín en algunas partes donde los animales habían hecho sus necesidades, extendieron una alfombra roja de género de carpa y salieron.

Entonces ingresó el domador para hacer su acto con los animales.

Luchaba contra el cansancio. A ratos, se entrecerraban mis párpados y quienes actuaban se multiplicaban. Lo que hacían quedaban fuera de toda comprensión y recapacitaba con las risas. Me sacudía para despertar y la lucidez duraba un par de segundos. Desde mi extenuado punto de vista, las trompetas y los tambores tocaban sin razón. Deseaba relajo y que por un momento todos se fueran a buena parte. No vi malabaristas ni equilibristas. La orquesta, los gritos del anunciador y los ¡ohhh! del público, estaban en una frontera a la que no tenía acceso. Sin embargo, vagamente pensaba que debía guardar cierto decoro, lo que significaba mantener la posición vertical y una sonrisa algo idiota. Al poco rato ni eso importó. Desperté con el movimiento que hacía la gente para irse del lugar. El hombre de las cebollas que estaba en la fila de arriba, esparcía sus olores sobre mi cabeza, tratando de alcanzar el pasillo. Los últimos espectadores ya salían por la boca de entrada de la carpa, donde se los tragaba la oscuridad. Me incorporé. Varios aseadores limpiaban el lugar.

-¿Le gustó? -dijo uno que, en vez de despedirse, dejó la escoba y me siguió.

-¿Invento o digo la verdad?

-Siempre la verdad -dijo rotundo. -Mentir hace mal.

-Me quedé dormido.

-Qué bueno que se haya dado cuenta. Usted fue diversión aparte. A ratos roncaba, y hasta se echó sobre su compañero.

-He viajado tanto hoy.

Salimos de la carpa. Cientos de personas se internaban en el bosque. Quedaron las risas, las

conversaciones, los gritos cada vez más débiles. Luego ni eso.

-¿Qué hará?

-Alcanzaré a la gente. Entre tantos, alguien me alojará. ¡Mi bolso! Lo había olvidado.

-Voy con usted.

-¡Quedó a la subida, entre un grupo de matorrales y un árbol grande! ¡Nunca pensé que iba a estar tan oscuro!

Atravesamos el claro donde se habían instalado los actores antes de la función. Ahora, sólo silencio y noche.

-Debe ser tras esos árboles. Más o menos tenía esta visión de la carpa.

-¿Y no será por allá a la derecha? También hay vegetación alta.

Dudé. No recordaba la mancha del cerro contra las estrellas, y también podía ser ahí. La cercanía con el camino decidió mi opción.

-Es donde digo. Ahí está el árbol.

Avanzamos rápido.

-Vaya por allá, yo por este lado -dijo- Ganamos tiempo. No va a ser fácil con esta oscuridad.

-Usted va a estar más cerca. Puede ser entre esas dos matas. Una maleta gris clara. Tiene mango negro y líneas cruzadas.

Por más que movía el pasto largo y las hojas, no lograba dar con el lugar. No era ahí. Ropa, zapatos, apuntes extraviados. El viaje no había sido hecho en vano, porque las pocas páginas escritas no estaban mal. Eran imaginativas, sabrosas. Unos pocos arreglos y hasta podría publicarlas. Mientras más sentía su pérdida, mejor me parecían. Dinero también. Los ahorros para la vuelta. No era poco, acostumbraba a viajar seguro. ¡A quién cretas se le ocurre botar billetes en el campo! Tengo que encontrarlo a como dé lugar. No se puede perder. La misma gente que se iba al pueblo puede haberla tomado. Si es así, pido que la devuelvan. No será difícil, parecían honrados. Eso implica que debo alcanzar de inmediato la columna. Preguntar antes de que lleguen o tendré que golpear en cada casa. "¿Señora estará aquí mi maleta?" Ya no sería sólo el periodista sino que, como diría el payaso, durante el año entero recordarían al periodista estúpido.

-¿Encontró algo? -grité enojado.

-Nada -apareció a mi lado. -Le digo que debe ser en el otro grupo de árboles. Porque el camino está dividido ¿se dio cuenta?

-Había una sola huella.

-Acompáñeme -insistió. -Aquí no hay nada.

Me dejé llevar. Era bastante lejos de dónde estábamos. Debíamos zigzaguear entre arbustos. Seguía con la duda de si me podía haber equivocado tanto, íbamos subiendo la suave pendiente de un montículo.

- No llegué a un lugar tan alto.

-Aún falta. Por favor siga derecho, ahí el sendero se hace más suave. Al fondo hay una roca vertical que sale del cerro. Si nos perdemos, búsqume allí.

Fue lo último que escuché. Caminé por una explanada que tenía al fondo una pared alta que destacaba en la oscuridad por los tonos cenicientos de la piedra. Llegué a la roca. No podía seguir por ese camino finalizado abruptamente. Sólo escuchaba sonidos de animales nocturnos. Ranas croaban a la distancia, más cercanos, grillos se comunicaban. Alguna

lechuza. Mi respiración agitada. Crecía el enojo contra el hombre que había desaparecido. Aquel día era interminable. Toqué las rugosidades intentando que el tacto diera las señales que la vista y la noche negaban. Las piedras estaban tibias. El peñasco entraba en una hendidura profunda que se internaba en el cerro. Caminé a tientas dentro de las tinieblas. El lugar parecía una caverna. Sentía un delicioso calorillo; allí podía permanecer por la noche si perdía al acompañante. Pensé en los murciélagos que se esconden en las grutas. Luego imaginé a los vampiros que chupan la sangre de los inocentes. De los vampiros pasé a las arañas gigantes que, de todas maneras, tenían que venir de las profundidades porque ¿sabía yo hasta dónde se internaba aquello? Creí escuchar que algo se movía.

-¿Quién anda?

Silencio. Pensaba devolverme cuando se hizo la luz. Potente. Enceguecido, tropecé con algo blando en el suelo que se movió pero volvió a su posición. ¡Mierda! Un cuerpo. Un muerto ¡Qué crestas es esto! ¿Hablo, pregunto, grito? Mejor me agacho. Estúpido. Quien encendió las luces tiene la visión completa de mí. Correr. Pero los pies están pegados al piso, pesan toneladas. Los oídos alerta. Escucho lo cercano, parece que alguien respira. Deseo que todo pase. Rápido. No me gusta el peligro. No puede durar más. Comienzo a ver bultos. Distingo colores.

Voces de distintas partes reclamaron:

-¡Está entrando aire!

-¡Un ventarrón!

-No sacan nada con cerrar las puertas si las ventanas quedan abiertas.

Por fin enfoqué las figuras y acostumbré la vista a la luminosidad. Era la gente del circo. Aún vestían los trajes que habían usado en la representación. Estaba en medio de una reunión que se venía desarrollando en la oscuridad.

-Perdonen la intromisión, estoy algo perdido.

Nadie se preocupaba de mi presencia. La conversación continuaba, como si yo fuera transparente. Estaba en medio y ni siquiera se inclinaban cuando tapaba la visual entre dos que charlaban. Puse rodillas en tierra y enfrenté al payaso que había hecho de triste.

-Usted me conoce.

Nada. El payaso hablaba con alguien que no le hacía mucho caso. Le tiró pequeñas piedras para llamar su atención. La mitad las recibía yo y la mitad seguía su curso.

El payaso repitió:

-¡Quién dejó la ventana abierta! Están entrando moscas ¿Explico la cuestión?

Ventanas ni nada. Era una cueva. El techo no se veía. El piso, tierra endurecida y las paredes de roca. No era un lugar amplio, aunque suficiente para un ruedo con todos ellos. La frecura de la noche había quedado afuera. El aire estaba levemente enrarecido.

¿Qué monos pintaba allí?

Debía salir lo antes posible. Miré a la entrada, más allá del arco que describía la luz, no podía estar muy lejana.

Los payasos se sentaron uno frente a otro dejándome entremedio e impidiendo incómodamente el paso. Se hicieron escuchar por todos.

-¡Hay una historia de fantasmas en estos lugares que ni te cuento, Evaristo!

-Lo que pasa es que la vida es triste, Agapito.

-Cuentan de un fantasma viajero que deja todo tirado. ¡Aparece una dificultad y se manda a cambiar a la primera!

-Te digo: es demasiado triste la vida del viajero.

-Es una aparición plumífera porque adorna el cuerpo con plumas para ocultar, aunque dice que son para volar. En las manos usa penachos hermosos y decorados para escribir. Pesa tanto que no las puede sostener. O sea, no escribe nada aunque se ha preparado desde siempre.

-Insisto: triste vida la del plumífero.

-Es un espectro equívoco. Escucha sonidos que nunca han existido y ve cosas donde no están.

-Triste la vida del espec... ¿qué dijiste?

-Espectro.

-Triste la vida de ése.

-Es sólo una apariencia de vida porque no tiene gusto a nada. No le agrada lo que hace y no sabría conseguir lo que desea. Pasa de la melancolía al idealismo y sería capaz de sentarse a ver la vida sin intervenir, y creyendo que hace demasiado

-Qué triste la vida triste.

-Un espíritu que cree que lo miran seres extraños y poderosos a quienes nunca logra descubrir. Que rigen sus actos y sus pensamientos. Que le dan picotazos a la espalda y se divierten a costa de él.

-Qué triste la tortícolis.

-Espanto que va y viene sin sentido. Da lo mismo hacia dónde se dirige, por eso deambula sin terminar ninguna tarea. Está y no está y ¿a quien le importa?

-Qué triste la vida del espanto.

-El fantasma dice que mañana comenzará el artículo que salvará su vida.

-Que triste el fantasma. Eso ya lo dije, creo.

-Apenas un aire sobre la tierra, y más enredado que un plato de tallarines.

-Qué triste el tallarín.

El domador también estaba allí. Aún con su traje de lentejuelas luminosas sobre una chaqueta roja y corta. El pantalón blanco tenía manchas oscuras con la tierra suelta del lugar. Levantó la voz.

-¡Hay que dominar al animal! Ese es nuestro arte y trabajo. A ello debemos dedicar la vida entera.

Sólo cuando habló caí en cuenta que a su lado había un hombre ebrio tirado en el suelo, completamente ebrio.

-Animal serás tú, huevón -dijo el borracho.

-No hablo con quienes aún no son humanos.

-¡Qué tienes con el animal! -el ebrio contestaba con lengua traposa. Apoyó la espalda contra la pared, balanceando la cabeza sobre los hombros. Se inclinaba y sólo mantenía cierta verticalidad porque el codo caía en el suelo. ¿Qué culpa tengo si la vida ha sido tan cruel conmigo

y me ha convertido en esto?

-Este hombre es mi compadre, mi amigo, mi hermano. ¡Este siente! ¡Tiene sangre en las venas! -dijo el payaso triste. Atravesó el ruedo para saludar al borracho, que cayó sobre el costado. Cerró los ojos en medio de sonoros ronquidos, en vista de lo cual el payaso volvió sobre sus pasos. -Aunque debo reconocer que no es un ejemplo de nada.

El ebrio se incorporó nuevamente y extrajo del bolsillo una petaca de color oscuro. Bebió.

-¡Ah! que sed. -continuó hablando con la cara vuelta hacia el suelo, lo que hacía más difícil entenderle. -Infeliz vida mía. Las plumas vuelan de mis manos y no dejan entregar mis trabajos a tiempo. Soy el mejor, lo aseguro yo mismo, pero el plumero no deja ver el bosque. Pondré en una hoja lo más hermoso que se haya escrito, ya verán, -se calló un rato. Un hilo de baba caía hasta el suelo. -Y seré famoso. Lo que pasa es que la gente no entiende -rompió en llanto. -Nadie me quiere, estoy más solo que tabla de naufrago. Dicen que voy para allá y también para el otro lado, que no tengo destino ni principios. Lo que pasa es que no saben.

-¿No saben qué? -preguntó el payaso triste.

Con los ojos entreabiertos trató de individualizar al interlocutor.

-¿Qué dice?

-Pregunto: ¿no saben qué?

-¡Bah! Se me olvidó.

-¡Aquí se ha producido un problema de equilibrio! -dijo alguien.

En el momento se pusieron de pie dos hombres bajos. Se pararon uno frente al otro. Me costó reconocerlos, eran los malabaristas. Tenían dominio del oficio, un dominio casi aburrido, técnico, preciso, matemático. Ahora se enfrentaban con la misma actitud que en la función, pero sin pelotas, palitroques o antorchas encendidas que lanzarse. La pierna derecha adelantada, y algo flectada. La vista alternativamente a los ojos del compañero y hacia las alturas, como si hubiera objetos en el aire que debieran recibir con cuidado. Comenzó a hablar uno y, coordinadamente, el otro terminaba el relato.

-Si uno pudiera parar el tiempo, vería que todo es inestabilidad.

-Una piedra lanzada al aire, detenida imaginariamente en la altura, estará en la inestabilidad de ir cayendo o todavía subiendo.

-Si eso es cierto -saltó el payaso alegre socarronamente - ¿Cuál es la inestabilidad de una piedra en el suelo, de una roca en la montaña, o de la cordillera misma?

-Habría que ver -defendió el malabarista que llevaba la palabra -si tú vas cayendo o subiendo al hacer la pregunta. La cordillera está incluida en el continente. Los continentes, es sabido, se alejan unos de otros. Además, también ellos son parte de la tierra y la tierra vive su inestabilidad. ¿No? Si una cosa está pegada a un recipiente que se mueve, la cosa ¿se mueve o no? ¿Acaso no ves que su estabilidad es aparente?

El payaso triste le dijo a su compañero:

-¡Piensa más antes de abrir la boca! Dejas mal parado a nuestro gremio.

-Que por lo demás es inestable -confesó el otro, compungido.

-Ni siempre válido -dijo el trapecista que se había mantenido en silencio. La acotación fue algo oscura.

-Entonces -retomó el malabarista que había comenzado el diálogo- el equilibrio sólo se

entiende entre momentos que se contrapesan. Momentos que se anulan. El nacimiento y la muerte de uno mismo, por ejemplo.

-Raro ¡hip! equilibrio -el borracho hablaba desde el suelo- ...on.

Estuve de acuerdo con el ebrio, aunque no me quedó claro si se daba cuenta de lo que decía.

El trapecista miró a cada uno e impuso silencio. Sostuvo la atención de todos largo rato, hasta que el payaso triste con voz baja, que en ese sigilo sonó con claridad metálica, dijo:

-¡Antes de que empiece éste ya estoy mareado! ¡Me están dando ganas de vomitar!

-Arriba y abajo son conceptos relativos -comenzó el trapecista- porque están referidos a parámetros relativos.

¿Dónde me había metido? ¿Cómo usaban con tanta soltura ese vocabulario que no correspondía a artistas circenses? Parámetros, conceptos... ¿era una broma? Aquellos no podían ser lo que parecían. Tal vez aventureros que habían decidido unirse en una empresa extraña cuyos desafíos los llenaba de emoción. ¿Qué otra explicación? ¿Y por qué esa reunión tan hermética? ¿Por qué transformaban mi presencia en la de un fantasma?

-Estos parámetros cambian según quién esté observando -continuó el trapecista.

-¡Cagamos! Demasiado para mí. -De nuevo el triste hablaba por lo bajo.

-Un aviador que acostumbra a viajar a miles de metros entiende ésto mucho mejor que un campesino cuyos pies están metidos en la tierra. Más aún el astronauta.

-¡Qué tienen que ver los astronautas! Y pensar que algún día llegaremos a ser como él, compadre.

Luego desapareció todo sonido. Salvo aquella voz sugerente que arrastraba de manera irresistible. Cuando habló de astronautas no me costó imaginar un hombre de traje plateado y casco esférico con vidrio oscuro y curvo como ojo de mosca, suspendido en la negrura del espacio, unido por un cordón umbilical de oro a una nave que viajaba a miles de kilómetros. Al mismo tiempo, nave y hombre detenidos en la inmensidad. ¿Quién podría decir que allí el tiempo transcurría? La visión de la tierra, redonda y brillante como pelota de tenis, muy lejos. Eso era el tiempo: partir a una eternidad y volver algún día. ¿Y qué era yo en esa cueva? Para astronauta sólo me faltaba el traje y la tierra en la distancia. Habían desaparecido el campo, la noche, los búhos, las ranas y todos los animales. Estábamos en otro planeta. Un universo distinto nos acogía. Me había introducido de tal manera en la escena que dije:

-¿Y qué si todo es una invención? ¿Si la vida no es lo que pensamos? ¿Si alguien se divierte a costa de nosotros?

El payaso alegre tomó un cubo de agua que estaba a su diestra y lo disparó sobre mí.

Sin pensarlo di un brinco, pero ya estaba empapado de pies a cabeza. A fuerza de toses e hipos mis pulmones volvieron a su trabajo habitual. Tiritaba.

-¿Qué haces? -preguntó el trapecista.

-Ahuyento almas en pena. Nada le haría tan mal a nuestra reunión como que los fantasmas perdieran el respeto y decidieran tomar la palabra.

Aquello era suficiente. Anduve dos pasos hacia la entrada, hasta que una pierna enlazó mis tobillos y caí, mientras el trapecista enfrentaba al borracho.

-¿Qué harás de tu vida?

-¡Despierta hombre, te hablan! -dijo el payaso alegre.  
Se incorporó a medias. Parecía no entender lo que sucedía.  
-¿Qué será de ti, no digo en diez años más, sino que en uno?  
-En siete años más seré feliz.  
-¿Y qué te hace creer que lo lograrás?  
-Demasiadas preguntas... demasiadas preguntas... mala intención... de una sola vez -el hombre volvió a la estupidez.  
-Contesta aunque sea una.  
-Todos están contra mí. Hasta los que se quedan callados.  
Tenía razón. Los que cerraban la boca eran cómplices. Aquel parecía un enjuiciamiento.  
-Así como vas no tienes destino.  
-No escucho -y se tapó los oídos.  
-La verdad duele.  
-¿Por qué no lo dejan tranquilo? -volví a meterme, cuidando esta vez de estar tras un malabarista por si se les ocurría la gracia del agua.  
-Porque no se siente tranquilo -el Triste.  
-No lo parece -había conseguido status de realidad. Se dirigía a mí.  
-¿Por qué piensa usted que bebe? -trapeceista.  
-¿Para olvidar que bebe porque le da vergüenza, como en el cuento? -dije.  
-No. Bebe para dormir. Es incapaz de estar despierto más de un minuto. Si duerme no enfrenta sus problemas. Pero en el sueño le va peor, los monstruos lo devoran. ¿Qué cree que es lo único que puede hacer cuando despierta?  
-Beber.  
-¡Bravo! Vuelve a tomar porque piensa que por fin vendrá el sueño reparador.  
-¡Eso es un tormento!  
-¿Y acaso la vida de cualquiera no es así? Piense: cuáles fueron sus sueños a los quince años.  
-Bueno, yo quería...  
-No diga nada, sólo retenga mentalmente. ¿Cuántos de esos sueños se cumplieron?  
-Ninguno como lo pensé.  
-¿No ve? Le apuesto que incluso hubo algunos que ya en esa época sabía que eran imposibles. Justo los que lo transformarían en héroe..  
-No puedo negarlo.  
-No sólo sucede en la juventud. Por ejemplo, ahora también está lleno de sueños. Hoy día los más descabellados no lo transformarán en héroe. Ahora tendrán que ver con la seguridad... ¿Ha pensado cuántos de estos no llegaron a ser reales? Exactamente los que podrían hacer de usted un otro. La misma historia; el vicio de la embriaguez. No queremos despertar porque pensamos que puede ser doloroso. Imagine que no cumpla nada de lo que tiene pensado. Nada, nada.  
-No es posible.  
-Si es posible. Nada saldrá como cree. Imagine.  
-Me deja sin esperanzas.  
-Queda en total desnudez. Eso sucederá y no puede soportarlo.  
Se cubre con posibles, no con horas.

-Algo se cumplirá...

-¿Para que siga dormido? No tiene gracia. Usted es igual a nuestro amigo que ronca a pata suelta. La única diferencia es que él está entregado, mientras que usted aún alumbró una lucecilla. ¿Estaría dispuesto a hacer un esfuerzo por cambiar?

-Sí.

-¿Verdaderamente?

-Creo que sí.

-¿Aunque eso signifique cambiar costumbres?

-Dije que sí.

-Débil, pero suficiente.

Apoyé la espalda contra la roca. La luz se apagó. Parecía que mi cuerpo estallaría en cualquier momento. El cansancio vino desde todos los puntos. Había pasado por tantos mundos en tan poco tiempo. "¿Cuándo llegué al pueblo? ¿Qué hora puede ser? Todo palpita. La sangre recorre a golpes de pulso. Las imágenes se suceden demasiado rápidas, no las alcanzo a detener, se deshacen en miles de puntitos coloreados". Iba cayendo hacia el costado izquierdo, me deslizaba hacia un pozo, suavemente, un pozo sin fondo.

## CAPITULO IV

Desperté en medio de la oscuridad. Todo se movía. Pensé que se nos venía un cataclismo. Salté y me di un golpe contra una pared dura. Caí de espaldas. Aquello era el acabo de mundo, el piso saltaba vertical y horizontalmente. Tal vez había dado contra las rocas de la cueva. Arrodillado volví a la pared con las manos por delante. Palpé ... imadera! También el piso. Me puse en pié. No alcanzaba a extender los brazos y tocaba la superficie lisa y suave del cielo raso. ¡Estaba encerrado en una caja de madera! Transitábamos por un camino irregular. Seguramente estaba metido en uno de los carromatos herméticos que tenía dos grandes caras de payasos pintadas en su pared exterior, una triste y otra alegre. Costumbre de circo: triste y alegre. Costumbre de esos locos que me habían raptado con mi anuencia. ¿Y la maleta? ¿Y los escritos? Perdidos. A empezar todo de nuevo. Conté dos pasos de ancho por cinco de largo.

-¡Hey! ¡Hay alguien!

Mientras fuéramos en viaje nadie escucharía. El carromato estaría enganchado a algún camión, lejos de oídos discretos. Repasé con cuidado las tablas. Quería encontrar la puerta, un tirador. Nada. Los ensambles cuidadosos no mostraban las juntas. Tampoco había bisagras. Me senté a esperar. Por lo menos era de día. La quinta tabla de abajo hacía arriba dejaba filtrar una débil franja luminosa.

Viajábamos sin parar. El camino se suavizó. Los motores zumbaban a irregular distancia.

Metido en la oscuridad, ciego, camino de cualquier destino, qué manera de parecerse aquello a mi vida.

Esperaba que abrieran la puerta cuando se detuviera el vehículo, se disculparan y conversáramos los términos de mi participación en el circo. Una temporada con ellos era posible, en ningún caso de inmediato y jamás de esa manera. Chispazos involuntarios de imágenes del día aparecían coloridos en medio de aquella oscuridad. La llegada al pueblo y el cuento de la casa de la lluvia. Bajaba por la cuesta, como lo hice, con el incómodo bolso colgado alternativamente de mi hombro izquierdo y el derecho. Veía al hombre del viejo camión azul.

- ¿A qué va a ese lugar?

-A probar suerte -por decir cualquier cosa. Ese hombre delgado, canoso, cansado de la vida, no sospechó la verdad de lo que dijo:

-Allí no se prueba suerte, se la echan a uno. Usted es dueño de hacer lo que quiera -me dejó donde el camino se bifurcaba. -Pasadito el cerro se abre un valle abajo. Siga siempre la huella. Lástima que haga tanto calor y que no lo quiera acompañar más, así es la vida. El vehículo se perdió, dejando una estela de polvo que quedó suspendida mientras caminé por los cerros.

Mis ojos se habían acostumbrado y lograba ver la claridad derramándose por la tabla. No era más de una palma de largo el lugar en que la madera se adelgazaba, por mucho menos de una uña de ancho.

Ahora me veía vestido de camisa blanca, puños arremangados, y de pantalón negro. Golpeaba a la puerta de la casa grande. Era un día luminoso después de la larga lluvia. Nadie acudía. Empujaba la gruesa hoja de madera que estaba entornada. Cedía con el quejido lastimoso de los goznes.

-¿Está Alfonsina? -preguntaba. De adentro venía un vaho frío mezclado con la soledad del zaguán.

En medio de la oscuridad del carronato recordé que el hombre de la cantina no estaba en la reunión de la cueva. La sorpresa que tuve cuando lo vi dando comienzo a la función, y lo que dijo: "La geometría del alma"...

Pensé que nos habíamos detenido, pero sólo tomábamos un camino más suave. Alguna carretera asfaltada. ¿Dónde terminaría aquel viaje?

Cerré los ojos. La casa parecía vacía. Aventuraba más allá del vestíbulo y lograba ver el patio. Había un árbol gigante, tal vez un álamo de tronco grueso. Las hojas amarillas traspasadas por una intensa luz otoñal caían sobre el pasto. La tarde parecía suspendida y lamentaba que el viaje fuera en vano. Alfonsina ya no estaba. Había llegado demasiado tarde.

Sentí golpes afuera. El cubículo no se movía ni tampoco había luz en la rendija. Los golpes se repitieron.

-Soy el payaso triste, compadre. Tu amigo.

-Es hora de que abran.

-Imposible.

-No es necesario que me oculten ¡Avisa para que me saquen!

-¡No grites! Se podrían enterar.

-¿De qué?

-Que te estoy visitando. Se supone que estás en tu propio encierro y no puedes tener ninguna compañía.

-¡Déjame salir!

-Estuviste de acuerdo, compadre.

-Dije que podría entrar al circo, pero no de esta manera. ¿Cuánto creen que voy a aguantar? Ya es de noche, llevo un día entero de encierro.

-¿Cómo sabes?

-Por la ranura que está del lado que me hablas. Es la quinta tabla desde abajo.

-Bueno saberlo. Entiende: aquí no se hacen las cosas como te gustan. Si no aprendes, no sales.

-¡Sácame de aquí!

-Sigue y me voy hasta que termines el berrinche. ¿Tienes hambre?

-Comería un buey.

-En el piso hay una tapa de madera, si la levantas encontrarás alimento y una bacínica para las necesidades. El domador dijo que al final de cuentas, ya que lo que comas lo vas a cagar igual, da lo mismo que uses un sólo cajón para recibir el depósito y la comida.

-¡Insisto en que me liberen o armo escándalo!

El maldito ya se había ido.

Alguien volvió con martillo y clavos. Tapaba la única manera de medir el tiempo.

-¡Traidor!

¿Qué hacer? Por el momento dominar la claustrofobia. Era un lugar demasiado pequeño. En esa noche continua podía imaginar que aquello era grande, espacioso y alto. Intenté incluso caminarlo con soltura, la realidad hizo darme contra las paredes. Entonces lo sentía más

pequeño, tal vez llegaría a aplastarme. Con urgencia debía distraerme y comer. Abrí la tapa del depósito, extraje la bacinica que dejé en un rincón y un plato de tallarines frío con salsa. Para el hambre que tenía pareció un banquete. Mis aprensiones bajaron con el estómago satisfecho. Tal vez era medianoche y convenía dormir. Junté la paja dispersa y me tendí. Las hebras se metían por mis narices. No soportaba el polvillo que suponía por todas partes. Estornudé hasta que me cansé. Adiós sueño.

"Alergia. Fiebre de heno. Heno, trigo..." La oscuridad nuevamente transformada en pantalla. Salté al pasado. Estaba en el campo, flaco y desgarrado. Solo, adolescente. Los amores. El vértigo. Observaba las imágenes distorsionadas, oblicuas desde mi punto de vista. Se mezclaban las primeras con las últimas mujeres. Tuve cinco, ocho, diez, quince años. Después trece, cinco, veinticinco. Siempre había intentado amar y siempre fracasaba en un punto. Casi besaba, casi tocaba, casi abrazaba. Me amaban nunca como yo deseaba que me quisieran. La representación tenía cada vez más cuerpo, más volumen, más colores, más sabores. Iba por un sendero que no tenía destino. Transitaba sin objetivo y sin apuro, igual no iba a llegar. De pronto apareció tu nombre, aquello me sobresaltó. Era tu nombre sin nombre, porque eras todas y ninguna al mismo tiempo. Venías del pasado distante y olvidado. Penetrabas por mis poros. Eras casi un segundo cuerpo. Estabas en las uñas y en mi pelo. Venías en los olores del verano, embriagadora entre los aromas y el calor imposible. El verde de las viñas reverberaba. El cielo era azul intenso. "Te acercas entre flores multicolores, estamos solos. Una suave angustia me invade. El ruido nítido de los insectos. El viento suave y ondulante. Te acercas con el dorado de tus cabellos sueltos, la sonrisa en la cara. No te pareces a ninguna, pero eres todas a la vez. Casi llego a entender que vendrás también en el futuro. ¿Qué habrá sido de tu vida? ¿De tus múltiples vidas? Has tenido tantos nombres... cerca de las raíces de un espino viejo, agachado para que sus puntas no me alcancen, escarbo para esconder una carta a finales de un caluroso y excitante verano. No quiero que la juventud se vaya. Dejo el testimonio, el gusto, el aullido, escondo un secreto que me atrape, que no permita que el vértigo me arrastre. Estiro ahora las manos sacando tierra imaginaria entre las tablas. La escena se apagó. Algo quedó irremediabilmente perdido en el pasado.

- ¡Eh! Compadre -de afuera llamaba el payaso. -¿Qué has descubierto?

- ¡Qué eres un mal nacido! Viniste a tapar la ranura de luz.

- Fue el cantinero, como le dices tú. Mandó que cerraran todo contacto, compadre.

- ¿Qué tiene que ver él con el circo?

- Cómo que qué tiene que ver. ¿No te han contado que es el propietario?

- ¡Con ese patrón no quiero seguir!

- No conoces al Lunero.

- ¿Lunero?

- Así le decimos nosotros, por luna, Lunero, sería un cuento largo de explicar. En verdad se llama Pedro. Han puesto guardia para que estés aislado, y ahora que es de noche, el vigilante duerme.

- ¿Otra vez de noche?

- Y la más oscura.

- ¡A lo más podría ser mediodía!

-Dime ¿ves alguna luz?  
-No contestaré. Esta vez no piso el palito.  
-Uno trata de ayudarte e insistes en la desconfianza. Si hay órdenes, qué quieres que haga.  
-Que te las arregles para que pueda salir. Necesito estirar las piernas.  
-Allí adentro te puedes mover.  
-Claro, después de dos pasos y medio choco contra la pared.  
-¿Qué has estado haciendo?  
-Mira, después de escribir en esta oscuridad un artículo acerca de cómo me raptaron, he cenado filete con papas duquesa. También leí y estuve con una rubia estupenda que se ausentó porque llegaste. Tú sabes, es un poco tímida, ya volverá.  
-Gracioso.  
-No más que tú.  
-Pregunto en serio.  
-Me han venido recuerdos. ¿Puedo confiar en ti? -necesitaba contar.  
-¡Por supuesto!  
-Aparecieron mis amores pasados. Uno tras otro, desordenados, vividos. Estaban todas las mujeres que quise. Recordé hasta el aroma de algunas. ¿Puede ser? A más de veinte años me golpearon perfumes que ya no se usan. El color de sus ojos, pieles suaves. Como si el tiempo las hubiera hecho a todas iguales, y de pronto redescubro sus diferencias. Estoy nostálgico y no me gusta. Necesito hablar con alguien, decir lo que me sucede, tener alguna conexión con el mundo. ¿Entiendes? ¿Hay alguien afuera?  
-...  
-¡Payaso maricón me dejaste hablando solo!  
Di algunos pasos para descargar la rabia. Abrí la tapa y saque porotos fríos con un pedazo de tocino. Comí sin ganas y me acosté. Agucé el oído, de afuera no venía ruido alguno. Tal vez el sonido lejano de un animal de corral. Después, silencio.

. . .

-¿Hay alguien?  
-¿Quién es?  
-El payaso.  
-No hablo con mal nacidos.  
-¡Qué te pasa!  
-Primero haces tapan la ranura y después quedo hablando sólo  
-¡Qué ranura! Primera vez que te vengo a ver. ¿Explico la cuestión?  
-¿Eres el otro? Confundo las voces.  
- Para ti es muy peligroso que aparezca alguien, aunque sea mi par. No hagas caso a lo que te diga. Estás en el momento del encierro, es una gran oportunidad  
-¿Por qué debo creerte a ti?  
-Digo la verdad.  
-El otro vino con lo mismo.

-No lo escuches ¡Tal vez apuestas tu vida sin saberlo!  
-Bonita perspectiva.  
-¿Qué has estado haciendo?  
-La misma pregunta. Recordando. ¿Quién es Lunero? -quería sacar algún partido de la conversación.  
-El tipo que viste en la cantina.  
-¿Qué tiene que ver con el circo?  
-Pertenece al circo, cómo todos los que estamos aquí.  
-Dijeron que era el dueño.  
-¿Ves cómo te llenan la cabeza con tonteras? Es uno más, como cualquiera. Cada quién representa un rol. Él tiene el suyo.  
-Dejemos esto. Estoy cansado y aburrido.  
-Enojado más bien.  
-¿No te pasaría lo mismo? Encerrado, sin entender para qué. -Me quedé en silencio temiendo que se fuera. -Hay algo que me da vueltas: Pedro... ¿porque se llama Pedro, no?  
-Así es.  
-Pedro me contó el cuento de una casa donde llovió por años. Era la historia de una familia en que había un José. ¿Sabes algo de eso?  
-Ni idea.  
-No sé hasta dónde creer lo que dicen. A lo mejor ustedes son mitómanos.  
-¿Qué hemos dicho que sea mentira?  
-Que Pedro era el dueño del circo.  
-¿Esa fue la palabra?  
-Bueno, que era propietario.  
-No es lo mismo. En este caso propietario significa: propiedad para estar en el circo. Y te aseguro que tiene más propiedad que ninguno de los otros. ¿Explico la cuestión?  
-No creo que ese sea el sentido. Era propietario de ser dueño.  
-Cómo quieras. Qué más.  
-Pedro dijo que la cantina del pueblo era de él.  
-¿No será que creíste que él había dicho que era de él?  
-No.  
-Acepta que puede ser tu versión. ¿O me vas a decir que la noticia es siempre la misma? Sabes que depende de quién cuente.  
-Eso, en periodismo...  
-¿De verdad piensas que no interpretas? Sólo recuerda a los fantasmas que te perseguían en la niñez y que hoy no te hacen mella.  
-Les pasa a todos.  
-Cierto, tomamos por verdad lo que es interpretación. ¿Entiendes? Dudo que te haya dicho que era dueño del local.  
-Por supuesto que lo hizo. Cuando llegué dijo algo así como "¿Qué hace usted por aquí?" Imagínate, venía muerto. Horas caminando con un bolso que pesaba como maldición, y lo expresa como si fuera una falta estar ahí.

-¿Era o no era el dueño?  
-Era obvio. Estaba tras el mostrador, de hecho me ofreció jugo, cosas para comer.  
-O sea, interpretaste que era el dueño,... nunca lo dijo.  
-¿Y cómo podía pensar otra cosa? Entraba y salía de la casa e incluso partió ofreciendo vino y se molestó cuando quise pagarle. Si comía algo, sí, pero los tragos iban por cuenta de él.  
-Eso es otra cosa, hablaba en clave. Significa que ni intentarás cancelar algo que no tiene precio. ¿Habló de ti?  
-Mucho. Insistía en demostrar que mi vida tenía poco sentido. Si lo pienso bien, hasta dijo que era cobarde.  
-Ese era el regalo. Imposible fijarle valor.  
-¿Qué dices?  
-Con el tiempo te darás cuenta que hizo mucho para que te quedaras. No es casual que estés con nosotros.  
-Eso planteaba: las cosas no son porque sí.  
-Importa que entiendas que interpretas. Divide lo que sucede de lo que crees que sucede y compara las historias resultantes, aprovecha tu oscuridad.  
El payaso partió. Pensé que no sabían qué hacer conmigo. ¿A qué venían cada tanto diciendo lo que significaba el encarcelamiento? Ahora esto de las dos posibles historias. Sabía de las interpretaciones y era cierto que una noticia se podía contar de diversas maneras sin faltar a la verdad, pero la lluvia, José y Alfonsina eran hechos reales. También era acertado que Pedro nunca dijo que era dueño de la cantina.  
Entonces, en aquella oscuridad, recordé. Lunero, como le conocía ahora, contó la historia de la casa más grande del lugar para que hiciera un artículo, porque le había dicho, a mi vez, que estaba en aquel sitio para eso. ¿Así fue? Así fue. Luego dio las características del dueño de la mansión. Un hombre terrible, hosco, castigador. Habló de cómo empezó la construcción, que al comienzo no era nada espectacular. Después relató lo de los dos hijos. Me vino a la memoria que cuando habló de Alfonsina, la vi. A través del cansancio mis ojos se detuvieron en una muchacha que pasó por delante de la cantina. ¡Esa era Alfonsina! Hasta tuve ganas de seguirla. "Es verdad lo que dice el payaso. Interpreto, invento, acomodo, la puedo describir con lujo de detalles. Tenía figura alargada y el pelo dorado, igual a Aída"  
-¿Aída?  
-¿Quién está ahí?  
-El payaso, tu humilde servidor.  
-Tienes que identificarte mejor porque estoy lleno de visitas.  
-¡Cómo así! Sólo yo lo vengo a ver, compadre.  
-¡Descubierto! Eres el primero. ¿Por qué te metiste en lo de Aída?  
- Porque estás gritando ¿Quién es esa Aída y qué haces?  
-La primera mujer que quise. Era niño. Cuando llegué al pueblo, Pedro me contó la historia de la casa grande. Tu amigo dijo que separara el relato escuchado de la interpretación que había hecho.  
-¿Qué encontraste?  
-Recién empiezo y me sorprende haber visto a Alfonsina con mis propios ojos, pero

resulta que era Aída.

-Estás loco de remate, como el que te dio la tarea.

-Espera, vi a José adolescente -no quise escuchar lo que me decía, estaba excitado con el descubrimiento. -Flaco, de mirada inteligente, reservado. ¿De dónde saqué que también pasaba frente a la fonda? Observaba con desconfianza y mirada despectiva.

-Cansancio.

-Tal vez. José nació después de Alfonsina, según Lunero, y el padre lo dejó de lado. Nadie lo atendió, creció solitario. Eso recuerdo -guardé silencio mientras mis ideas se ordenaban. - Ahora empiezo a ver que inventé un cuento increíble. Lo imaginé un niño casi perverso, el terror del pueblo. No sé de dónde saqué que había ido muy poco tiempo a la escuela. A medida que crecía, su apariencia se volvió siniestra.

-¿Nada de eso te dijo?

-Pensándolo bien, nada. Estoy abismado con la velocidad de mi cabeza para imaginar la historia. Mientras escuchaba, inventaba. Es de no creer lo que tejí en torno a un par de ideas. Te podría hablar de olores y sabores, detalles de la vestimenta y de la comida. También contaría por horas lo que se decían los personajes. Vi, porque las imágenes eran tan claras que todo lo vi, que Alfonsina almorzaba con su padre en el escritorio, al lado del zaguán; cómo se complicaba para reconocer frente al padre que la llegada de un intruso al pueblo la tenía con la cabeza vuelta para cualquier lado. Sé cómo vestía en esa ocasión, como miraba, qué pensaba el futuro galán.

-¿Y el cuento?

-Simple. Tal vez lo fue haciendo con lo que yo mismo decía. Por ejemplo, le pregunté si Alfonsina se había casado. En vez de contestar, preguntó "¿Qué te parece?" Dije que por lo menos hizo el intento, pero no con alguien de allí, sino con un viajero. Entonces expresó que era un adivino. ¿Te das cuenta? Y ahí seguí con el invento de que no lograron casarse, y que el joven la dejó con las ganas.

Si continuaba por esa línea de pensamiento, en poco tiempo dudaría de haber estado siquiera en la cantina. El payaso dio un largo y sonoro bostezo.

-Ya es tan tarde que me voy a la cama, compadrito.

-¿Es de noche?

-Sí. Hace rato que todos duermen.

-¿Dónde estamos?

-A pleno campo. No conozco el lugar.

-¿Hace cuánto que partimos del pueblo?

-Tres o cuatro días. No tengo calendario para saber las fechas.

-Tan en la luna no estarás

-...

¿Y cual era la diferencia entre la historia verdadera y la inventada? Recorrí los acontecimientos. Algunos eran fáciles de recordar. Lo grueso. Caminé para tal parte, entré al negocio, hacía calor, el polvo, el viento. Si hilaba fino, hasta descubría lo que pensaba en ese momento. Por ejemplo, el pueblo solitario no fue de mi agrado. Llegué a creer que la gente podía estar escondida para caerme encima en un momento de descuido. Cuando doblé aquella

esquina y enfrenté de golpe la gran casa, me sentí reconfortado. "Aquí hay gente decente" ¿Pero cual era la diferencia entre las dos historias? Concentré la atención en ese recuerdo. Fui hilvanando lo que se había dicho y lo que había inventado. Llegué a precisar cómo en ocasiones una palabra de Lunero abría la memoria de tiempos perdidos. Ahora mismo, en ese presente oscuro y encerrado, las imágenes venían más desordenadas. Ya no sabía a qué historias pertenecían, qué había de verdadero y de falso. En el mismo momento del salto al vacío del adormecimiento, cuando sentí que algo hacía ruido bajo el carromato. Salté sobre la caja de los alimentos, la abrí y ya no estaba la mano que había traído aquel tazón humeante. El vapor del café con leche acompañado de pan con queso, se coló por mis narices. ¡No podía ser la mañana ya! Hacía apenas un rato que el payaso había partido en noche cerrada. Algo no concordaba.

## CAPITULO V

Tres golpes.

-¿Has sacado alguna conclusión?

-Sí. Que ustedes se deben poner de acuerdo. Desautorizas al otro y dices que sólo debo hablar contigo. El otro, por su parte, plantea que tu tarea es una burrada.

-Hazme caso sólo a mí. Si no, ¿hasta cuándo vas a estar encerrado?

-Eso pregunto: hasta cuándo.

-Hasta que aprendas. ¿Explico la cuestión?

-Aprender qué.

-Déjate de juegos y dime si pudiste diferenciar los dos cuentos.

-Uno es diurno y el otro absolutamente nocturno.

-¿Qué dices?

-El cuento de Lunero comienza con una familia rica y un padre tirano en sus relaciones. La madre, arribista, se desconecta de la gente porque vive soñando amistades que allí son imposibles. Nacen dos hijos. Alfonsina, muy hermosa, hace soñar a todos los hombres. José, retraído y huraño, es tres años menor. Un día llega alguien de afuera y enamora a Alfonsina. Aparentemente, Lunero inventa esta parte después que yo le doy datos, porque antes me hace contestar a la pregunta de si Alfonsina se casa. El prometido parte diciendo que volverá en tres meses al matrimonio. Nunca más lo ven. El día del casamiento deben explicar a los invitados que no habrá boda. José parte sin rumbo esa misma noche. Entonces descubren que Alfonsina está embarazada y la llevan lejos, de donde no vuelve. Los abuelos traen a la nieta justo el día en que comienza una lluvia que dura veinticuatro años.

-¿Veinticuatro años?

-Así es.

-¿Y tú creíste?

-Hicieron un gran canal detrás de la casa para desaguar. Todavía está allí.

-¿Lo viste con tus propios ojos?

-No. Lunero lo dijo.

-Te embaucó. Qué divertido. ¿Cómo sigue la cosa?

-Después construyeron el tercer patio donde se encerró la familia. María, la sirvienta, transformó el lugar en una pensión y de eso vivieron. Finalmente, cuando José volvió, se acabó la lluvia y murió el padre. ¡Ah! Y dijo que José trabajaba en un circo.

-Combinó temas e hizo un cuento a tu medida. Falta el otro.

-Lo que inventé no sale de esto mismo en lo grueso, pero rellené las aventuras. ¿Te conté que vi a Alfonsina igual a la primera mujer que amé?

-No.

-Y también a José cuando joven. Imaginé a un padre terrible con sus empleados, pero sobre todo con José. Fui observador de los castigos, testigo del encerramiento en que entraba el joven, en un acto casi suicida. Seguí a la madre mientras sacaba a la luz sus propias fantasías de grandeza. Adiviné la perfección de Alfonsina.

-¿Qué es para ti "perfección"?

-Alguien que pasa por el mundo sin que se note, sutil, hermosa. Mientras que José era la maldad pura, reconcentrada. Traicionero, solitario, dañaba por gusto, egoísta. No me cuadra con el personaje que viene por su padre al final.

-¿Se parecía Alfonsina a aquella enamorada que mencionabas?

-Eran iguales.

-¿Y al resto de las mujeres que amaste?

-En algunas cosas.

-No como la primera, por supuesto. Volviendo al tema, ni escuchaste lo que decía Lunero.

-¡Cómo que no! ¿De dónde voy a sacar que hubo en alguna parte una lluvia de veinticuatro años?

-Sí. Lo mínimo. Contó una historia y pusiste encima la tuya, luego te siguió la corriente. ¡Lluvia de veinticuatro años! Qué gracioso. Eres un cabeza de pollo, igual estás en el circo y es lo que importa.

-Bonita manera.

-Con algo de inteligencia podrás aprender.

-Si es como hasta ahora, no muchas gracias.

-Ya partió la enseñanza y tu imaginación desbordante puede jugar en contra - permaneció en silencio un rato. Después exclamó: -¿Cómo fue tu vida?

-¿Necesitas llevar datos a los otros?

-¡Cómo se te ocurre! Tu vida es asunto tuyo y también está llena de interpretaciones. Es decir, tu vida no es tu vida, no ha sido como la imaginas. Necesitas acercarte a la historia verdadera. ¿Explico la cuestión?

-¿Dices que haga una biografía?

No hubo respuesta. Los vehículos se pusieron en marcha casi inmediatamente. Debía repasar mi vida, lo que no era de mi agrado. Recordar. ¿De qué serviría? Ansiaba libertad, no evocar al niño flacuchento, algo desvalido, enfermizo.

Viajamos por horas. Dejamos los caminos transitados y nos metimos en el silencio de vías sinuosas. A ratos subíamos, luego bajábamos. De pronto tocábamos pueblos en los que no nos deteníamos. Escuchaba gritos de niños que seguían nuestro paso. Incluso alguno golpeó mi prisión, pensando tal vez que escondía un animal peligroso. Logró colgarse de alguna baranda, los otros vitoreaban. ¡Qué hacía ese intruso al otro lado de la pared! Me había transformado en defensor de mi caja. El estaba en la libertad, en la luz, en medio del aire sin límites. El aire... Nunca como entonces pensé que por más pequeña que fuera la casa donde uno vivía, siempre había aire que llegaba hasta el infinito azul. Propiedad de nadie. La vista se podía perder. Miles de metros hasta el cielo. Incluso un preso de la peor cárcel era poderoso con esa pertenencia que para mí estaba negada. El muchacho del otro lado tenía esa posesión. Su intrepidez fue deteniendo la marcha.

-¡Bájate de ahí! ¡No quiero pensar lo que sucedería si se suelta el animal que llevamos dentro!

-¡Sáquenme de aquí! -aproveché de pasar mi aviso. ¡Y déjense de hablar estupideces! -sentí apremio por obtener la libertad.

Las risas de los niños quedaron en el camino. Los motores volvieron a rugir y nos pusimos en movimiento, íbamos por lomas que me empujaban suavemente atrás o adelante, hasta que nos

detuvimos. Los sonidos confusos a la distancia, animales, el viento entre los carros, voces, se apagaron poco apoco.

El último payaso volvió a la carga para que contara, sin parar, porque se acababa el tiempo:

-Para ti al menos, se termina. Habla.

Mi padre no me simplificó la vida. Era distante, severo. No estaba nunca en casa, yo lo prefería así. Me observaba continua mente y aunque no abría la boca, sentía la crítica en su mirada. Cuando crecí ya no teníamos de qué hablar. Siempre se opuso a la elección de mis amigos e imponía su criterio. De esa manera la amistad fue un ejercicio tan complicado que terminé solitario por comodidad.

Así comencé el relato, que horas después traté de finalizar. Un gallo anunciaba con insistencia que amanecía y el payaso no cejaba.

-Esto es bien distinto de la cosa truculenta del principio. Hablabas de tu padre como un tirano que maltrataba por gusto, aunque no a palos. Un poco más y tendrás que reconocer que hasta había avanzado en la profesión de santo.

-No llegaré a eso. Tal vez sea cierto que la relación no era como la imaginaba.

-Tampoco fuiste el muchacho malvado que comentaste al principio. La idea de que tienes una fiera metida dentro... interpretación, sólo interpretación. Ni tan víctima ni tan malo. Un padre que trabaja duro para mantener a la familia, y que luchaba porque se quedaran fuera de las influencias del barrio en el que se vieron forzados a vivir. Ese es todo el drama. ¿Explico?

-¿La cuestión?

-¡No copies! Yo soy el que tomo examen. También hiciste tu parte, con la cabeza disparatada que tienes terminaste en un callejón sin salida. ¿Y tu madre?

-Siempre metida en las tareas de la casa. Nunca la vi descansar ni disfrutar tampoco. Quizá qué problemas teníamos, pero la recuerdo siempre preocupada, con la cabeza en otra cosa y el ceño fruncido. Lo tomaba como descuido hacia mí, me sentía como barco a la deriva.

-Cada uno en su propio mundo. Con razón salió así el cuento de la casa de la lluvia. Alfonsina-Aída; José-tú, el padre opresor; la madre en su onda. Pedro te dio cuerda y pisaste el palito. ¿Cómo te sientes ahora?

Estaba aliviado, profundamente aliviado. Respiraba suave, con gusto. Sin que el payaso lo sospechara, sonreía. En plena oscuridad y encerrado comprobaba que tenía derecho a mi espacio de aire.

-¿Ha pasado mucho tiempo?

-No ha sido poco: tu vida entera.

-Si uno vive interpretando, ¿entonces todo no es más que danza ante espejos? ¿Qué se puede tocar si apenas alcanza para pasar las uñas por la superficie del vidrio, sin nadie real al otro lado?

-Bonita la poesía. Te podría contestar con un cuento.

-Pedro también daba explicaciones con historias.

-Si te complace saberlo, ésta también es de él. Había una vez un pueblo donde vivía un oculista. Era un hombre extraño, quitado de bulla y sonriente. Podía pasar por loco o por muy buena persona. En ese mismo lugar, un grupo de jóvenes se juntaba a mirar cómo pasaba la gente. En eso mataban el tiempo. De tanto en tanto, les daba por curiosear en la

vida de alguien y lo perseguían con preguntas, hasta que el personaje se les gastaba y perdía la gracia. Habían estrujado al verdulero, sabían todo de la mujer del carnicero, de los campesinos que llegaban en tiempo de cosechas. Hasta que terminó el listado de quiénes interrogar. El grupo estaba a punto de sucumbir de aburrimiento, cuando pensaron molestar al oculista. Mejor no hubieran dado el paso. Ese hombre de cara humilde era una sorpresa. Lo detuvieron y él contestó lo que ya sabían. Había vivido en la aldea casi siempre, amaba la soledad y el silencio; su aspiración era ser el oculista del pueblo por mucho tiempo más. Le gustaba investigar, aprender, saber. Al día siguiente lo volvieron a encarar, él contó lo mismo. Le dijeron que cada uno tenía secretos y querían saber los suyos. Desgraciadamente, él no tenía nada sabroso que ofrecerles porque su vida era rutinaria, salvo algunos estudios que tenían que ver con la profesión. Los muchachos quedaron contrariados. No podía ser que anduviera tan sonriente por ahí, y no tuviera asuntos escondidos. Entonces preguntaron acerca de un conocimiento que ellos sabían que él guardaba. No, eso no. Por qué. No les conviene, se desarmaría el grupo de ustedes, y hasta quizá si el mismo pueblo desaparece por completo. No importa, nos arriesgamos. ¡Irresponsables!, no saben lo que piden. La sensación de peligro y las palabras a media voz los pusieron ansiosos. A la hora convenida esperaron al hombre a la salida de su casa. Ya no sonreía. Es asunto de ustedes, volvió a decir, les he advertido. Pidieron que les mostrara lo que estaba en la caja negra que llevaba bajo el brazo. Son lentes. ¿Ese es el secreto tan terrible? Son lentes especiales; ustedes no ven lo evidente y estos espejuelos que parecen comunes, lo muestran. Qué cosa. Póntelos. Y se los fueron colocando. Quedaron atónitos. Sintieron pánico. Sólo uno planteó: necesitamos una explicación. El oculista dijo: ¿qué vieron? Fueron respondiendo: "miré al grupo, sin lentes estaban todos, con ellos, no había nadie, sólo la pared de atrás, las nubes y el cielo". Lo que pasa es que la gente cree que es pero no es, replicó el hombre, y se han dado cuenta de esta verdad por primera vez. Sólo se puede ver a quien realmente es. Tal como lo había dicho, el grupo nunca más se juntó, y hasta el pueblo desapareció porque en aquel lugar no había nadie.

-¿Fin?

-¡Fin! Es tu idea de los espejos llevada hasta el extremo.

-Relacionada con la interpretación de la realidad...

-En parte. La diferencia se te escapa.

Había leído algo similar. Un personaje que... Cedí a la modorra. El lugar se transformó en algo cómodo, familiar. Proporcionaba el placer de reposar el cuerpo en toda su extensión. La paja era colchón de plumas. La oscuridad, cueva materna. Perdí los contornos de mi piel, no tenía término. Formas que iban y venían.

Un payaso pintarrajeado de agresivos colores abría la boca inmensa y amenazante. Yo huía por la pista de un circo que, en uno de los extremos, continuaba en la plaza de un pueblo desierto. El payaso se acercaba para devorarme. Gritó. ¡Corre porque esa ballena era para ti! Entonces partí al otro extremo de la ciudad. Subía y bajaba escaleras. Entraba en casas deshabitadas o con moradores que miraban a la distancia. Pensaba: aquello no era tan grande como una ballena, así es que no debiera preocuparme, sin embargo seguía huyendo. Me encontré con gente conocida: profesores, amigos de la niñez. Las imágenes circulaban rápidas, a saltos, parecía película antigua. De pronto caía en cuenta que debía hacer el camino de nuevo, algo había

malogrado desde el principio. Para que no se precipitaran cosas pesadas del cielo debía recomenzar. No sabía cómo hacerlo, ni siquiera entendía dónde estaba el principio ni qué podría significar hacerlo una vez más. Volví al lugar del payaso. Sólo estaba su ropa tirada en el suelo. Recogí la chaqueta y hurgué en los bolsillos. Una tarjeta de vistosos colores decía "traductor" y más abajo "maestro en las más raras interpretaciones". Aquí nadie interpreta, pensaba, las cosas son como son. "Por eso estás donde estás", contestaba una voz. El lugar cambiaba. Nuevamente en la plaza que también era parte del escenario del circo. Había un hombre que me daba las espaldas. Creí ver en él al payaso. Le toqué el hombro y se dio vuelta: el domador. "Estás atrasado", decía, "tú abres la función. Usa la ropa que mejor te venga". Me empujó a una pequeña sala donde había cientos de trajes colgados en un largo perchero. Uniformes de boletero, ropa de payaso; máscaras de caras deformadas, de lobos, de monos. Probaba unos y otros. El domador, impaciente, daba tres golpes y preguntaba: "¿Cuál te va?". "Todos. Porque me pertenecen", contestaba.

Tres golpes secos.

Había estado soñando. Tres golpes, a igual distancia uno de otro.

-¿Qué haces?

-¿Quiénes?

-El domador.

Era de voz delgada y firme, corto de palabras.

-Recuerdo y descubro la interpretación que he hecho de la vida. Las cosas son distintas a como las creía. He perdido el tiempo en estupideces.

-Ya veo. Debes aprender a dominar al animal, no a dejarte llevar por él.

-¿Qué dices?

-¡Silencio, impertinente! Cuando te hablan debes permanecer callado. Eres apenas una sombra, por si no te has dado cuenta. Aún no has ganado el derecho a la vida. ¿Quién dijo que recordaras?

-Uno de los payasos.

-Era de esperar.

Me había costado confiar en los payasos y de una plumada el esfuerzo del recuerdo era inútil, según el domador.

-Te come la bestia de la comodidad, -dijo por fin con tono frío. - Hay que estar atento. Eso es todo. ¡Atención! -gritó- El cataclismo está a las puertas y debes estar alerta para sobrevivir. ¿Sabes lo que es atender?

Supongo.

-No des nada por supuesto. Atender es abrir la percepción. Es escuchar, es ver, es sentir. Es estar aquí y ahora. ¿Entiendes?

-Creo que sí. ¿Te puedo hacer una pregunta?

-...

-¿Si converso con los payasos, Lunero los puede echar del circo?

-¿Lunero?

-El jefe.

De ahí en adelante silencio.

Entré en la nueva tarea sin discusión. Esta propuesta parecía más cuerda.

Sonidos remotos llegaban a mi confinamiento. Unas aves graznaban en el otro extremo del mundo. Algunos vehículos pasaban esporádicamente por una carretera distante. Más cerca, serruchos y martillos indicaban trabajo. No alcanzaba a precisar a qué correspondían otros ecos.

Tenía frío. Busqué los zapatos y me puse el chaleco. Noté la suavidad de la lana al tacto. La tibieza fue cubriendo la piel de los brazos desnudos. Moví los pies dentro de los zapatos. Crispé los dedos de las manos. Froté las palmas. Percibí el cuerpo. Los sonidos se amortiguaron. Un grillo chillón me acompañó desde afuera con su particular sonido. Fue cambiando de posición con respecto al lugar que me cobijaba. Adiestré la atención en descubrir dónde se encontraba. Lanzaba su chirrido desde abajo, cerca del piso. Se fue trasladando lentamente hacia el techo al cabo de horas, supongo. El sonido del insecto comenzaba en casi nada. Luego aumentaba en ondas que se acercaban y alejaban, hasta que volvía al silencio. A lo lejos, otro contestaba. En algún momento no estuvo más.

Hacía muchos días que convivía con la oscuridad más cerrada y recién ahora tenía serenidad para observarla. Era densa. Mi cabeza llenaba las tinieblas con colores tenues que se hacían intensos cuando de esa mancha informe aparecían imágenes. Sólo con un esfuerzo de atención podía recuperar la negrura por un instante, darme cuenta que el lugar era oscuro, hostil, y casi siempre poblado por mi mundo. Observaba afuera lo que pertenecía a mi mente. La paradoja era que no podía no ver a pesar de que no podía ver. La oscuridad resultaba ser la más perfecta pantalla. Por eso había encontrado comodidad en el encierro y no sentía ya la separación del mundo. ¿Era así la vida? ¿A medida que crecíamos nos acostumbábamos a un universo extraño e inexplicable, cubriéndolo con nuestro propio mundo creado a veces febrilmente?

Descubrí también la sensibilidad del cuerpo al reaccionar a mi imaginación. Si las imágenes eran placenteras, se relajaban los músculos y la respiración se hacía profunda, suelta. Cuando aparecían recuerdos conflictivos, sentía dificultades para respirar porque el pecho se me apretaba, crispaba las manos, hundía las uñas en las palmas, transpiraba. Cambiando las imágenes podía volver a distenderme.

Golpes afuera.

-¿Quiénes?

-El payaso.

-¿El de la interpretación?

-¿Cuál?

-¡Ah! No eres.

-¿Cuál ejercicio, compadrito?

-¿Te importa?

-Ni un comino. Lo puedes guardar si quieres.

-Estas ansioso por saber. Primero me mandan a hacer una cosa y después viene el domador y dice otra.

-¿También ése? ¿Qué dicen?

-Tu socio, que aprenda a separar lo que es de lo que no es.

-¿Qué?

-Según él, uno vive interpretando. No somos capaces de ver la realidad.  
-¿Y tú que piensas?  
-Que parece cierto.  
-¿Y el otro?  
-Ese me tiene confundido. El domador me manda a atender, y dice que es lo único que importa. ¿Qué piensas tú?  
-Que ambos tienen razón, compadre. Es cierto que uno inventa mucho de lo que pasa, y también es cierto que sin atención poco se puede hacer.  
-¡Brillante!  
-¿Qué?  
-El tremendo aporte. Dijiste lo mismo que los otros.  
-Así es, compadre. Lo importante es que cambies tu vida. ¿Te imaginas lleno de problemas para siempre? Ya sabrás que se puede pensar que el futuro será distinto, pero ¿cuánto estás dispuesto a hacer para cambiarlo verdaderamente? Si no tomas la decisión del cambio, creerás que la vida es una trampa y te volverás triste, apagado, sin vuelta.

## CAPITULO VI

Estaba perdido en el tiempo. El pueblo, la lluvia, el encuentro con el circo habían quedado sumidos en un pasado indefinido. Era increíble que algún día me hubiera desempeñado como periodista, y que fuera mía esa vida que ahora observaba. Parecía la vida de otro. Mis padres, los padres de otro; mis amigos, los amigos de otro; mis amores, los amores de otro. Y yo mismo, otro. Niño, adulto, flaco, perdido, decidido, más grueso, temeroso. Definitivamente otro. Extrañado de mí mismo. Todo, en esos no sabía cuántos días de encierro.

Aquel grupo tenía gracia. Lo que decían era novedoso. ¿Cuándo me habría planteado las cuestiones que ahora me tenían preocupado?

Aunque estaba más acostumbrado, todavía sentía sofocamiento. La oscuridad no era problema, pero el hecho de no poder caminar y sentir el techo poco más arriba de la cabeza, me oprimía; si pensaba que aquello podía ser para siempre, desesperaba.

-¿Qué haces?

Nuevamente venían al ataque.

-¿Qué sentido tiene estar encerrado?

-¡Cuantas veces diré que es para que aprendas! ¿Explico la cuestión?

-¡Qué quieren que sepa, por la cresta! ¿Por qué no lo dicen con claridad o lo explican de otra manera?

-¿Te sientes solo?

-Me siento solo, aburrido, estúpido, obligado, raptado.

-Puedes tener compañía, si quieres -no esperaba esa respuesta y no sospeché qué podía significar. -Abre la cajuela, pero irápido!

Me lancé sobre ella y tuve de pronto algo peludo que se debatía con violencia.

-¿Qué es?

-Un ratón. Puede ser una gran compañía.

-¡Un ratón! -di un grito. Lo tiré contra la pared. Debía ser un ratón inmenso.

-Trátalo bien, se llama Pedrito. No grites que se puede enterar Lunero y le desagrada que los prisioneros tengan compañía.

-¡A mí también, mierda!

-Dijiste que te sentías solo. Si no te gusta, atrápalo y lo devuelves a la caja. No es fácil, corre como los diablos. No me des las gracias; sé que será una gran entretención. Seguro que no te aburrirás. ¿Explico?

El animal se desplazaba de un lado a otro, también desesperado. Después de un rato, desde su quietud supuse que observaba el mundo. ¿Veían en la oscuridad los ratones? Si era así tenía gran ventaja.

Llegó el otro payaso.

-¿Qué haces acá? ¡Te han dicho que no hay que acercarse a este apestoso lugar!

-He sabido que tú también vienes por aquí.

-Es distinto. Vengo a desenseñar, compadre.

-Pero si debemos enseñar. ¡Hasta eso confundes!

-Desenseñar es lo mismo que enseñar. Si todo está mal armado, lo que hay que hacer es enseñar desenseñando.

-¡Cómo va a ser lo mismo! Una cosa es opuesta a la otra. ¿Explico?

Escuché una sonora cachetada. Después otra y otra. Alternadamente decían "enseñar"... ipaf!... "desenseñar"... ipaf!... "enseñar"... ipaf!

Mientras afuera ellos se alejaban gritando estupideces, yo aguantaba a un intruso en mi encierro. Adivinaba su presencia, él la mía. Pensaba en el grado de peligrosidad que podía tener y ni siquiera respiraba tranquilo para no ser advertido, mientras él, a su vez, medía mi porte, mi peligrosidad y se escondía en las sombras. Igual que yo, probablemente estaba acurrucado en un rincón, empujando las tablas para aumentar la distancia. ¿Si adivinaba mi temor y se desplazaba en silencio? ¿Si a lo mejor ya estaba a centímetros? ¿Si era ciego y sordo y chocaba conmigo en su transitar desprevenido y tomábamos repugnante contacto? ¿Si me mordía por supervivencia, por hambre, o por ganas?

No daba más de alerta y de pánico. Tenía crispado hasta el pelo. Incursioné desde donde estaba. Cuidadoso estiré los dedos. Paja. Sentía la tensión ante la posibilidad de rozarlo siquiera. Después de mucho rato adelanté las manos unos centímetros. Agucé el oído, no percibí respiración alguna. "Esto es un buen ejercicio para atender", pensé. "¡Malditas las ganas de atender que tengo!" ¿Y si había muerto con el golpe que le había dado? No daba signos, por lo tanto no existía. Se pudriría luego, no soportaría los olores. Debía ubicarlo rápido y meterlo en la cajuela. Debía, pero permanecí quieto. Tenía las piernas entumecidas. La postura era incómoda. Me senté de costado. Aquello se agitó en el extremo opuesto. Una carrera de lado a lado, desde el confín más lejano de mi estrecho mundo, al más cercano.

-¡Ay, no!-grité.

Más movimientos, tan desesperados como los míos. Empujé las tablas, quería agrandar el lugar por la fuerza. Tal vez lo podía tomar con la mano derecha, mientras con la izquierda abría la tapa, lo soltaba y encerraba. Si hubiera tenido la opción de desaparecer, aun sin vuelta a esta vida, la habría elegido. Comencé a temblar de tensión. Mi cuerpo se convulsionaba, no era frío ni tampoco simple temor. Era la necesidad de mantenerme vivo. Mis sentidos al tope de la alerta, no resistiría mucho más. Deseaba que ningún signo saliera de mí. Ni siquiera una petición de auxilio. Ni palabra, ni respiración, ni movimiento. Aventuré dos tímidos y cortos pasos, como quien se va a lanzar al precipicio. Fue el alboroto. El animal arañó las tablas, dio saltos. Se tumbó y recompuso. Aquel era mi lugar. No sólo había llegado antes, sino que tenía todo el derecho de estar ahí. Sin que nadie se diera cuenta, aquel animal podía hincar sus sucios dientes en una pierna (las encogí), en los brazos (los guardé tras mío), en cualquier parte (no pude hacer más). Afuera, los payasos y el domador reirían, sin comprender que mis frases inconexas tuvieran que ver con mi cabeza que iría perdiendo coherencia, sin retorno. Tal vez cuando llegara la ansiada libertad ni siquiera recordaría mi nombre. Pedía al aire un segundo de lucidez en ese momento para morder a los payasos y al domador. Y a todo el que estuviera cerca. Después de eso, morir o la camisa de fuerza. La venganza estaría cumplida.

-¿Qué pasa allí adentro? -era el domador.

-Los payasos metieron un ratón en el carro.

-¡Silencio! Hablo con el ratón.

-¡Ándate a la cresta, domador de pacotilla!

-Entiendo lo que te pasa, ratón. Diminuto animal, arrinconado por la bestia irracional que

en cualquier momento puede saltar sobre ti. Esos gritos terribles sólo son permitidos a los seres pequeños para la defensa. Imagino lo que sientes frente a alguien veinte veces más grande que tú. En proporción también yo estaría temblando de susto si me enfrentara con un ser de cuarenta metros. Para consuelo tuyo, es demasiado torpe y cobarde. No estás en peligro. Apuesto a que no ha intentado tocarte siquiera. Cree que todos son iguales a él, es decir, él se siente repulsivo y piensa que tú, tierno animal, tienes ponzoña. Debe imaginar que eres capaz de cosas que tú jamás harías, a no ser por defensa propia. Te cuento una verdad: lo tienes atrapado en su propio temor. Es una prisión que va con él, aunque nunca la ha reconocido. Ahora, en vez de disfrutar con tu compañía, chilla histéricamente. Tiene pánico; no lo puede reconocer porque su cabeza le dice que los hombres no temen. Cuando se enfrenta a un problema, y ahora tú eres un problema, vuelca la angustia afuera. Entonces, a sus ojos te transformas en un animal rabioso, agresivo, peligroso. Entre un ratón y un hombre, el que lleva las de perder es el ratón, ¿no? Si te transforma en una alimaña asquerosa él puede pedir ayuda de manera infantil, a gritos si es necesario. Salva la imagen que tiene de sí mismo y la autoestima, ambas cosas, su cárcel. Quien necesita recurrir a una argucia tan complicada para algo tan simple, no puede ser libre. ¿No es cierto?

Guardé silencio. Prometí no dirigir la palabra a nadie, aunque el ratón me fuera comiendo pedazo a pedazo. Después de todo, tal vez aquella compañía no fuera del todo desagradable. Quizá el domador, con su voz delgada y chillona, había dicho algo verdadero. Estiré con lentitud las piernas. Casi me permití un bostezo.

Al otro lado los tres consabidos golpes.

-¿Dónde estas, prisionero?

-...

-¡Contesta, hombre, es por tu bien!

-¡Estás en grave peligro y me siento culpable! Soy el payaso que trajo al ratón. Creo que está con rabia. Lo atrapé en una acequia y no se comportaba de manera normal. Tenía espuma en la boca y en vez de huir, atacó. Sé que estás enojado con la broma, pero debía comunicarte la noticia. Así estoy más tranquilo. ¿Explico la cuestión?

Me incorporé lentamente a medida que el payaso hablaba. Encogí cada músculo del cuerpo. Con voz suave primero y descontrolada luego, grité:

-¡Sáquenlo! ¡Sáquenlo! ¡Sáquenlooo!

El animal saltó, fuera de control. Recordé que con la rabia uno enloquece antes de que llegue la muerte. Maldije al circo, al ratón, a mí mismo por tener esa suerte.

Nadie hizo caso.

Los vehículos se pusieron en marcha. Dimos tumbos mientras conectábamos un camino asfaltado. Ronco, cansado, sudoroso, durante mucho tiempo no toqué alimento por temor a que el bicho hambriento mordiera la comida antes que yo. Finalmente demasiado rendido para sostenerme, dormí literalmente con un ojo abierto. Al menor ruido me incorporaba sobresaltado.

Fui perdiendo contacto con el mundo de afuera. Las cuatro paredes se transformaron definitivamente en el universo. El animal, la otra parte, el límite, el país contrario. La bestia y yo. El era el resto, un sobrante con el que había que estar alerta, la mitad no querida. La

posibilidad de mi desquiciamiento. Estaba tan pendiente de sus movimientos que todo lo demás desapareció. Con el tiempo tomó confianza, se desplazó por la parte del territorio que le correspondía y adecuadamente no incursionó en la mía. Por seguridad aprendí a lanzarme sobre la comida en cuanto entraba en la caja de Pandora. Separaba la carne para mí y algo de vegetales para la compañía. Sabía que la carne exacerbaba la violencia y no estaba dispuesto a entregar armas con facilidad.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Viajábamos y nos deteníamos. Volvíamos a partir y parábamos. No existían ni los payasos ni el domador. Mientras no olvidaran poner diariamente el alimento, con el invisible compañero estábamos dispuestos a mantener una saludable convivencia. No quería llamar la atención de afuera porque los creía capaces de meter un tigre. Mejor que nos olvidaran. Estaba resignado a que no me soltaran nunca; si me liberaban, era obvio, me iría directo a poner una denuncia a la policía.

. . .

-¿Quién anda por ahí? -pregunté cuando descubrí que alguien pisaba ramas secas, al lado de mi cubículo.

-¡Chit! El cocinero.

-¿Por qué caminas con tanto cuidado?

-Para que no te des cuenta cuando traigo la comida.

-No quieres que te sienta y sin embargo me alimentas. Nadie me recuerda, pero no me dejan. El tiempo de encierro hace su efecto. Estoy blando, me emociono con tu presencia al otro lado de las tablas. ¿Por qué metieron al ratón? ¿Por qué molestan de esa manera? No entiendo las intenciones.

-Estás con depre, amigo. Demasiada lástima por ti mismo, y así no funcionará.

-¿Qué eres tú? ¿Qué haces?

-Tu mente desvaría. Recién dije que soy el cocinero.

-No. A qué te dedicas afuera.

-Era médico.

-¡Qué cretas hace un médico aquí!

-Cocino, ya lo sabes.

-¡Bendita cosa! Cada vez entiendo menos. Alguien como tú haciendo comida para el prisionero.

-¿Y por qué no? Necesitaba otra cosa, algo verdadero que me atara a la vida. Me sentía importante por mi título. "El doctor dice que..., el doctor desea...; el doctor..." -puso voz de falsete, imitando a un chupamedias. -Estaba perdido. Vivía de colgajos, ropa de utilería. Ahora, mejor me voy.

-No, no. Tengo miedo. El tiempo se dilata o se contrae y caigo en hoyos negros. Esto se parece a la vida de José.

-¿Qué?

-Estoy viviendo el cuento de José solitario, cuando era adolescente. Estoy en su pellejo sin tener de qué agarrarme, como estaba él antes de que empezara la lluvia de los veinticuatro años.

Su encierro fue el mío cuando joven. ¿Estás ahí?

-Sí.

-No inventé el cuento de José de la nada. Fue mi propio encierro durante mucho tiempo. En esa época yo decía que la gente no tenía ideales y no valía la pena mezclarse con ellos. Aunque de verdad, era el miedo de encontrarme con otros, mi propia timidez. En el fondo, habría deseado hacer lo que todos hacían, sólo temía que se rieran.

-No entiendo una sola palabra.

-Quédate ahí, cocinero, y no digas nada. Sólo abre tu oreja y escucha. Nada más que eso, por favor. No me importa que seas un medicucho ni que estés metido en este circo que no va a ninguna parte. Tú vives sólo para atenderme. ¿Entiendes? Para darme buenas comidas; para no perturbar mi sueño. Por eso debes venir en puntillas, abrir la caja sin que despierte. Aunque siempre te descubro, soy más listo que tú. Ni siquiera te has percatado que me doy cuenta.

-Estás trastornado. Tu cabeza no tiene dirección.

-Pregúntale a los payasos, ellos saben. Ellos creen saber. No imaginas lo que es estar en un lugar como éste sin ver el término del tormento. Es más que temor. Es angustia. No tengo de qué afirmarme. Un momento está calcado a otro en esta oscuridad, sólo me queda el recuerdo. Navego sin punto de referencia, no hay faro, no hay luz.

-Explica más.

-Son las ganas de sujetarme de algo. Descubro que no hay nada, como globo que pierde aire y vuela sin destino.

-¿Será el ratón?

-¡El ratón!

-Tanta pregunta filosófica bien puede estar contenida en la cola de un ratón.

La bestia infame nuevamente corría. Invadía mi territorio, pasaba los límites, no respetaba las partes. ¿O yo me había trasladado?

Porque comencé a hablar con una pared a la espalda y ahora la tenía de frente. El animal no podía estar rabioso ¿O lo estaba? Sabía que el mal se presentaba con rapidez. Sin tratamiento ya habría sucumbido. ¿Si no se había desarrollado y recién ahora la enfermedad cuajaba? ¿Si por eso se movía, y no porque me hubiera trasladado a su terreno? De nuevo consideraba la conveniencia de atraparlo y mandarlo por la caja a mejor destino. Estaba cansado. Casi abandonado a lo que sucediera. No luchar más, no cuidarme, dormir con placidez, sucediera lo que sucediera.

Tal vez cerré los ojos por horas.

Tres golpes. El primer payaso.

-¿Estas ahí?

-No. Salí de paseo.

-Gracioso.

-A preguntas estúpidas...

-Quiero decir, si estás despierto, compadrito.

-Ahora sí.

-¿Muy aburrido?

-Más que eso. Pierdo el sentido de todo. Vino el cocinero y le hablé de una manera que me dio susto. No era yo.

-Te traigo un alivio.

-Guárdatelo.

-Una explicación. Esto del circo es como las rosquitas. ¿Las conoces?

-Ni idea de tus rosquitas.

- Son dulces de masa y azúcar glacé, compadre.

-Así como las pintas deben tener buen sabor. Recuerda que llevo tiempo a porotos, tallarines y zanahorias.

-En las rosquitas la masa está puesta en espiral. En el centro llevan una guinda. Piensa que es una espiral hacia arriba, como un cono. Eso es lo nuestro. Tú estás en la base, aún no subes, pero ya has comenzado reconociendo dónde estás.

-¿Cuánto se supone que me falta para conocer la guinda?

-¡Estúpido!

-¡Estúpido tú! ¿Crees que estoy para cuentos de rosquitas, encerrado con un ratón sarnoso?

-¡Oye! Es de acequia, pero estaba limpio, creo.

Se alejó diciendo "A lo mejor estaba sucio. Tal vez tienes razón, estaba inmundo. En verdad es un ratón asqueroso".

¿Qué quedaba? Huir. Aquella brillante idea se fijó en mi cabeza. No era fácil. Podía agarrar la mano del cocinero cuando estuviera depositando la comida en la cajueta, y tirarla hacia mí, apresándolo. Ridículo, no conseguiría nada. Otra posibilidad era hacer presión hasta que cedieran las paredes. No parecía posible. Las maderas eran duras y resistentes. Encontrar una imperfección en alguna tabla para levantarla, lo mejor. ¿Qué podía meter? No me pasaban cuchillos. Busqué en la caja. Había un plato con comida fría y una cuchara. Pasé las palmas de las manos por el tabique. Cercana, aquella hendidura que habían tapado por fuera. Empezaría por ahí. Metí con cuidado mi instrumento. Hice palanca. La madera cedió algo. Comencé a mover la cabeza de un clavo. Estaba oxidado y sonaba en cada intento.

-¿Qué haces? -dijo alguien al otro lado. -¿Tratas de huir, insensato? No has aprendido nada de lo que enseñamos.

-¡Qué enseñanza ni que ocho cuartos!

-¡Cállate! El silencio es un ahorro energético que desperdicias. El desatino está en tu lengua suelta. ¿Quieres huir del circo?

-Mejor afuera que en este cuchitril inmundo.

-¡Muy bien! Daré la orden para que abran de inmediato.

Hasta entonces, no había reconocido la voz de Pedro. Un poco agridulce, un tanto ronca. ¿Qué me hizo contestar lo contrario si lo que quería era estar fuera de ese lugar y lejos de aquella gente? En todo caso fue una decisión importante para lo que aconteció en el futuro. Como si la respuesta no hubiera pasado por mi cerebro, dije espontáneamente:

-¡Epa! No tan rápido. Sólo quiero un poco de libertad.

-El circo te atrae, y debes saber que se rige por leyes desconocidas para ti. Aquí no pones condiciones. Piensa en lo que dicen y haz lo que te piden, aunque no entiendas. ¿O quieres partir de maestro cuando te corresponde el peldaño más bajo, donde se revuelve la

materia informe?

-No entiendo.

-Eso está mejor, proyecto de hombre. Lo humano se gana.

-Gracias por el cumplido.

-La vida está regida por el tiempo inexorable. Cada instante que pasa es un instante menos. No hay cabida para el desquite.

Nos quedamos en silencio. Ese mundo negro que no tenía referencias marcadas daba vueltas en mi cabeza. Tuve que apretar la espalda contra la pared porque, aunque estaba sentado, podía caer de un momento a otro a un pozo profundo. Sólo cuando aparecieron colores en mi imaginación, aquello se aquietó.

-¿Por qué el cuento de la casa? -pregunté. -Los personajes no me dejan. Vuelven caras, muecas, sonidos.

-Todavía falta para que te suelte el pasado. ¿Has pensado cuanto te hubiera gustado ayudar a tu padre en el paso de la muerte?

El silbido agudo que se adelgazaba fue su partida.

"Si todo lo interpreto ¿cómo puedo ver alguna vez la realidad tal cual es?" Estaba hablando como el payaso, y atendía como había dicho el domador que hiciera. Oía el crepitar distante de llamas ¿o era el viento que movía hojas secas? Si no podía confiar en mis sentidos, ¿qué esperaba de las elaboraciones de mi cabeza?

Entendí que aquella prisión en que estaba no era tal. Más bien, una prisión interna me acompañaba. Una cárcel que iba conmigo incluso cuando escuchaba un cuento. Una cárcel que seguiría en el futuro. El futuro. Lo que viene. Cada vez más corto. No hay tiempo para el desquite. ¿No es posible que las cosas sucedan como las imagino? ¿No terminará de buena manera esta historia llena de equívocos? Cuando niño los días no traían más que novedades. Siempre había una parte de promesa. Después ya no fue así. Lo que había delante podía ser angustioso. La meta no era posible. Cuando la lograba no traía el regalo supuesto y detrás de esa valla se presentaba otra más alta, y sobrevivía huyendo al mundo dislocado de la imaginación; esa esperanza extraña y estúpida en que está conseguido lo que la vida no permite. Dinero, mujeres, compañía. Felicidad. ¡Ja,ja,ja! Felicidad.

¿El futuro era sólo imaginación? Podía ser lo que anhelaba o podía ser lo que temía, pero ¿qué era? Entonces escuché un tenue ruido. Era el pequeño animal que estaba cercano. Ahora, sólo vida. Los sentidos multiplicaban mi cuerpo más allá de él mismo. El tacto definía claramente las texturas. La ceguera del negro que me circundaba permitía ver mis propias imágenes. Estaba vivo. Tenía límites. Era dueño del presente. Pude seguir claramente mis pensamientos, cómo se formaban y unían unos con otros en asociaciones instantáneas. Cuento... cuento-Alfonsina, Alfonsina-José, Pedro-Lunero, Lunero-circo, circo-jaula, jaula-ratón, ratón-yo...

Me dispuse a pasar años en aquel lugar que no era más que la proyección de mi propia vida. Entonces se abrió la pared de la cárcel. La tiraron desde fuera. Cayó estrepitosamente. Sentí mi desnudez frente al mundo que hacía tanto no veía. El horizonte se extendió hasta unos lejanos árboles que recortaban una inmensa, sobrecogedora, maravillosa noche. En ese momento la página dio vuelta. En el mismo instante en que descubrí que el encierro iba adentro, precisamente entonces. El cielo era una bóveda. El paisaje tenía densidad, aristas definidas que

golpeaban extrañamente adentro de mi cuerpo. No pude dejar de pensar, sin asomo de arrogancia: "Soy el centro del universo".

Lo primero que salió del carro fue un bello conejo blanco que se disparó en una fracción de segundo. ¡Un conejo! ¡Todo el tiempo el ratón había sido un hernioso conejo! ¡El animal más tímido del mundo! ¡Más tímido que yo!

-Baja. Baja para darte la bienvenida.

Pedro indicaba un lugar cercano al fuego. Una llamarada inmensa, cálida, llena de colores. Estaban todos. Los payasos, el domador, el equilibrista. Muchos que no conocía. Algunos se atrevían a sonreírme, otros miraban de reojo.

Estaba feliz. No sólo porque había salido de la caja negra, sino porque entendí lo que no me podían explicar con palabras. Había comprendido.

Miré con desconfianza al carro. Por el lado de afuera de sus paredes tenía pintados dos payasos, uno triste y uno alegre. Se veía más pequeño que como lo había experimentado.

-¿Cuánto tiempo estuve dentro?

-¿De qué te sirve si el tiempo ha empezado a girar de manera distinta?

-¿Qué tanto?

-Ya verás. ¿Quieres seguir de periodista?

-Tal vez no.

-¿Continúas con la idea de hacer el gran reportaje del circo?

-No. ¿Qué sentido tiene?

-Pero cuando empezó el encierro tu intención era esa.

-Digo que ya no.

Pedro dio vuelta la cabeza y miró el fuego.

El tiempo había cambiado. No eran los mismos calores de cuando llegué al pueblo. Ahora eran el frío, las tierras húmedas, la lluvia emposada. La gente se frotaba las manos. Arrimados al calor de la lumbre salían bocanadas de vaho con la respiración. Nadie parecía artista. Las mejillas manchadas de colores, las pinturas y los trajes luminosos habían desaparecido. La ropa simple y las caras se manchaban de tonos cálidos por la parte que daba a las llamas y de oscuridad nuestras espaldas. En el firmamento, miles de estrellas pulsaban. También yo sentía contracciones y expansiones. ¿Alcanzaría el ritmo del universo? ¿Dónde quedaban las angustias? Estaba seguro que había dado un paso. Ni un centímetro atrás. Sin embargo, no sabía la dirección del camino.

## CAPITULO VII

Entendí que aquello poseía un orden riguroso. El trapecista tenía más conocimiento que los malabaristas; aquellos, más que los payasos; éstos eran más que los ayudantes de pista o servidores, como también se los llamaba, que entendían mejor que el domador y los monos, (había dos clases de primates: los disfrazados y los verdaderos), que eran un pelito más conocedores que aquel que recién caía en la caja oscura para ingresar al circo.

-Más conocimiento de qué -pregunté.

-Conocimiento del circo -contestó un payaso.

-¿Acerca de qué trata ese conocimiento?

-Acerca de que eres muy preguntón.

-En serio, me interesa.

-¿Estás distinto a cuando llegaste?

-Esa no es la pregunta.

-Y sin embargo es la respuesta. El conocimiento te viene por la cabeza, la emoción, el cuerpo, por todas partes. Y el trapecista sabe más que uno. Es la razón de que haya llegado allí ¿Explico la cuestión?

-¿También fue payaso alguna vez?

-Y domador, y ayudante de pista, y mono y lo encerraron en una hermosa caja negra.

-¡No te puedo creer!

-¡Todos comenzaron encerrados!

Los rostros fueron languideciendo. La conversación bajó de tono y el grupo se transformó en corrillos de dos o tres. Cada uno me dio la bienvenida. El último, el domador que llevaba una piel oscura con cabeza de gorila en los brazos. Un ayudante portaba dos cubos de agua helada y jabón. Me eché encima uno, jaboné y tiré el otro de cabeza a pies para enjuagar.

-Póntelo. Serás todo animal cuando pienses, sientas y te muevas como gorila -el descanso había terminado. La mejor manera es que otros monos te enseñen.

Por el contorno del fuego hasta las jaulas. Abrieron la puerta de una de ellas y me ayudaron a entrar. El traje era pesado y tenía dificultad para ver por los orificios de los ojos. Cerraron. Cuando desperté era pleno día, un sol maravilloso y sentí calor con la gruesa piel. Un hombre barría la tierra juntando la paja que los animales dispersaban.

-¡Oye! -grité- no te hagas el desentendido, eres el único que hay por aquí -grité.

-¡Qué quieres! -miraba desconfiado al entorno, como si temiera que nos vieran charlando.

-Tengo hambre. ¿No podrías traer una ensalada con algo de carne?

-¡Acércate un poco! Tengo algo para ti.

Venía con el escobillón y nada más. Tal vez traía algo apetitoso en los bolsillos. Pegué la cabeza a los barrotes. Levantó el mango y lo descargó con furia sobre mi cabeza.

-¡Ay! -grité, más asombrado que dolorido al principio, caí sentado al suelo.

-¡La desgracia se nos ha venido encima! -dijo el tipo. -¡A este pobre circo le han llegado animales que hablan! ¿Será que los humanos terminaremos saltando como monos?

Intenté hacerlo callar sin éxito. Cuando terminó dijo con voz apenas audible:

-Para que sepas los monos comen sólo verduras crudas y alguna fruta. Por el momento

conténtate con plátanos.

Apareció un grupo. Traían una vara con punta de acero que buscó con insistencia mis nalgas.

-¡Es peligroso! ¡Hay que apartarlo!

Por el costado abrieron una puerta y me empujaron a una jaula más pequeña. En la primera había estado encerrado junto a unos primates que apenas llegaban a mis rodillas. Al comienzo se habían retirado al extremo opuesto, repitiendo la costumbre ratón-conejo. De a poco tomaron confianza. Escaso fue mi entusiasmo por observar sus jugarretas, la acuciosidad con que se sacaban los parásitos unos a otros y la cagada que dejaban por todas partes. Pronto fueron un estorbo.

Como al principio, no sabía qué aprender con ese ridículo traje. Los días eran más entretenidos y aburridos al mismo tiempo. Había paisaje, gente del circo, público.

-¡Mira papá, son ojos de persona! -Eran un problema. Mis ojos eran grandes, claros y no estaban juntos como en los primos. -¿Será alguien disfrazado?

-Cómo se les ocurre. Ustedes no saben nada de animales.

Los mayores se tragaban mejor el cuento. Querían creer y veían lo que no era. Ellos interpretaban que estaban frente a un gorila. Yo interpretaba que hacía el ridículo y no podía dejar de ser un hombre metido en una jaula, disfrazado estrafalariamente, temiendo ser descubierto por niños avispados.

¿Qué era ser un primate? Cuando había estado aislado en la caja negra, cada tanto recibía instrucciones acerca de lo que debía hacer o conseguir. Aunque a veces eran órdenes contradictorias, había una dirección. Ahora ¿quién hablaría con una bestia? ¿Qué debía aprender? A ser animal. ¿Y cómo se era animal?

Siendo. A eso llegaba. Los animales piensan poco, casi nada; tienen emociones mínimas que les sirven para subsistir; están pegados a la tierra; carentes de memoria, al menos memoria de sus antepasados, siempre son los primeros de la especie. Es decir, conmigo nacían y morían los gorilas. Hasta ahí el discurso. Nuevamente a la deriva, porque había estado pensando cómo eran y no siendo.

Mejor dormir; lo hacía por horas. Tanta lluvia me aburría. La soledad me aburría. El paisaje me aburría. Y los gorilas no se aburren. ¿Qué era ser un mono grande?

La gente del circo se activó. Guardaban las cosas, limpiaban el lugar. Me devolvieron donde los amigos pequeños. Subieron la jaula a un camión y partimos. Me entretuve con los vehículos que nos pasaban. Disminuían la velocidad y se quedaba mirándonos un segundo, luego aceleraban. Por dentro de la máscara, sonreía, y los gorilas no lo hacen.

Nos instalamos en el terreno baldío de un pueblo y comenzaron a armar la carpa. Aquella noche dormí intranquilo. ¿Qué hacía si me incluían en el espectáculo? ¿Rugiría, atacaría al público? ¿Golpearía mi pecho con ferocidad? ¿Debería subirme a un trapecio? Esos simios son difíciles de domesticar. Impredecibles, respetados por su fuerza y brutalidad. En la tarde reubicaron la jaula. La puerta quedó hacia el ingreso por donde entraban los artistas. Me separaron de los monos y afianzaron un collar metálico al cuello unido a una cadena. Picaron mis posaderas, salté hacia la pista. Cientos de ojos, miles, estaban pendientes. Lo animal despertó y di un tirón. La niña, porque la idea era que una débil niña dominaba a la bestia, huyó. El domador recogió la cadena. A toques de picana me devolvió a la jaula y se acabó mi

participación.

. . .

¿Cuándo dejé de encontrarme ridículo y hasta llegué a pensar que siempre había sido un animal? Sólo sé que movía los barrotes cuando tenía hambre y reclamaba con sonidos guturales; también que los demás guardaban prudencia, y los niños no se acercaban haciendo caso del cartel colgado en la parte alta de la jaula: "Animal peligroso, conserve la distancia".

Hasta perdí la memoria. No fui entonces un periodista y nunca lo había sido. La vida entera se esfumó. No tuve pasado, sólo existía el instante anterior en que había comido un plátano o había sentido hambre. El futuro no llegaba más allá de la fruta por venir, o del sueño invasor. Desaparecieron mis pretensiones de "ser alguien" o de solucionar problemas. No tuve más temor al futuro. La vida era un largo presente. Al comienzo monótono, luego con un extraño sabor, un indefinible estado de tranquilidad mezclado con un básico, subterráneo, bienestar.

Eso, hasta que entró el aseo de la jaula, me arrinconó, echó los desperdicios en una bolsa y salió.

-Te portas bien, gorila -dijo cuando salió. -Eres más fiero de lo que aparentas.

Lo seguí con la vista y fui hasta la puerta como siempre lo hacía. Siempre era siempre. Estaba lleno de actos y movimientos reiterativos. Sentía a mi vida cruzada con la memoria ancestral y, sin saberlo, repetía lo que los primates venían haciendo por miles de años. Entonces la puerta se devolvió y quedó entreabierta. Fue la posibilidad de huir. No lo pensé, lo hice. Salté de la jaula. Me alejé como el instinto lo indicaba, buscando lugares distantes del bullicio. Estábamos en un pueblo con gente, y con perros. Gruñían a mi paso, erizaban los pelos del lomo, mostraban colmillos relucientes. En muy poco rato se armó el escándalo. Me desplazaba apoyado alternativamente en una pierna y otra, parecido a un pato gigantesco. La policía apareció y los megáfonos anunciaron a los curiosos que se alejaran a prudente distancia. Trepé con dificultad a un árbol. Me apuntaron con rifles. El domador pedía cautela y ningún movimiento en falso.

-¡Es peligroso! Puedo ponerlo bajo control sin ayuda. Que nadie dispare -anunció.

La multitud llegó de todos lados. Presentí el peligro. El domador subió con lentitud. A dos brazos de distancia levantó la voz. Desapareció la gente de la escena, la policía, el árbol en que estaba. El hombre habló cadenciosamente. No importaba lo que decía, sino el tono envolvente, la sugerencia de la voz, sus ademanes mínimos pero seguros. Alcancé a ver cómo una malla flotaba sobre mí. No caía nunca. Se movía y al mismo tiempo estaba suspendida. Caí al suelo, prisionero de cientos de rombos tejidos que me apretaban. Gruñí. Me levanté y la gente huyó. Un policía disparó, al aire. La plaza quedó desierta. Sólo los del circo hicieron rueda y con una soga en los pies me tiraron al pasto. Se fueron sobre mí y pusieron un pañuelo contra las narices. Alcancé a manotear, mientras las caras se deformaban y caía en el sopor.

'No recordé más.

Cuando abrí los ojos sólo pude ver manchas. Eran colores sin figuras. Tenía un intenso dolor de cabeza. Los sonidos tampoco eran definibles. No sabía si venían de adentro de mí mismo o si era ruido de afuera. Cerré los ojos. Trataba de mover los brazos y no respondieron. Sentía malestar en el hombro sobre el que estaba afirmado, tal vez una herida, un golpe. Abrí los ojos. Hice un esfuerzo por enfocar. Llamas, correspondían al sonido. Cuando me pusieron el trapo en las narices era mediodía, ahora, de noche tendido al lado de una fogata. Los monos se arrancan, pensé. Pero el tacto de las manos desnudas me indicaron que ya no tenía el disfraz.

Lo primero que vi fue un zapato café cerca de mis ojos. Atrás, miles de pequeños puntos rojo azulados que aumentaban y disminuían de intensidad. Parecen estrellas cuando pulsan, pensé. O tal vez es la vista nocturna de una bahía desde los cerros. ¿Qué hacían las estrellas en el suelo? Mi cabeza estaba perdida. ¿Y ese olor a humo azul? El humo azul tenía un olor especial. Era delgado y se metía por las narices hasta dentro del cerebro. Hacía estallar la cabeza.

-¡Compadrito, despierte! -hablaban desde arriba del zapato. -Lleva quince horas durmiendo.

-¡Ayúdame! -quise decir, pero salió otra cosa porque exclamó compasivo:

-¿Se siente mal?

Pasó el brazo por mi espalda y me levantó. Entonces vomité agua y saliva verdosa.

-¡Qué fuerte el gorila, compadre!

-¡Déjate de hablar estupideces! El anestésico del trapo me tiene a punto de estallar.

-No crea. Ese fue el esfuerzo de separar al animal. Casi se lo

-Qué dices.

-Podría haberlo matado. O terminar mono para siempre.

-No entiendo.

-¿No recuerda lo que hizo?

-Después del pañuelo en las narices me dormí.

-Lo trajeron muerto. El domador trató de sacarle el traje y usted despertó, dio un salto y gruñó con una ferocidad que me cagué de susto. Tratamos de apaciguarlo, le hablamos, nos fuimos encima. Usted no entendía razones, y tenía una fuerza, compadrito. Nos tiró lejos. Después se golpeó el pecho, parecía en plena selva. La cosa se puso peligrosa, era una bestia. Lo primitivo hablaba a través suyo.

-No te creo.

-¿No recuerda que le tiramos la red?

-Arriba del árbol.

-No, acá. Y le dimos de palos para que se tranquilizara.

-No me acuerdo de nada.

-Esa es la mejor prueba que llegó muy lejos siendo animal. Tarea cumplida.

-¿Y ahora qué?

-Haga memoria primero. Si no, creerá que todo es un invento. Recupere la conciencia del animal. Recuerde.

Nada en mi mente. Desde la caída hasta ese momento.

-No piense en colores, ni siquiera en formas. Deje que venga lo que tiene que venir. No se asuste.

-No aparece nada.

-Respiraba agitado, resoplaba, éramos sus enemigos...

-No, no eran los enemigos. Estoy seguro que no había enemigos. Peligro sí. No tenía pensamiento. Me movía espontáneamente. No había temor. Había fuerza. Olía a otras formas que se acercaban más de la cuenta y esa era mi furia, que no es la furia que conozco. No había muerte en el aire, sino vida en peligro. Mis pies estaban pegados a la tierra, la tierra podía sucumbir. La tierra era mi tierra. Habían pasado por encima de ella y eso era grave. Me agacho para embestir o para soportar la embestida. Y cuando me pegan, la tierra se desmorona. Cómo explicar. El aire está en peligro. Se acercaron, ahora me apalean. Tengo mucha fuerza. Toco mi pecho. Eso me da más fuerza. Me hace invencible. Golpear el pecho, botar el aliento, gruñir, sacar el sonido desde adentro de las entrañas es lo mismo que rechazar, tirar afuera, recuperar la tierra y el aire. Ya no tengo tiempo para oler. Ahora sólo miro adelante, con mi espalda encorvada, dispuesto a recibir un golpe y a despedazar. No importa que sean veinte. No importa el número. Voy hacia adelante. A recuperar tierra y aire. La ciudad de las luces que titilan, las estrellas en el suelo no son más que una fogata que se apaga. Estoy vacío. Vacío y cansado. ¿Dónde quedó la casa de agua?

-¿Qué dices?

-La casa de agua. El pueblo.

-¡Ah! El pueblucho donde te conocimos.

-¿Cómo se pudo perder de esa manera? Fue el primer acercamiento a esta locura errante. La casa y la lluvia se pegaron a mi recuerdo junto con el olor a tierra seca y polvo que había aquella tarde de verano cuando bajé por la cuesta cuyo nombre nunca averigüé. Ya le voy a decir cómo se llama, decía el hombrecito del camión y cambiaba de tema.

-Te daría risa saberlo. Dirías que las cosas no suceden porque sí. Le dicen la Bajada del Sueño.

-¿Dónde quedaron los personajes de la historia que inventé? ¡El animal anuló todo! Hizo que olvidara mi vida, mi nombre.

No levantes tanto la voz, no es necesario.

-¡Callen al animal! -gritó alguien.

-Era niño cuando conocí a dos tías que juntas pueden ser la vieja María. Eran sabias en lo que tenían que hacer y muy silenciosas. Una, flaca como espárrago; la otra, gordita y de mejillas rosadas. Después que murió la abuela se quedaron a cargo de la casa. Los tíos pensaron que no iban a poder administrar el caserón heredado y dijeron: "Hay que dejarlas, ya se irán a algo más pequeño". Las querían meter en un hogar para ancianos. Soportaron hasta que murieron, veinte años más tarde. Nada se les pasó por alto, a pesar de la ceguera de los últimos tiempos... Estoy cansado.

Caí nuevamente en el sueño.

-¡Despierta! Hay que encerrar al animal.

Era el domador sin traje de lentejuelas. El día estaba despejado. El sol alto.

-¡Ya no es hora de alimentar a los animales! Pero será bueno que te vayas familiarizando con este trabajo.

-¿Qué animal debemos encerrar?

-Sólo puedes hablar cuando lo permita. Segundo, no entiendes nada. Soltaste a la bestia, ahora hay que aprender a dominarla.

-¡Ah! Lo que explicó cuando estaba encerrado en el carro oscuro.

-¡Te dije que no abrieras la boca! Contigo será más difícil de lo que pensaba.

Hablaba fuerte a pesar de su débil apariencia.

Nos dirigíamos a las jaulas. Miré de reojo la que había sido mi habitación por tanto tiempo. Faltaban 3 monos que habían escapado conmigo. El domador tenía una nariz increíblemente aguileña, cara flaquísima y genio negro. No se sacaba las botas ni para dormir. No vi payasos, trapevistas, malabaristas u otra gente de circo, salvo ayudantes con quienes nos topábamos esporádicamente. Sólo estuve ante la presencia de caballos, leones, tigres, perros. Algunos animales increíbles para un circo: gatos, liebres, una gallina que llegó descuidadamente un día, siguiendo una hilera de granos que le puso el domador en el camino. Al mes bailaba tangos cada vez que escuchaba un bandoneón.

Aquella mañana dijo:

-Toma ese cubo.

Sostuve el recipiente por el mango y fui tras él decidido a que mi estadía entre las bestias durara poco. Sería obediente y rápido en aprender. La decisión llegó hasta que entró a la jaula de los tigres. Eran dos inmensos animales que crecían a cada segundo.

-Pase, hombre. ¿Quiere que escapen?

Estaba apenado al piso. La puerta, entreabierta. No podía dar un paso adelante ni tampoco huir. Me tiró del brazo hacia adentro. Volvió la vista hacia los animales y trabajó con ellos. A una orden se echaron, los examinó como un médico le dice a un niño que abra la boca para ver la garganta. Eso él, yo apenas atinaba a respirar suavemente para que mi presencia no se notara.

-¡Haga algo, hombre, muévase!

Los animales estaban felices con las caricias que obtenían del domador y ronroneaban con unos ronquidos que me ponían los pelos de punta. Tenía la mente en blanco, el corazón se me salía por la boca, el cuerpo hecho piedra.

-Aprenda a relacionarse con los animales y se acercará a lo suyo. Nos hemos separado violentamente de la naturaleza y también nos hemos alejado de nosotros mismos. El hombre cree que debe vencer los elementos usando la fuerza bruta. Ha intentado doblegar al propio cuerpo tratándolo como a una máquina, y no como al más cercano amigo. Ya no entiende ni las enfermedades siquiera. Un resfrío es bastante más que un resfrío, y a la vez, mucho menos. ¿Qué le pasa?

-...

-¿Qué está haciendo?

Un líquido tibio y desagradable se escurrió por mis pantalones.

-Se me revolvieron las tripas -contesté compungido.

El gran domador de fieras se agarró la cabeza a dos manos.

-¡Debe aprender a dominar al animal! Salga de inmediato. Con su impertinencia enfurecerá a los tigres.

Ni cuento la satisfacción al escuchar la orden.

Pasé un tiempo deprimido. Mi cara alargada, la espalda curvada, el ánimo por el suelo. Antes de que amaneciera partía a la bodega donde se guardaban las raciones. Las seleccionaba en bolsas de arpillera y las metía en una carretilla. Mecánicamente tiraba las provisiones a los perros, que

estaban más cerca, y terminaba con la elefanta, al final del recorrido. Para llegar a ella, varias veces había vuelto por más comida. Los animales me daban lo mismo. Sólo los monos me producían un sentimiento de hermandad mezclada con algo de nostalgia. La estupidez de la tarea rutinaria y sin vuelo aumentaron mi desinterés, hasta el punto que una vez el domador se acercó:

-Tienes la energía concentrada, a punto de estallar.

-¿Y qué quiere? Me lo llevo de jaula enjaula tirando pasto, recogiendo porquería.

-¿Qué hacemos si tienes temor? Pensé que venías mejor preparado.

-Quiero preguntar y dice que no debo hablar.

-¡Abre los ojos!

-Quiero entender.

-¡Abre los ojos!

-No creo.

-Mi demanda es por el sentido de lo que hago. Tengo dudas.

-¡No más preguntas para el animal! Ahorra poder, observa y calla. Recuerda: cada cosa a su tiempo.

Una vez más guardé las dudas. Me dediqué con esmero a sacar la mierda de los monos, de los perros, de los caballos, de los leones, de los tigres, de la elefanta. Decenas de kilos de materias fecales. Los alimenté y aprendí a lavarlos. Me impregné de olores que no salían de la piel. En cuanto aparecían los payasos en el camino, se escabullían. Apretaban las narices y hacían ademanes de que iban a vomitar.

Un día se acercó el domador:

-¡Abre tu mano! -depositó algo duro contra mi palma y la cerró. - Manténla así. ¿Qué imaginas?

-Un trocito de madera. Una astilla.

-Siente, siente. -Aquello se movió. Estiré el brazo rechazando lo que no conocía. -¿Qué te imaginas ahora?

-Una avispa.

-Siempre pensando lo peor. Mira lo que tienes, con cuidado. Acerca el ojo a la oscuridad de tu mano con suavidad, sin importunar al visitante. No lo vayas a aplastar.

Tenía la palma sudorosa. Aflojé la tensión con que tenía tomado al bicho y empujó con fuerza. Quería recuperar la libertad.

-¿Qué hace? -pregunto

-Trata de escabullirse.

-En su lugar yo haría lo mismo.

Miré por una pequeña abertura. Me encontré con dos pequeñas antenas verde amarillas y una cabecita brillante. ¡Un saltamontes!

-¿Sabes qué es?

-Sí.

-Dedica el tiempo a compenetrarte con él. No más baldes con agua, no más escobillones, no más alimento. Tú y el saltamontes. ¿Entendido?

Abrí un poco más la mano. El insecto estaba de costado, húmedo, pegado a mi piel. Se incorporó lentamente y en cuanto pudo, dio un salto. Partí tras él, mientras el domador se

alejaba diciendo:

-Debes pasar días con el saltamontes, no segundos.

Lo atrapé. Lo encerré con más delicadeza. Por la tarde le conseguí casa: un frasco de mermelada vacío, hojas de hierba y una rama seca para que trepara. En unas horas, ya era mi objeto de estudio y observaba embobado la manera paciente con que iba partiendo las láminas vegetales con sus pequeñas mandíbulas provistas de unos cuernos que le salían de la boca. También supe que defecaba unas caquitas chiquitas, oscuras, alargadas.

-Cada animal -dijo el domador días después- pacta una forma de acercamiento con el hombre. Intuye que está con uno superior y no lo ataca, salvo cuando es necesario. Pero no conocemos previamente ese acuerdo. Hay que conseguirlo. No queda más que convivir con él, sólo así lo puedes dominar.

Esa fue la tarea de los próximos meses. Aprendí el acercamiento a los perros, a los gatos, a las gallinas. Luego vinieron una araña de los rincones, un hermoso padrillo blanco y los tigres. Siempre lo mismo. Permanecer con el animal durante mucho tiempo. Probar la cercanía. Dejarlos hacer, por último, dominar. ¿Qué debía hacer? Ver, ver, ver. Tal como lo había dicho el domador: "Para dominar al animal debes ver".

-Creía que el "ver" era para dominar un cierto animal interno.

-¿Qué has hecho este tiempo? Observar cómo se comportan, qué permiten, cómo actúan. Has estado atento, has separado tus pensamientos, porque si te distraes, ¡pum! el tigre puede sacarte un pedazo, la araña picar, el perro morder, el gato arañar. Te has dedicado a ver. Es la única manera de dominar al animal. Al animal interno.

-Al animal interno -repetí sin convencimiento.

-El único que importa ¿De qué nos serviría enseñar a un elefante a pararse encima de otro? Detener el animal interno es la gracia. ¿O crees que nos preparamos para que la gente aplauda en el espectáculo? Dime: ¿te he pedido que participes en algún número frente al público? Ya tienes dominio, divertirías a cualquiera. ¿Para qué? ¿Entiendes?

-A medias.

-Ya es algo - dijo sarcástico.

Tal como anunció, nunca vi las pistas. No tuve traje de lentejuelas ni enfrenté los focos ni obtuve aplausos. La gracia estaba en el dominio del animal, y lo adquiría con velocidad. No cometía imper tinencias con ninguno y perseguía arañas peligrosas de puro gusto. Las ponía en mis manos y las dejaba hacer porque someterlas era que no se dieran cuenta del peligro ni que tuvieran que utilizar el poder que poseían.

## CAPITULO VIII

Los aseadores me quitaron el gusto por aquel mundo que una vez había sido repulsivo. Una mañana iba con la maleta de los auxilios a la jaula de los tigres. Dos cachorros habían estado jugando y uno salió con un ojo a mal traer. Daba vueltas por la carpa cuando dos hombres me tiraron al piso.

-¡Qué hacen!

-Te sacamos de la ingrata tarea de tener que limpiar el culo de los animales. De ahora en adelante serás sirviente, como nosotros.

-¡Imposible! El cachorro puede perder el ojo.

-Alguien lo ayudará. En el circo nadie es indispensable. Aprende eso. ¡Nadie!

-¡Están locos!

-No más que tú. Has subido un escalón y los humos pueden llegar a tu cabeza. Te toca aprender qué es ser el último de todos. Deja de lado la filosofía barata, no hay tiempo para pensar.

Remedaron al domador, dando pasos cuidados por una jaula imaginaria.

-Hay que ver, querido, hay que ver. -dijo uno, impostando su voz chillona.

-Debes dominar al animal -añadió el otro.

Se devolvieron y, con seriedad, me encararon:

-¡No más de eso!

Tiraron al suelo un pantalón y camisa azules, un sombrero de quepis, botas, una hermosa escoba. Cambié la vestimenta informal por aquella que igualaba mi figura a la de ellos. Hasta ese momento pensaba que los aseadores no pertenecían al circo de la misma manera que los payasos o los domadores. Sin embargo, allí estaba yo, entre ellos ¿Qué tenían estos para enseñarme? ¿Cómo ser mejor pasando el escobillón? Aquello era un paso en falso, un salto a la nada. Un despropósito. Una falta de educación y atención hacia mi persona.

-¡Demasiado descanso! -gritó uno.

Con un cubo de agua en la mano y un trapero en el otro, sacaron los pensamientos de mi cabeza.

-¡Síguenos, octava maravilla! El domador dice que por el dominio puedes llegar a ser dueño del mundo. Como ayudante de los ayudantes te mostraremos que cualquiera vale un mundo más que tú.

-¡Aprenderás a usar el agua jabonosa para sacar la mugre de las tablas de los carros donde duerme la gente importante de este circo! - dijo el que había tirado el uniforme.

-¿A esto se supone que llega uno después de haber sido domador en este circo? -pregunté con rabia.

-A esto y con orgullo. ¡A guardar silencio si no quieres que te llegue una patada en el culo!

Igual me llegó, a la descuidada y por atrás. Eran tres adustos personajes cortados por la misma tijera. Prohibieron que dijera palabra y dejaron claro nuestro norte: servir. Éramos los encargados de realizar todas las tareas pesadas, de tal manera que las interesantes se llevaran a cabo sin contratiempos. Cuando había presentación armábamos la carpa, levantábamos los mástiles, tirábamos las cuerdas de acero sobre las que tendíamos las telas. También uníamos los

módulos de madera que se encumbraban formando las galerías. Si la función había terminado, desarmábamos pieza por pieza el entramado, cargaban los camiones. En todo momento debíamos conservar la limpieza del lugar, y estábamos para cualquier necesidad o emergencia.

Podía entender que para participar fuera necesario el primer encerramiento. Reconocía que, aunque en el momento me pareció cruel, había sacado enseñanza de aquello. El orangután despertó la animalidad dormida, profunda, subterránea, conectada con todo lo vivo. El paso bajo la tutela del domador fue un avance. Pero tener la compañía de esos tipos, que sólo sabían hacer bien un trabajo estúpido, ruin, desdeñable, mínimo, era demasiado; no para mí. Cuando me encontré con el domador traté de abordarlo, pertenecía a su clase y no a la del trapero.

-¡Hola. Cómo está!

Me miró de arriba abajo y dijo:

-Creo que se ha equivocado. No hablo con los azules.

Azul o verde. ¡A la mierda con todo! Y pastelero a tus pasteles. En mi caso, a empujar el camión atascado, a preparar café a las cuatro de la mañana porque la caravana había llegado al pueblo donde tendríamos función en unas horas más, a despistar el lugar para armar la carpa. A soportar la lluvia que descargó el cielo oscuro como cueva mientras hacíamos la tarea. En resumen, había llegado el momento de olvidar mis grandes preguntas. No quedó tiempo para saber si mi sesera se había secado, ni tampoco de mis angustias. El mundo se fue ordenando según la tarea que había por delante, concreta y cansadora, abundante y exigente. No tenía derecho al quejido ni a la opinión.

Mientras más tenía que hacer, menos tiempo para hablar. Entré en un silencio interesante. Una sensación volumétrica, interior. Hacer sin parar no dejaba que la mente se desviara hacia cosas que no tenían que ver con aquello en lo que estaba. Y la urgencia con que llegaban las órdenes acentuaban el carácter perentorio del aquí y el ahora. Esta síntesis apretada la concebí una noche en que no podía dormir del cansancio. Había sido un día recargado. Los payasos solicitaron que lustrara diez pares de zapatos de setenta centímetros cada uno; a una hora de la función, Lunero ordenó que desarmáramos el escenario porque estaba mal ubicado, el domador descubrió un mono con garrapatas y mandó que los laváramos a todos; tuvimos la visita de cien niños de la pobre escuela del lugar, para quienes preparamos ciento diez sandwiches, sumando profesores y acompañantes; como si fuera poco, cuando habíamos vendido las entradas para los tres días, apareció el alcalde en persona, diciendo que le habían llegado noticias de que nuestro comportamiento era inmoral, y que ocultábamos nuestras verdaderas intenciones. Debíamos dejar el pueblo por la noche. Logramos hacer la función aquel día. Partimos de madrugada. Los azules me advirtieron que aquello había sucedido varias veces. En algunos lugares nos achacaban las leyendas negras más absurdas que se podía imaginar.

-¿Porqué?

-Así es la gente. No soporta lo nuevo.

De saber lo que significaba ser ayudante de pista, habrían reclamado contra la esclavitud en este siglo. Visto desde afuera, y con algo de mala intención, nuestra tarea era denigrante. ¿Tanto trabajo por un plato de comida que muchas veces preparábamos nosotros mismos? Dirían que estábamos hipnotizados, o que éramos presa de una poderosa extorsión. Que nos habían quitado inteligencia y lavado el cerebro. Era difícil explicar el cambio que producía la disponibilidad

hacia los otros. Si ponía el acento en el cansancio, las tareas se volvían monstruosas, si lo que importaba era que la necesidad fuera satisfecha, uno saltaba como resorte y no había agotamiento que valiera. Aquello sucedió cuando relajé algo adentro. Solté las barreras de lo propio. De ahí en adelante la disponibilidad no era algo que pensara ni que sintiera emocionalmente. Era un puente directo entre el cuerpo y la acción.

Una mañana cualquiera preparé café para cuarenta, lavé, cosí, serví, descargué, levanté carpas, vendí boletos, barrí, pinté, cargué. Además, llevé agua donde alguien que se quería mojar los pies. Fui al barril a la vuelta de la carpa. La cubeta que llevaba saltó por los aires cuando tres o cuatro me agarraron por la espalda, tomaron mis pies y manos y taparon mis ojos con un trapo. Maniatado y con mordaza terminé en un espacio de dimensiones reducidas. Sentado, tocaba con la espalda la pared y con los pies la del frente. Desaté los nudos de las amarras. El lugar estaba oscuro. Por el sonido y la textura, las paredes eran de cartón grueso. "La suerte mía, pensé, nuevamente encerrado. ¿Quiénes tienen interés enjugarme esta broma?"

-Dinos, fantasma, qué has aprendido -dijo al otro lado una voz melodramática.

-...

-¿Sabes cuáles son los fines del circo en que estas metido?

-...

Eran los payasos. No pensaba mezclarme con ellos, siempre enredaban todo. Contestaría lo necesario para que me dejaran tranquilo.

-¿Descubriste quiénes somos?

-Sí.

-No creo. Di la verdad o te tiramos cerro abajo.

En kilómetros no había una loma siquiera. Volcaron la caja de costado. Quedé incómodamente tendido.

Dieron patadas al cartón, que multiplicaba el sonido y retumbaba con desagrado.

-Primero sáquenme de aquí.

-No te hagas ilusiones, pasarás allí el año entero. Serás nuestro esclavo.

-Por debajo abriremos un hoyo donde pondremos una caja para pasarte alimentos y uno que otro animalito -reían.

-¿Qué desean?

-Que contestes las preguntas. Repito: ¿sabes de qué se trata el circo en que estás metido?

No tenía una respuesta cierta y aquello me desconcertó. Era más fácil decir lo que no era. Nos parecíamos a cualquier otro, hacíamos funciones para que el público se divirtiera. Teníamos trapevistas, malabaristas, esos detestables payasos, la gente que trabajaba en las pistas, domadores, animales. Éramos iguales a los otros y también distintos. Por ejemplo, nos interesaba la pericia del aprendiz, y sobre todo, lo que pasaba en su interior con la pericia. Lo que hacía era sólo un pretexto para avanzar. La vida entera en el circo era un pretexto, el armado de la carpa, el doblamiento de los tigres, el aseo de los camiones. El dominio de la tarea, visto de afuera, era difícil de medir y tenía escasa aplicabilidad "práctica".

-En una sola frase -apuraban los payasos. -Algo que entendamos de inmediato, intelectualete de última. El circo es...

-Algo raro.

Los payasos rieron a carcajadas. -¡Que respuesta más estúpida! -copiaban mi voz haciéndola más ronca. -Años para llegar a la brillante conclusión de que el circo es raro.

Se alejaron.

Sin éxito, intenté cambiar la posición de la caja. Quedé tirado en el suelo entre cartones. Tal vez dormí. De pronto me levantaron con envoltorio y todo. No sabía qué sucedía ni dónde estaba. Por un instante olvide mi nuevo encierro, y me vi nuevamente en el carromato.

-¡Qué pasa!

Daba nariz y espalda contra paredes.

-¡A despertar! Llevas quince días echado.

-Mentira.-recordé la nueva situación.

Comenzaron a girar la caja por la base.

-El circo se ha marchado. Quedamos sólo nosotros y conseguimos nuestro objetivo: ¡Te raptamos!

-No dormité más de media hora.

-A ver si escuchas algún sonido.

-Es de noche.

Nuevas risas.

-Si ha pasado tanto tiempo, cómo es que no tengo hambre. Ya no estaban o callaban. Mi estómago estaba más vacío de lo que pensaba.

Un rato después:

-Ya es de noche. La última vez que hablamos era de mañana ¿o también vas a decir que ha pasado sólo un rato?

-...

-Volvemos a preguntar ¿Qué sabes del circo?

-...

-Has tomado la preparación en forma demasiado personal y cómoda. Cuando eras orangután te acostumbraste tanto que habrías estado así hasta el final de tus días. Lo mismo como domador. Entendiste lo que era dominar al animal, y por ti habría sido suficiente llegar hasta ahí. El trabajo de servidor termina por gustarte cuando entiendes lo que es la disponibilidad. Pero todo es satisfacción para ti solamente. No sé si captas.

-Siempre he pensado que a lo mejor hay que retribuir más adelante, -contesté.

-Compañeros -dijo uno con voz aflautada- se acabaron las preocupaciones. Como buen niño, pagará puntualmente lo que han invertido en él.

Empujaron la caja y de nuevo fui a dar al suelo.

-¡Hasta luego, mercanchifle!

Quedé tirado, hambriento, confuso. ¿Qué tenía de malo pensar que en algún momento debía retribuir? ¿Cuál era el destino del circo? Habían introducido la duda, aunque también algo se afirmaba en mis convicciones, algo subterráneo, oscuro aún.

-¿En qué estás? -un payaso desde afuera.

-Le doy vueltas a lo que dijeron hace un rato.

-Te vamos a ayudar.

Giraron la caja sobre su eje.

-¿Qué hacen?  
-Te ayudamos a darle vueltas.  
-Graciosos.  
-¿La respuesta?  
-...  
-¿Es importante el circo para ti?  
-Por supuesto.  
-¿A qué se parece?  
-A un viaje. Un viaje al centro de algo. Al centro de todo.  
-Bien.  
-Astuto.  
-Brillante.  
-Este tipo es un genio.  
-Un poeta.  
Nuevamente se mofaban.  
-Si fuera un viaje al centro, al centro de qué.  
-No sé. Es como si estuviera en una espiral y cada vez fuera más profunda la vuelta que doy. Me acerco y al mismo tiempo estoy confuso.  
-Entonces, y siguiendo con la forma tan personal y egoísta con que tomas todo, si ese viaje al centro fuera hacia el verdadero meollo de ti mismo, a tu verdadero centro ¿sería muy distinto del centro de otros?  
-Creo que no. Abrigo la esperanza de que sean parecidos.  
-Este es un gurú -dijo uno en tono de comedia.  
-Imagina que estás haciendo lo tuyo en torno a ese centro de que hablas y otros no, otros están perdidos, no saben que existe.  
-¡Ah! -exclamé con vehemencia.  
-No lo digas.  
La caja volvió a caer con estrépito. Una esquina se levantó y pude ver el cielo cuajado de estrellas. Ávidamente rompí el resto para salir. A medio incorporarme, aspirando ansiosamente aire fresco, encontré a los payasos:  
-Amigo, bienvenido al gremio más perseguido, al menos codiciado y peor entendido.  
Estiraron sus manos en son de saludo.

## CAPITULO IX

Éramos seis silenciosos camaradas sentados en torno a una agradable fogata. La complicidad teñía nuestras miradas y pensé que aquel sería el rol más cómodo, donde lo pasaría mejor. Quería saber cuáles eran las tareas del momento.

-Será mejor que guardes las dudas. Ahora, a dormir.

El vientecillo sobre los leños encendidos hacía variar la intensidad de la luz que alargaba divertidamente las sombras de las narices proyectadas en las caras. A veces llegaba a producir rostros esperpénticos. Sólo conocía a dos de ellos. A los otros apenas los había divisado y su deambular poco llamativo, periférico, provocaba en mi la duda de si los había visto siquiera.

Las conjeturas se fueron desordenando a medida que el fuego perdía luminosidad. Las siluetas se volvieron de ceniza y finalmente desaparecieron. Alguien repartió frazadas y nos dormimos al calor de las brasas. Nuevamente los leños encendidos parecieron la vista de una ciudad nocturna, lejana, vista desde la altura. Una ciudad que bordeaba al mar oscuro como boca de lobo. Una ciudad...

-¡Despierta! Hay que trabajar.

Apenas despuntaba el sol. Me puse de pie de un salto, aún creía que era servidor.

-Tranquilo, tranquilo, no es para tanto, compadrito. Ahora debes contarnos tu vida para que juguemos a la polaridad. La máxima aspiración y a la vez el trabajo cotidiano del payaso.

No entendí lo que decía.

-Aparte de reírnos de los demás, tratamos de conseguir el dominio de la emoción contraria a la que nos es más familiar. Por ejemplo: si alguien tiene un trasfondo de tristeza en su vida, deberá arreglárselas para aprender a ser alegre.

-¿Y uno alegre que toma las cosas a la liviana? -pregunté.

-Aprenderá a estar triste. A eso le llamamos el juego de la polaridad que, para nosotros, es muy importante.

-¿Y quieren que les cuente toda mi vida?

-Así es.

Empecé por el recuerdo más antiguo. Olas inmensas de un mar desatado. Mi padre al lado, agua contra rompientes saltando hasta el cielo. Vida de hijo único. Las amistades. La época de escolar. Enemigos. Mientras contaba pasaron muchas horas entre cafés y bocadillos. A ratos, perdía la vista en unos campesinos que labraban la tierra en la lejanía. Seguían a un caballo que arrastraba un arado; llegaban al final del campo y se devolvían. En alguna parte, gritos de hombres y ladridos de perros. Cuando terminé después de horas me eché atrás, satisfecho de haber cumplido la tarea.

-Qué vida tan sin gracia -dijo uno como quién dice y este de qué se ufana. -Apegado a cuanta norma te pusieron por delante. Te afectó hasta la regla del tres.

-Es cierto, una gran aburridera. ¿Cómo has podido aguantar en tu pellejo?

-La cordura te hace mal.

-La tarea está clara: debes aprender a ser un verdadero loco, compadrito.

-¿Un loco? ¿Cómo?

-Cada uno tiene su par, de quién nunca se separa mientras sea payaso. El par es el

espejo, y posee lo que uno debe conseguir. De ahora en adelante te llamaremos Loco para que recuerdes cual es tu tarea: llevar mucha locura a tu vida. Este se llama Cuervo. Puedes imaginar la cantidad de tornillos sueltos que tiene en la cabeza. Cuando él se parezca a ti terminará su tarea, cuando tú seas como él habrás finalizado la tuya. ¿Explico la cuestión? -dijo con entusiasmo el payaso gordo y calvo.

El Cuervo era inquieto. Lo observaba todo atenta y distraídamente al mismo tiempo. El menor ruido acaparaba su interés. No mantenía por mucho rato una conversación y había sufrido escuchando mi historia. Permaneció a ratos de pie, a ratos sentado. Conversaba con el vecino, iba, volvía. Su intranquilidad desesperaba.

-No es tarea fácil la nuestra. Uno está habituado a una manera, y se trata de romperla para no ser como uno es. La única forma de avanzar es ayudarnos de a dos. Sólo así puede haber más seguridad en el cambio. ¿Explico?

Me dieron ganas de orinar y ordenar un par de ideas. Elegí unas matas algo retiradas. Caminé lentamente, pensando que nunca podría ser un loco como pedían y dudaba que ninguno de ellos consiguiera ser de la manera contraria a como eran.

Un grupo de bandurrias emitían sus graznidos roncós en la altura. Sentí la libertad del vuelo como mío. De alguna manera, era yo quien me trasladaba con liviandad por los aires. Ser payaso, mi nueva casa, los desafíos que venían o el haber contado mi vida habían liberado mi pecho y abierto el futuro.

-¿Captas cómo son las cosas aquí, compadre? -dijo un payaso. -Más o menos. ¿Todos parten por donde mismo? ; -Ahí vamos de nuevo. -Era primera vez que escuchaba hablar al Cuervo. -Piensas que eres especial. Sólo a ti había que meter en la jaula de los principiantes -se dio vuelta hacia los otros payasos. -Sólo a él hay que transformarlo en mono, hacerlo domador. El Loco es distinto, amigos, diferente no sólo de nosotros, sino de los que han venido y de los que vendrán. Aquí nadie es distinto. Nadie. Menos tú.

-Está bien. Es porque pensé que habían querido raptarme.

-¡Para qué! Te subías sólo a la caravana. En el carro oscuro aprendes que el mundo no es como lo piensas, que puede ser de distintas maneras según tu cabeza lo vaya ordenando. Después sales afuera como lo que eres, un animal. Luego el domador te enseña a ascender por el control. Allí podrías llegar a creer que eres imprescindible, cosa peligrosa en tu caso. El siguiente estado te acerca a la verdad, eres el último y estás al servicio de todos. Si comprendes llegas donde nosotros, compadrito. Ese es el camino.

-¿Y por encima?

-Se miraron. No querían responder o no sabían. El flaco que trataba de ser alegre retomó la palabra.

-Por encima, pura leyenda compadre. Algún día seremos malabaristas. Uno ve que tiran pelotas, palitroques, cualquier cosa hacia arriba. Dicen, y aquí viene el dicen que no hemos podido comprobar, que uno tiene dominio cuando lanza objetos que no vuelven jamás, no caen nunca, desaparecen en la altura. Cuando está conseguido el puente con otro mundo.

-¡No vengas con cuentos, eso no es razonable! -dijo enojado.

-¿Ha pensado, compadre, qué cosa hay en este circo que sea razonable? ¿Imaginé alguna vez que andaría haciendo el ridículo vestido de mono?

-¿O que le haría cariño en la cabeza a los tigres mientras ronronean como locomotora? ¿O qué sería experto en limpieza de cacas de elefantes? ¿Explico la cuestión?

-Compadre, si está aquí es porque los imposibles se están yendo a la mierda. Hablamos de los malabaristas y ni le cuento lo que pasa con los trapevistas. Ya no son objetos los que tiran para el otro lado. Ellos mismos se trasladan hacia allá en medio de la inestabilidad total.

-Te contamos que has llegado a un estado donde todo es distinto. Acá debemos descubrir, actuar en grupo, transmitirnos lo que vayamos conociendo. No hay profes que enseñen. Hay que arrebatarse el conocimiento.

-Nos rascamos con nuestras propias uñas.

-¿Nadie vigila? -pregunté.

-Nadie.

-Qué se supone que debemos aprender.

-No tenemos idea.

-Somos huérfanos. Podrás entender la linda tarea que tenemos por delante. ¿Explico?

Estábamos a la deriva, y por lo tanto con posibilidades de zozobrar.

El atardecer vendría pronto. Había sido un día caluroso al mediodía, luminoso, de colores brillantes. Ahora comenzaba a refrescar con rapidez. Aproveché de sondear a mi compañero.

-¿Hace cuánto que estás en el circo?

-Poco más que tú -guardó silencio, miraba con desconfianza. Después de un rato, y como yo permaneciera callado, dijo: -Estaba sin par. Veremos si eres una yunta digna. ¿Sabes lo que se dice de ti?

Levanté los hombros en señal de desconocimiento.

-Casi nada, no te creas. Piensan que eres engañador, y en verdad, tu cara mueve a equivocaciones. Pareces loco, y sin embargo vives apegado a las reglas. Yo tengo presencia de cuerdo y toda la vida me lo he llevado haciendo cagadas. Nunca he durado más de tres meses en una misma parte. Me aburro, necesito acción, movimiento. Por primera vez he permanecido tanto tiempo en un lugar. Debe ser porque nos movemos en el mundo y porque lo que se aprende parece hecho a mi medida.

-Te falta mucho -aventuré.

-¿Para qué?

-Para ser cuerdo.

-¿Y parecerme a ti? Ningún interés tengo. ¿Para qué? Me gusta ser como soy.

-Debemos cambiar, dicen, es nuestro trabajo.

-Eres el señor "debemos". Para ti hay que hacer las cosas porque hay que hacerlas. A mí me da lo mismo. Siempre me ha dado lo mismo. Por eso vivo en problemas. Aquí han sabido pararme -en su hablar compulsivo, se dio un tiempo para ordenar las ideas. -Estos no sueltan las cosas así no más. Hay un secreto y quiero conocerlo. Por eso estoy aquí. Te van mostrando el pastel de a poco. Un pastel grande. Si no es así, están blufando, ¡uf! qué bien hecho el engaño. Creo que se guardan más de algo.

-¿Los payasos?

-No, son confiables. Los otros, Lunero, los trapevistas.

-¿Cuántos son? -nunca me había parado a pensar en su número.

-Dos mujeres y un hombre que no se aparecen nunca.

-¿Qué hacías afuera del circo?

-¿Qué afuera? Afuera no existe. Si quieres ir en el camino el circo es todo. Mi pasado quedó atrás, realmente atrás. Esa es la gracia. Es lo que me agrada. Era terrible, era espantoso. No me gustaba mi vida. Castellano, profesor de castellano. ¿Por qué preguntas? De qué te sirve. ¿Tienes problemas con los verbos, con la ortografía? Viejito, aquí no sirve de nada lo que has hecho afuera. Aquí somos seres humanos. ¿Entiendes?

-Uno de los servidores, experto en pasar la escoba, es ingeniero.

-¿Y qué si hubiera sido pordiosero? No entiendes nada de nada. ¿Cómo llegaste? ¿Te saltaste los cursos? ¿Para qué fuiste animal? ¿Sabes lo que hacía uno de los malabaristas, hace años, por supuesto? Era un borracho que se instalaba a la salida de las iglesias y estiraba la mano para que los piadosos, ja, los piadosos, los que venían, ja, santificados, le tiraran una moneda chica, la más pequeña, la que sobra. El las juntaba y se iba a la cantina de la esquina a comprar un trago. Vino del peor, vino de cuarta. Vino que ni con toda tu porquería de profesión, ¿qué eras?...

-Periodista.

-...ni con toda tu estúpida profesión te atreverías a tomar. Y ahora malabarista. ¿Qué me dices? Ahora con humor para reírse de si mismo, de su pasado y de todos los borrachos. Con el derecho que le da ser malabarista. Y no tu porquería de profesión. Periodista. ¿Te gusta el título, ah?

-Me da lo mismo.

-A pesar de que lo niegas, te gusta. Se nota. Uno te pregunta y contestas con voz de barítono "periodista". Y subes las cejas, como si fueras más alto que el otro. Como si cuando dices "periodista" fueras creciendo.

Afortunadamente nos llamaron. Me tenía mareado, no paraba de hablar ni de expresarse mal de todo el mundo. Ser "el loco" era una vara alta, teniendo un compañero como aquel.

-Camaradas, colegas, amigos, ahora empieza la aventura -dijo el mismo que las otras veces había llevado las reuniones. -Por fin estamos completos. Sería bueno que nos presentáramos al Loco. Yo soy el Abúlico y mi compañero, el Apasionado. Entenderá que yo mismo lo presento porque es más lento que una marmota.

-De abúlico tienes poco -dije.

-Tanto como tú de loco. Mejor escucha y no te hagas el vivo.

-Yo soy el Alegre. Ni te cuento que tipo de vida he tenido. Aunque ya me conoces, compadrito. Pero podrás saber que...

-¡Calla! Antes de que comiences con lágrimas de cocodrilo -el Abúlico.

-Nadie es capaz de ponerse en mi lugar. Estoy contento, feliz de la vida -replicó el Alegre- aunque lo más suave que me ha pasado es la vez que se me cayó un elefante sobre la cabeza.

-A mí también me conoces. Soy el Triste y parece que mi tarea no es saber lo que es la pena sino alegrar la vida de mí compañero, ¿explico la cuestión?

-Entonces estamos el Alegre y el Triste, el Apasionado y el Abúlico, el Cuerdo y ahora el Loco. Estamos hechos. Quedamos en paz, se acabó. -Sacó tímidamente el habla el Apasionado.

-Ahora el colega querrá preguntar qué profesión tienen, cuánto calzan, qué hicieron desde

niños, quién fue su mejor amigo, cómo se ganaban la vida antes de entrar al circo, dónde fueron de vacaciones la última vez que tuvieron vacaciones, dónde compran la ropa, cuánto calzan, ya lo dije...

-Cállate Cuerdo. Decía que ahora comienza la empresa. Ahora que estamos completos por fin van a pasar cosas en el circo -el Abúlico.

-Cuentan las malas lenguas que hay enredos -el Triste.

-Inestabilidad, por decir lo menos -el Abúlico.

-¿Qué me quieren decir?

-Hasta aquí la cosa va fácil. A uno le enseñan. Hay que abrir los ojos, nada más. Hay quienes prefieren el carro oscuro y otros ser domadores, aunque la idea es ir siempre al escalón siguiente -dijo el Abúlico.

-Esto es terrible -dijo el Alegre con los ojos fijos en el suelo. -¿Por qué mejor no nos enseñan y se acaba el asunto; quedamos en paz como quiere el Apasionado?

-Deberíamos meternos en el camión de los trapezistas, agarrar los del cuello y decirles que suelten el secreto. A la mujer, a la NulNul esa, hay que asustarla -nuevamente el Cuerdo con ánimo agresivo.

-¿Asustarla? ¡Ja! Me cago de susto de enfrentarme a un trapezista. ¡Oye! No son chiste. El que llegó a trapezista tiene poderes, por algo está ahí. Cuidate de Nul Nul, con una mirada, mata, -el Triste, con cara enrojecida por el entusiasmo o el enojo. -¡Este habla por hablar! Hay que callarlo y que siga la reunión. Perdemos tiempo.

-Está claro que debemos investigar, pero como no sabemos qué hacer, hay que ir con cuidado -dijo el Abúlico bajando tanto el tono de voz que tuvimos que pegarnos a él para escuchar.

-¿Por qué tanto recelo? -el Apasionado.

-Cuentan que por donde se entra es por la caja negra, y se puede salir como payaso -el Abúlico. -Por lo tanto, pies de plomo. Que no se note siquiera que nos reunimos -cada uno tomó un objeto de un saco de harina y con un gesto ceremonioso me los fueron poniendo para formar mi disfraz- Vinimos hasta acá para hacer tu ingreso a nuestra cofradía. Ya tienes el nombre, ahora la ceremonia.

-Te pinto la cara de blanco para que tengas cara de nada -dijo el Abúlico, mientras llenaba de crema mi rostro.

-Marco tu sonrisa eterna de payaso en medio de los grandes labios rojos. Recuerda que siempre debes estar sonriente, porque eso es lo que se espera de ti -el Triste.

-Te regalo estos zapatos de setenta centímetros para que sean como en el cuento, zapatos de siete leguas, pero también para que cuando camines te des cuenta que dar un paso cuesta -el Cuerdo.

-Esta media con un par de hebras de lana roja a cada lado servirá para simular calva, y los flecos serán pelos colorinches sobre tus orejas. Nadie creará que tienes sesos en la cabeza. Es la mejor manera de cuidarlos -el Alegre.

-Estos pantalones, hechos con parches de todas las épocas y todos los pantalones. Para que recuerdes que siempre vivimos de prestado -el Apasionado.

El Abúlico sacó un espejo. Era un verdadero payaso. No reconocía ningún rasgo propio.

La imagen era la de alguien sin edad definida ni pasado. Ninguna sociedad reclamaría nuestra presencia y nadie adivinaría mi nombre.

-Partiremos de dos en dos. Cuando lleguemos al campamento nos dejamos ver como si nada estuviera pasando. Déjate el disfraz. Es bueno que se enteren que eres uno de los nuestros -dijo el Abúlico en tono de secreta complicidad. Aquello me gustó, era aventura. Fuimos los primeros en emprender viaje.

-Cuerdo ¿cómo es que estamos tan lejos del campamento si me encerraron cuando estábamos en él?

-Duermes como lirón y pesas como caballo.

Nos internamos por un trigal. Primero partimos lentos, porque la tierra era irregular bajo nuestros pies y no veíamos donde pisábamos. El oro de las varas se había oscurecido con la puesta de sol. Las puntas de las espigas picaban los brazos y las manos, y se metían por nuestros chalecos. Me saqué los zapatos de setenta centímetros después de dar dos veces en el suelo.

-¡Espera!

-¡Apúrate! No estoy para pasear niños.

-Eres tan buen amigo. ¡Mierda que pinchan estas cosas!

El cielo del crepúsculo todavía estaba de color turquesa y el lucero de la tarde era lo único colgante del cielo, íbamos derecho hacia él. A nuestras espaldas aparecieron perros azuzados por voces que gritaban en la lejanía:

-¡Alcánzalos Capitán!

-¡Muérdeles el culo!

-¡A quien se le ocurre pasar por el trigo!

-¡Huevones de ciudad!

Emprendimos la carrera. Cuando salimos del lugar los perros habían perdido la pista y los hombres se detuvieron. Escuchamos gritos, pero lo que decían ya no era entendible. La carpa grande, las jaulas de los animales, la gente, aparecieron de pronto. Llegaba a casa como payaso, un peldaño más. El domador estaba apoyado contra el camión y preparaba un nudo en una cuerda. Quién diría que en ese porte tan escueto se escondía la fuerza necesaria para dominar a cuanto animal se le pusiera por delante. La carpa aparecía tan imponente como la primera noche en que la vi. Alta y bella, protectora por dentro e inquietante en su exterior. Un par de ayudantes servidores lavaba ropa. No había encontrado en toda la vida mejor gente que ésa.

## CAPITULO X

Había terminado el día que haría historia en mi vida. Después de mucho entender y no entender era un payaso. Aquel estado en que el signo era la libertad caótica, mareadora, casi peligrosa: libertad al fin y al cabo. Nada había más inseguro que estar dispuesto a asumir aquel rol. Nada más tentador tampoco. Acostado, cerré los ojos e irrumpieron las imágenes. Mi bizarra indumentaria de payaso fue el último recuerdo de aquel día.

El tiempo pasó rápido sin confirmar las sospechas del Abúlico. Lo extraño era que permanecíamos en aquel lugar a media hora de un pequeño pueblo, con la carpa armada y sin espectáculos. Al comienzo, los campesinos se habían acercado con curiosidad. Preguntaban cuándo comenzaríamos a dar funciones. Contestábamos con evasivas porque nadie sabía qué pasaba. Luego, la única atracción fueron los animales. Por último, ya nadie nos visitó.

Mi preparación como payaso avanzaba. Tímido en el rol, no soltaba patadas a los servidores porque sí, como hacían mis compañeros. Ni me paraba a decir tonterías mientras la gente almorzaba. Ensayaba números para una presentación cuya posibilidad de efectuarse se diluía en el futuro. Hacía malabarismos trágicos, tiraba pelotas al aire que caían en mi cabeza, caminaba un paso por cuerdas que estaban a treinta centímetros del piso y me iba al suelo.

Ensayaba voces distintas a las habituales. Todo por aprender de qué se trataba aquello de ser payaso en un circo como ése. Un día se lo comenté al Cuerdo:

-No logro entender qué debemos hacer.

-Te lo dijimos: estamos metidos y no sabemos en qué.

-¿No es hacer el ridículo para que otros estén contentos? -insistí.

-Ninguna de las estupideces que se ven desde afuera importan. No pregunté más. Me sobrevino una mezcla de desamparo con un desinterés infinito. El Abúlico lo notó y me encaró:

-Hay algo en que sí debes avanzar y te daremos una ayuda por la noche.

La oscuridad nocturna estuvo cargada por ráfagas de viento caliente. Se avecinaba tormenta. Después de la comida cada habitante del circo se fue a los dormitorios protegiéndose de las inclemencias del tiempo. Nosotros salimos del campamento hacia el campo. Conversamos bajo un frondoso árbol que mecía sus ramas cada vez con más insistencia.

-Hay algo que debes saber, Loco. Es acerca de la historia que contaste -hablaba el Abúlico, con voz grave.

-De aquella tontera de tanta lluvia en un solo lugar -dijo el Cuerdo, ácido como siempre.

-La tengo olvidada -expresé esperando que me dejaran tranquilo.

-El cuentito aguanta una vuelta de tuerca -retomó el Abúlico.

-¿A quién se le ocurre andar viendo lluvias que no terminan nunca? -el Cuerdo.

-¿Te molesta acaso que alguien haga uso de la imaginación que tú no tienes?

-¡Antes de la pelea, venga el cuento! -el Abúlico imponía su autoridad.

Conté una vez más la historia. Visualicé hechos que no había comentado anteriormente. La aparición de una copa de champaña llena a medias que permaneció en el tiempo, por ejemplo. El día de la boda frustrada, José la había dejado sobre el piano, un piano negro y lustroso de teclas amarillentas, en la gran sala.

-Ahí quedó la copa. No sé por cuánto tiempo, años. Porque nunca más se abrió la sala. María ajustó las cadenas con un candado y extravió las llaves, las quiso perder, o nadie se las pidió. Sólo a la segunda vuelta de José, cuando la lluvia terminó y la casa volvió a airearse, la encontraron. María abrió la puerta doble, mientras Alfonsina la nueva observaba. Las invadió una bocanada de aire pesado y doliente que no las dejó pasar por un buen rato. "Ya no es tiempo de sustos, niña", dijo la vieja. Entraron decididas a abrir las ventanas. El olor a lágrimas se esparció por la habitación hasta salir afuera. Sé que es una interpretación de algo que nunca me contaron, donde utilicé lo poco que dijo Lunero.

-¿Piensas que tu vida es única? -preguntó el Abúllico- ¿Es decir, que tiene unidad?

-Así es. Si no, sería un esquizofrénico.

-Todos lo somos. Cuando nos levantamos parecemos uno distinto que al medio día. Cuando estamos hambrientos, diferentes a cuando nos saciamos. Recuerda un momento de enojo. Habrías sido capaz de apretarle el cuello a alguien, ahora pareces una blanca paloma. Son las emociones las que nos van dando identidad. Y hablan de emociones, en tu cuento es indudable que se repite la melancolía. Con la Alfonsina, en la vida apartada del José joven, la relación de la madre y el hijo, los viejos que mueren.

-Hasta aquí llega la tristeza.

-La desesperanza.

-Y mucho idealismo. Por eso lo pasas mal. No coincide la vida que quieres con la que te toca vivir.

-El circo es un nuevo ideal que te refugia de la dureza del día a día.

-Eres una combinación de melancolía, de tristeza, de idealismo y problemas para levantarte por las mañanas. Es la vuelta de tuerca que tienes que dar. Esas emociones permiten el cuento de la lluvia y no sé qué otras cachimbas. Ahora a olvidar la fábula...

Sin decir más, partieron en direcciones distintas. Seguí al Abúllico con tozudez.

-¡Oye! Esto no puede quedar así. ¡Explica!

-No hay tiempo. Vienen cambios y no podemos quedarnos conversando.

-Tiran cosas sin fundamento, sin responsabilidad. Sólo para dejarme con la duda.

Dábam vuelta a la carpa. Él iba rápido, casi corriendo y yo tras suyo.

-Mucha importancia.

-¿Qué?

-Te sientes muy importante, eso es. Estás acostumbrado a que te escuchen. Quieres que nos ocupemos de tus pelotudeces, de tus penas, y de tus callos. Que te demos tiempo. Además exiges explicaciones como si tuvieras algún derecho.

-No pedí que hablaran de mí.

Giró y entró a la carpa, mientras yo quedaba enfrente de Lunero. Me causó sorpresa porque en muchos días no lo habíamos visto. Aquello había aumentado nuestras conjeturas y suposiciones. Hasta decíamos que había partido porque el circo no tenía futuro y buscaba otros rumbos para nosotros o para él. Pero ahí estaba, sonriente, con una cara que indicaba lo contrario a una crisis.

-¿Cómo estás?

-Bien.

-¿Detrás de qué andas?

- Del Abúlico

-Parece que huía, lo vi urgido, como si lo molestaras -sonrió irónico.

-Sólo exigía que terminara lo que había comenzado.

-Y qué era aquello tan importante.

-Un secreto.

Por la noche me arrepentiría. El Cuerdo dijo: -Cómo se te ocurre hablar de cosas ocultas. El Triste: -Mientras no esté claro el terreno que pisamos no hay que ser tan lengua suelta; la misma llegada de Lunero es sospechosa. El Apasionado: -Ahora más que nunca hay que estar alertas, no sea que terminemos incomodados.

Eso por la noche. En el momento doblé también a la derecha y entré a la carpa vacía y circular. La lona naranja filtraba los colores del sol y la tierra. Estaban suspendidos los aplausos de otras épocas, la risa de la gente, las exclamaciones de admiración frente al riesgo. Era la melancolía que habían descubierto. La dulce y triste languidez del recuerdo. ¿Siempre había pensado que en el tiempo ido estaba la felicidad que nunca volvería a alcanzar?

Siendo payaso obtenía autonomía y alejaba la inocencia. Ganaba aventura y perdía seguridad. El presente se manifestaba de pronto, sin anuncio y el tiempo de la nostalgia no tenía cabida. Por la noche diríamos también que era sospechoso que los trapevistas y malabaristas desaparecieran por semanas enteras. La aparición de Pedro-Lunero no indicaba que iban a cambiar las cosas. Igual nos sentíamos a la deriva, mientras no hubiera una explicación convincente. Y dudábamos que alguien quisiera contarnos qué estaba pasando. Se había perdido el orden. Nadie hacía siquiera sus prácticas habituales.

-Para qué agotarse -había dicho un servidor- si no hay funciones.

El domador planteaba que estábamos parados porque iban a vender o comprar animales. Los sirvientes decían que muchas cosas necesitaban arreglo y renovación, que tal vez el motivo del estancamiento era la espera de cotizaciones. Nosotros pensábamos que se preparaba algo grande. Después de aquel día Lunero volvió a desaparecer.

Aquello era el caos y exigió un plan maestro y una importante decisión. Había que arengar a las masas, es decir, llegar a un acuerdo y tomar una acción en conjunto. Las masas no eran otra cosa que el resto del circo y los que estábamos despiertos, los que las moveríamos, nosotros, los payasos. Demasiada autosuficiencia y confianza en nuestras posibilidades. No me convencía.

-Tal vez eso sea el uso de nuestra libertad.

-Claro. Dejar la cagada puede ser el dominio del payaso. No sé cómo vamos a llegar a malabaristas por ese camino. Creo que es una locura -dije.

-El Loco temiendo a la libertad. ¿Cómo podría ser de otra forma? Anímate, es la única manera que alcances a tener nombre.

-No conduce a nada -contesté.

-Temeroso.

-Insensible contigo mismo.

-Despatriado.

-Si hicieras honor a tu apodo, estarías promoviendo la revolución, no deteniéndola.

Ninguno estaba muy convencido en el fondo, pero había que salir de la inercia. Al día siguiente dimos comienzo al plan. Era simple, conversar con todo el mundo, sondear el ánimo en que estaba la gente y meter la idea de que había que hacer algo, y sobre todo que algunos tenía las cosas claras: nosotros. Era descabellado. En un lugar así era equivalente a proclamarse emperador, y terminó pareciéndome una posibilidad graciosa. Sólo que aquella misma noche me encontré con Nul Nul, la trapecista. Nul Nul era hermosa, inquietante. Más que sensual, enigmática como todos los trapecistas, más que todos ellos. Tal vez su misterio venía aún antes de entrar en el circo. Mirada inteligente, ojos sagaces. Parecía una pantera cuando se movía. Propiciaba la cercanía y expulsaba lejos al mismo tiempo. Tenía sonrisa encantadora y uñas largas como garras. También piernas deliciosas que cubría con ligeros vestidos hasta medio muslo. Era un fruto prohibido. En esos días había desaparecido junto con los demás de su especie.

Por eso aquella noche me sorprendió ver a Nul Nul entrando en su carro. ¿Por qué volvía? En vez de llamar a los otros, preferí hacer guardia. ¿Cómo actuaría si fuera ya el Loco? Golpearía a la puerta y exigiría una explicación de aquello. ¿De qué? Del abandono. Más que eso. Que contara qué debíamos hacer los payasos. Alguna vez ella tuvo que estar en la situación nuestra. ¿En cuánto tiempo dio con la clave? No era tan loco todavía como para arremeter y reclamar ser atendido remeciendo la puerta roja de metal. Esperé poco. La puerta se abrió de par en par y quedamos uno frente al otro.

-¿Qué hay que hacer? -sorprendido solté esas estúpidas palabras.

-¿Para qué? -miró sonriente.

-Para dejar de ser payaso.

-Tienes que ser payaso, no huir de la condición. ¿Por qué deseas salir de ahí?

-Es incómodo, ahora que el circo se acaba.

Las palabras me salían débiles, agudas, exánimes.

-¿Quién dijo tal barbaridad? -abrió los hermosos ojos verdes.

- No hay orden ni gobierno y ustedes se van.

-El circo nunca terminará. Piensa lo siguiente: con nuestra ausencia los más beneficiados son los payasos.

-Entonces, vuelvo a la pregunta. ¿Qué se supone que tenemos que hacer?

-Mostrarle al mundo que no ve la realidad tal como es. En el escenario vas caminando por una calle imaginaria y de pronto te lanzan un balde que parece que tiene agua, te sorprendes junto con el público pero resulta que tiran aserrín. Tomas el mismo balde y lo vacías en la cabeza de quien te llenó de inmundicia y cuando todos piensan que tu compañero quedará con virutas de madera, le cae agua. Todos ríen, y lo que has hecho es demostrarles que la realidad puede ser distinta. Eso ya es bastante, aunque sólo una parte de la tarea. La otra corre por cuenta de ustedes.

-Quedo como antes de la conversación.

-El payaso va por donde va la historia y la historia va por las multitudes. El payaso tiene una doble condición, acude donde están los grupos, aunque permanece solo en la tarea. Ayuda a los demás a que entiendan que las cosas pueden ser diferentes.

-Tienes hermosos ojos.

-Lo sé.

. . .

Desperté a mis compañeros. Nos juntamos afuera de la carpa y relaté la conversación con Nul Nul, quien se fue del campamento en el mismo momento de la despedida. Llevaba libros y apuntes bajo el brazo.

-La mina te embolinó la perdiz -dijo el Abúlico que no se podía estar quieto. Miraba sus uñas restando importancia a mi excitación. -Dio pistas muy vagas. Estamos donde mismo. ¿De qué sirve lo que dijo?

-Se rió de ti, quedaste como estúpido -el Cuerdo ponía el broche de oro.

-Me pareció una ayuda sincera.

-Entonces qué sigue -preguntó el Abúlico.

-Ser payasos -contesté menos convencido.

-Como si aquello fuera tan fácil. Ni circo hay siquiera.

-Pongámonos a practicar y entender cómo se le demuestra a la gente que lo que ven es sólo una parte y que las cosas podrían ser muy distintas.

-Hacer reír con este ánimo... -el Alegre miraba el suelo, desesperanzado.

-¡Traigo noticias frescas y lo único que hacen es criticar! -protesté indignado.

-Tendrías que haber agarrado a la mina como un loco de verdad, y exigirle más claridad.

El Abúlico sellaba la charla.

No sabíamos por donde seguir y los días se iban rápido. La revolución no me entusiasmaba y creía en lo que Nul Nul había dicho. Debíamos aprovechar la calma. ¿Cómo? Siendo payaso. En mi caso significaba ser loco. ¿Qué hace un loco? Transgrede las reglas y hace cosas que los cuerdos no se atreverían a hacer. Había una norma que, salvo los trapezistas y los malabaristas, nadie pasaba a llevar: no se podía abandonar el lugar de campamento. Era fácil tomar la costumbre de permanecer entre la gente de la farándula. Lo de afuera había perdido el encanto; el refugio y la compañía de los circenses era suficiente. Era nuestro mundo. Un loco podía salir de allí, echarse la ley al bolsillo e irse. A dónde. Por lo menos hasta la ciudad, una vuelta simple. Ida y regreso. ¿Con qué me encontraría? Apropiándome de la idea de la demencia, partí al rayar el alba. Cada tanto miraba atrás para ver cómo la carpa y el campamento empequeñecían. Intuía que las cosas ya no serían iguales. Cada vez que había partido, dejaba algo que nunca había podido recuperar.

Nul Nul marcó el camino con pistas. "Hay que hacer lo que hay que hacer". "Mi horizonte es ser payaso", iba repitiendo para convencerme. Tenía que atreverme a ser. Imaginar y actuar. ¿Cuál había sido el personaje de Nul Nul como payaso? ¿Cómo consiguió su magnetismo gatuno? ¿De tanto trabajar su otra mitad? ¿Por eso la distancia personal bien manejada y la sensualidad fuera de alcance? Preguntas sin respuesta. Preguntas sin asunto. Caminaba decidido, aunque iba como niño a un pastel que no le correspondía. ¿Dónde podrían estar los que faltaban sino en el pueblo? Urdiendo algo secreto y descabellado. Estaba dispuesto a meter la cabeza en la boca del lobo.

Las pistas continuaban.

-¿Cómo es tu loco? -había preguntado Nul Nul. -Porque los hay maniaco depresivos que se acuestan a dormir para siempre. O los hiperactivos dispuestos a todo.

-Más bien uno de estos.

Que los otros consiguieran sus personajes con revoluciones si deseaban. El sendero se abrió a una carretera por donde transitaban vehículos de vez en cuando. Una camioneta se detuvo un poco más adelante. Corrí.

-Estoy de suerte.

-¿Por qué?

-Sin pedirlo me lleva.

-Hay que ayudar a los semejantes.

Me dejó en la plaza del pueblo. Era temprano, tenía frío. Aún no abrían los negocios y circulaba muy poca gente. Di vueltas. Cinco veces pasé por las mismas esquinas. Lo recorrí en el sentido de las calles que apuntaban al norte y las atravesadas. Me enteré que era un lugar que vivía del vino y además que la gente lo tomaba con profusión. Alguien aseguró que para la vendimia no quedaba hombre en sus cabales. Sabían del circo, se habían aburrido de esperar por las presentaciones. Comparada con las pequeñas casas de barro de un piso, nuestra lona naranja rompía las proporciones de su mundo. Demandé por los trapezistas o los malabaristas, y preguntaron qué era eso.

-¿Qué es un trapezista?

-Alguien que anda en el aire sobre un cable de acero, como a treinta metros de altura.

-¿Cuánto?

-Más o menos por la punta de aquel álamo.

-No embrome. ¡Imposible! El Gallardo sube arriba de los árboles, pero baja luego. Usted dice que caminan. No puede ser.

Ellos obtenían más información que yo.

-¿Dónde hay un Café?

-En las casas. Aunque tomamos más el té.

-No, digo un negocio donde se pueda tomar un café.

-¡Ah! Un restaurante, hable bien, hombre. A la vuelta hay uno donde se junta una de gente. ¿No puede ser vino en vez de café? No van a entender que alguien quiera café. A lo mejor agua de boldo, si está mal del estómago.

-Ya veré qué tomo, me importa que sea un lugar de reunión.

Había comenzado hablando con uno, pero sin saber de dónde se juntaron más de diez personas. El primero siguió teniendo la palabra. Los demás asentían lo que su vecino decía y desaprobaban aquello con lo que él no estaba de acuerdo. Dejé el grupo.

Doblé por donde había dicho el joven. En medio de una larga construcción de un piso que abarcaba a una decena de casas, a mitad de calle, casi sin diferenciarse, estaba la única puerta abierta. Para mi sorpresa un letrero decía "Café naranja" y, más abajo, "Restaurante familiar". El lugar era oscuro, a pesar de que el sol daba directamente en una ventana de visillos de color amarillento. No había parroquianos ni quien atendiera. Las paredes, algo descascaradas, eran de adobe como las casas de todo el pueblo. En el techo se veían las vigas de madera ennegrecidas y sobre ellas un hueco oscuro que no dejaba ver la altura a que

estaba el techo. El piso, de baldosas heladas de color rojo. El lugar tenía mezcla de olores. Comidas, vino. Ajo, cebollas fritas, grasa. Una cantidad de aromas se habían mezclado para producir aquel resultado pastoso y desagradable.

La soledad se acabó pronto. Entraron aquellos con los que había estado conversando. Me seguían curiosos, aunque trataban de no demostrarlo. Parecían trabajadores agrícolas sin ocupación. Un afuerino venía de maravillas para matar el tiempo.

## CAPITULO XI

Buscaba algo que me diera algún dato de los malabaristas o los trapevistas. Hacía tiempo que el circo había dejado de ser una aventura para transformarse en una necesidad, y hoy en el destino. Era exasperante creer que se desmembraba, a pesar de las palabras de Nul Nul.

-¿Detrás de qué anda? -me hablaba el mismo interlocutor de la calle, un joven delgado, de piel blanca y pecas sobre la nariz.

-De unos amigos.

-No es muy bueno para la conversa.

-Ahora no.

-Desde hace un tiempo en este negocio pasan cosas raras, pero como usted no quiere hablar...

-¿Qué cosas?

-No, pues. Mire que ahora yo soy el que no quiere palabrearse con usted.

De una puerta interior entró el cantinero.

-¡Tanta gente para ser de mañana! ¿Haré unos pesitos o nos vamos de puro verso? -saludó socarronamente. Se desplazaba por el mundo con seguridad y dirigía las palabras a mis acompañantes.

-A una visita no hay que dejarla sola -expresó el joven indicándome.

-¿Y cómo se sentirá si le pisan los talones? -Dijo observándome. -Como pollo en corral ajeno. Así debe pensar, estoy como pollo en corral ajeno. ¡Diga, señor, en qué puedo atenderlo!

-Tráigame un café cargado, por favor.

-Si quiere le puedo ofrecer agua de hierbas. Tal vez encuentre té si busco mucho, señor.

-¿No ve? Le dijimos. Aquí no se conoce el café.

-¿Por qué le llama "Café naranja" entonces?

-Es la idea de un afuerino. Le llamo café y no tengo café. Antes era "Almuerzos Pérez". Total, el nombre es cosa de uno. ¿No? Le puse café y le volvería a poner café. Es temprano para ofrecerle otra cosa, al mediodía tenemos porotos de chuparse los bigotes.

-¿Agua de qué puede ser? -pregunté molesto con la prepotencia del hombre.

-Bordo, menta, paico.

-No le interesa tomar nada. Anda detrás de unos amigos. -Dijo el joven.

-Deja que hable él. Para qué le quitas las palabras -ordenó el cantinero.

-Quisiera saber de unos conocidos.

-¿Se le perdieron aquí?

-No sé.

-Poco claro, señor, poco claro. A los amigos no hay que perderlos. ¿Cómo saber si están acá? ¿Cómo saberlo? Está en un aprieto y no le ayudamos. -Dijo después de un rato de silencio.

-No se preocupe. Veo que no me pueden auxiliar.

-Usted no deja, señor. Usted no deja. Quisiéramos apoyar, sobre todo si no nos cuesta dinero, sobre todo. O si no tenemos que andar por ahí gastando el tiempo detrás de sus amigos. Pero

queremos ayudar. A lo mejor los hemos visto.

-Siento que es absurdo haber venido tras ellos. Comienzo a arrepentirme del viaje.

-Así es la vida, señor. Así es la vida. Muchas veces hay cosas que debiéramos hacer. Después uno se echa para atrás, ¿sabe? Pero es tarde, la cagada ya quedó. Usted entiende ¿no? ¿Y cómo se llaman sus camaradas?

-Es lo peor de todo. No les sé el verdadero nombre.

-Perdone que me meta, señor, pero ¿qué clase de amigo es usted que no le sabe el nombre a las amistades? Yo le tengo el apellido a los mil que viven en el pueblo, más unos mil de los campos. Por lo menos, señor. Y eso que yo no soy muy cercano porque dicen que soy interesado, que ando preocupado de cuánto cuestan las cosas y qué va a ganar uno. Y con los amigos no se gana nada, señor, no se gana nada. Se pierde. Por eso no tengo muchos. No tengo. Pero usted los tiene y no les sabe el nombre

-Bueno, tan amigos no son.

-Y entonces a qué preocuparse, señor. En ese caso mejor espere los porotos y descanse. Se va con estómago contento y sin problemas. ¿Hace cuánto que los conoce?

-Ahora que pregunta...

-¡Cómo! Usted es extraño, señor. No les sabe el nombre y además no tiene idea desde cuándo los conoce. Y dice que son amigos, bueno, no tan amigos dijo después. Pero eso lo hizo porque se sintió mal de que yo, que no tengo amigos, le conozca todo a mis conocidos. Por lo menos sé cuando los he visto por primera vez. Alguna idea tengo.

-Es que no sé cuanto tiempo ha pasado.

-¿Ha estado perdido de la vida?

-No de la vida. Me acabo de dar cuenta que no puedo calcular el tiempo. Seguro que los vi por primera vez hace años.

-¿El señor ha tenido la cabeza caliente?

-¿Qué dice?

-Si ha estado afiebrado por mucho tiempo. Las cosas que le pasan a usted sólo les suceden a los que se les ha ido la cabeza, ¿entiende? Los que están, cómo le digo... loquitos. ¿Entiende? Pero usted se ve de lo más cuerdo. -El hombre permaneció en silencio. Me observaba como si fuera un bicho raro. -Entonces pensé que se le habían calentado los sesos. Qué sé yo. Eso dicen ¿sabe? De tanto estar al sol hay gente que pierde noción de todo. Ni saben cómo se llaman. A propósito, cuál es su nombre. Porque eso sí lo sabe ¿no?

-Le cuento cómo me quiero llamar y usted me manda al manicomio.

-No, señor. Aquí no hay casa de locos. Lo llevaría a los carabineros, y que ellos hicieran lo que encuentren conveniente. Pero a usted lo dejo acá, porque no tiene ojos vidriosos ni me ha dicho garabatos. A usted lo dejo acá, por lo menos hasta los porotos. Aunque no creo que sea necesario llevarlo a ninguna parte. ¿Cómo dijo que le gustaría que lo llamaran?

-El Loco.

El hombre, que había permanecido todo el rato de pie se puso nervioso y comenzó a dar vueltas sin asunto. Terminó saliendo por donde había entrado. Los que me habían seguido reían y hacían bromas.

-Don Jacinto estaba como león enjaulado. Usted lo asustó mucho.

-No hice nada. Sólo contesté lo que preguntó.

-¡A quien se le ocurre querer llamarse Loco!

¿Y si el hombre salía por otra puerta para llamar a la policía y terminaba detenido? No volvió con fuerza pública, sino con un plato de porotos en la mano derecha y un mantel en la izquierda. No dijo palabra. Depósito la comida en otra mesa mientras extendía el género, ponía una servilleta y cubiertos. Cuando terminó, dijo:

-Si desea algo más, no lo pida.

Sin ganas, obediente como niño, puse una cuchara humeante de caldo en la boca. No tenía mal sabor. El aroma, de profundidad inquietante, iba a abrir las puertas del pasado pero resistí, no era el momento. Continué por inercia, por gusto y por temor de que aquel Jacinto tuviera más sorpresas junto al mal humor. No apareció. Terminé hasta el último poroto y quedé mirando al vacío. Mis seguidores se habían aburrido de poner atención en lo que sucedía y conversaban entre ellos. Sólo el flaco estaba pendiente.

"¿Qué hago aquí?" pensé. Mejor estaría con mis compañeros. Calculé el precio de lo consumido, dejé un par de billetes sobre la mesa y partí. Estaba despejado y tibio. Caminé sin rumbo.

-¿Le gustaron los porotos? Don Jacinto no tiene competencia en la comida.

Era el flaco que venía solo.

-Sí

Es un hombre raro y buena persona, aunque parezca lo contrario. Usted también se las trae. ¿Cómo no va a tener otro nombre que el Loco?

-No dije que fuera el mío y es historia larga que no le contaré. -Tenía deseos que el joven me dejara solo.

-¿Todos son así en el circo?

-¿Cómo?

-Raros, distintos. Le pregunto porque conocí a otros y se parecen poco a usted.

-¿Cuántos eran y cuándo los vio?

-La primera vez hace un par de meses. La última, ayer por la tarde.

-¡Así que han estado en el pueblo! No me equivocaba después de todo. ¿Dónde?

-Le dije que en el Café Naranja pasaban cosas raras y no quiso escuchar. En sus narices y no vio nada.

-No había nadie.

-Están adentro. Ellos le pusieron Café Naranja. Antes le decíamos el boliche, pero uno de sus compañeros dijo que no podía haber pueblo que no tuviera un Café. "Pero si no tomamos café" -dijo don Jacinto. -"Qué importa -le contestaron- Debe llevar el nombre de café y pongamos un apellido: Naranja, como nuestra carpa". Desde entonces se instalaron ahí. Atienden gente en un patio que hay dentro.

-¿Qué hacen? -pregunté atónito.

-La gente se junta y habla, ellos escuchan. Aparecen los problemas, puros líos. Ellos desenredan.

A nosotros nos gusta, por eso el patio se llena. Trajeron paz al pueblo. Antes nadie se saludaba y la gente pasaba enojada, todos eran enemigos de todos, había peleas. No digo que ahora vivamos en una taza de leche, pero somos más amigos.

Sonrió y quedó a la vista el hueco donde debía estar el colmillo. La mirada picara y la

expresión de la cara me causaban incomodidad. ¿Cuál era su interés en mantener la conversación? ¿Pediría algo o no era más que compartir el secreto que develaba, la necesidad de conversarlo, de sentirse importante con ello? Continuó:

-La cosa parte como a las doce. Por eso don Jacinto le sirvió almuerzo tan temprano. Al público le da hambre y él vende, aunque siempre amenaza con que los va a echar porque pierde plata.

Don Jacinto venía a nuestro encuentro resoplando con sus más de cien kilos de peso a cuesta. Había salido del restaurante al trote.

-¡Señor, señor! ¡Ay qué cansancio! Cómo se le ocurre dejarme tanto dinero. Vengo corriendo a darle el vuelto. No es bueno, no señor, no es bueno que uno se quede con lo que no corresponde. Uno es honrado, así es, uno es honrado y usted debería haber esperado a que yo volviera, pero no me puede dejar dinero de más. Eso me compromete. Tome usted el vuelto. ¿Por qué lo hizo?

-Dejé el dinero que me pareció justo. No le podía esperar. Ahora vuelvo por la gente que se junta en el patio.

-¿Otro más? ¿A cuántos van a llegar? Debería cobrar entrada, eso, cobrar por la entrada. Porque el restaurante tengo que cerrarlo. Da más gasto que otra cosa. Da más gasto. Debería cerrarlo.

Dejamos al hombre hablando en la calle y volvimos. Los amigos del flaco ya no estaban. Lo seguí hasta detrás de la cortina.

Dimos a un pasillo oscuro. Tropecé con una lata vacía y escuché que don Jacinto se quejaba por ello. Abrimos una puerta y la luz apareció de nuevo. Estábamos ante un corredor, después de él, el patio. Había unas cincuenta personas. Un verdadero mosaico. Chicos, grandes; pobres y pudientes; sentados o parados. Estaban silenciosos y miraban una escena que no alcanzaba a ver. La gente estaba absorta. Salí del corredor para adelantarme. Al centro del patio un hombre de edad hablaba delante de todos con una mujer, parecía su señora. Se dirigía a ella de manera sincera y directa, tal vez eso me llamó la atención. Ellos estaban sentados en sillas, enfrentados, mientras el público expectante, lo hacía sobre el empedrado.

El anciano dijo:

-María, el señor me ha dicho que te cuente lo que tengo adentro. Yo no lo haría, sabes que no soy para estas cosas. Me pongo nervioso cuando estamos frente a frente. Soy corto de palabras. Mucho menos miro a los ojos, tú sabes. Desde chico me decían el burro, tú después me dijiste bruto, y después dijiste que sí. -Los concurrentes sonrieron. Nadie quería cortar la magia que vivíamos. -Fue por los espinos para el lado donde ahora está el camino. En ese tiempo era puro potrero.

-No hables de eso, hombre.

-Lo digo no más. Y digo que de ahí en adelante me gustó estar contigo. Lo digo y redigo. Se alcanzaron a levantar unos aplausos.

-Cállate hombre.

-No. No lo pienso hacer. Porque tengo una espinita clavada en el pecho. Una espinita que tú conoces y no conoces.

-¿Será necesario que hablemos ahora?

-Es, porque lo voy a charlar. Por eso, porque soy burro, y porfiado además.

-Eso tienes.

-Porque tengo que hacerlo, porque así lo han dicho los señores. Que si uno se guarda las cosas quedan molestando como espinas en el pecho, y yo tengo una y no quiero tenerla más. Tú sabes lo que me pasa.

-Si hombre, por eso digo que tienes que callar.

-De todas maneras no me quedo tranquilo. A lo mejor sabes todo, pero no sabes todo. Porque soy muy hombre para mis cosas, eso mismo me tiene con la espina que te digo. Sabes que estoy enfermo.

-Sí, hombre.

-Y sabes que me voy a morir -la gente murmuró asombrada.

-Lo sé -la mujer bajó la voz.

-Hemos hablado que no te debe faltar nada, arreglamos las cosas para que así sea. Yo mismo te he dicho que no hay que apenarse porque estas cosas pasan. Y me has visto alto como peral, porque yo mismo digo que los hombres no lloran, y que yo soy muy hombre.

-¿Por qué tienes que ser así y contarlo al viento? La voz de la mujer era débil y teníamos que hacer esfuerzos para escucharla. Las lágrimas le caían suavemente por la cara.

-Porque soy burro. Porque soy burro no te he dicho que por las noches no puedo dormir. Que el dolor es una cosa, el miedo es otra, y tengo mucho miedo. Pienso que no es cierto, no me puedo morir, pero muero. No lo sabes porque me ves entero, casi riendo de lo que pasa. No quiero que sepas la otra parte. Me partiría el alma verte llorando como ahora.

El viejo se quedó en silencio y el peso que tenía guardado adentro se le vino al cuerpo. En pocos segundos parecía más pequeño.

-No sabes lo tranquilo que me siento

Les ayudaron a salir del círculo. Iban abrazados, muy juntos. Casi uno.

-¿Qué haces aquí?

La voz venía sobre mi hombro derecho. Era el susurro de un trapealista. No le había reconocido. Le decíamos Trap, Trape o Trapealista. El problema es que al otro le decíamos también Trap, Trape o Trapealista. Sólo a la mujer trapealista la llamábamos Nul Nul. -¿Qué haces aquí? Eres un tipo tranquilo, un espécimen casero y te has aventurado tan lejos. ¿Te dio fuerzas la conversación con Nul Nul?

-No. Más bien la oscuridad. No saber dónde ir y ver a mis compañeros tan perdidos como yo. El circo sin destino... -miré alrededor, la gente sentada, esperando. -Este espectáculo aumenta la confusión que tengo. ¿No deberíamos estar preparando viajes, ensayando?

-Adentro de la carpa haces una preparación para ti. Aprendes a dominar al animal, descubres las ventajas de servir a otros, haces de payaso, equilibras pelotas, aprendes a caminar en el aire. Si eres listo avanzas, y tú has demostrado serlo. Otros han quedado pegados. Llegan a animales apenas, se van luego. Hay quienes siguen a domadores y quedan ahí. Por lo menos aprenden un oficio. No ascienden, no pasan más allá, nunca descubren de qué se trata lo nuestro. Doman a cuanto insecto, bicho o animal se les pone en sus cabezas. Aprenden algunas leyes, pero manifiestan un profundo desinterés por avanzar. No saben seguir adelante o lo encuentran inútil. Otros son verdaderos faquires, porque con esto de dominar al

animal de afuera, van consiguiendo destrezas con el de adentro, y hay quienes ejercen dominios espectaculares en su cuerpo y su voluntad. Logran estar despiertos tres días seguidos o no comen en una semana. Cuando descubren que el paso siguiente es transformarse en servidores, no les gusta. Lo encuentran inútil. Con los servidores es peor. Caen en el sin sentido con mucha rapidez. Aprenden a sacar brillo de todo cuanto tocan, sin saber para qué. Lo que avanzaron en los pasos anteriores lo utilizan para mantener el orden y la pulcritud. De servidores se transforman en perfectos sirvientes. Pero donde hay más dificultad es con los payasos. Se asfixian con la libertad que tienen. Amanecen cada día vueltos para un lado distinto. Nadie les molesta, nadie les exige. Tampoco se les enseña. Sin embargo, recién allí está la posibilidad de entender el sino del circo. Así que, como ves, hasta ahí todo ha sido preparación del sujeto. Pero el circo no es sólo eso. No es su única actividad, ni su razón de ser.

-¿Y esto sí tiene sentido? ¿La gente diciéndose cosas?

-¿Por qué no? ¿Es malo ayudar a que se comuniquen?

-No.

-¿Ser los propiciadores de esto es perverso?

-No necesariamente. Depende...

-No necesariamente y bajo ningún aspecto. Si les dices que lo que viven no es la realidad, sino una interpretación de ella, los estás favoreciendo, lo sabes desde que entraste. Si les ayudas a darse cuenta que todos sus enredos son interpretación, es bueno. Es muy bueno. Les estás diciendo que sufren por un error en la mirada, y no porque son malos, o porque les quieren hacer daño, o porque son estúpidos. También les damos a conocer que están hechos para un gran destino. Eso sí que es bonito. Un gran destino, y que andan dando palos de ciego porque tienen vueltos los ojos para el lado que no corresponde. Todo es un problema de mirada. ¿Entiendes que no entiendes? Tan mesurado y tan payaso. Deberías despeinarte.

Cuatro jóvenes ocuparon el lugar de la pareja. Uno se distinguía porque usaba ropas anchas, andrajosas y se veía desmejorado con respecto al resto. Otro golpeaba una caña contra su palma izquierda y aunque sonreía tímido como los demás, su mirada era desafiante. El tercero y el cuarto observaban a sus compañeros, dando la espalda al pueblo. Se notaban incómodos. Mantenían la vista en el suelo. Demoraban. Estaban en el lugar para decir algo y no les salía. La gente empezó a gritarles que dejaran el sitio a otros, y ellos insistían. El trapealista les preguntó desde la distancia:

-¿Necesitan hablar?

Se hizo silencio. El harapiento dio un paso. Sin levantar la cabeza dijo:

-Así es, señor. Por eso hemos venido.

-¿Y qué quieren decir?

-Hemos estado viniendo por las tardes. Nos paramos por ahí donde está usted. Nos reíamos de la gente que se atrevía a hablar, eso fue al principio. Después pensamos con los amigos que nosotros teníamos algo que decir. Algo delante de todos.

Una mujer se paró desde el suelo con mucha dificultad. El hombre que la acompañaba la ayudó a erguirse. Le iba diciendo por lo bajo -iEsto no conviene, déjalos que hablen!

-Ustedes son gente de mala calaña. ¡Ladrones, embusteros! -la mujer temblaba de indignación.

-¡Ya pues, señora! -alcanzó a decir alguien en el otro extremo.

-Todos tienen derecho.

La discusión se generalizó.

-¿Para qué sirve esto? -pregunté al trapecista.

-Ignorante. Este no es tu lugar -miraba con atención lo que sucedía. Pasó mucho rato hasta que retomó la palabra con voz sonora. La trifulca se quietó. -¿Ustedes necesitan hablar?

-No estaríamos parados aquí donde nadie nos quiere -nuevamente tomaba la palabra el de los harapos. -Pensamos que es justo hacerlo, señor, más si tenemos urgencia. Siempre nos han dejado afuera, aunque somos de acá igual que todos. Tenemos un problema y sabemos que aquí no se va a solucionar. Nadie nos va a responder y hasta es peligroso que lo digamos dando la cara. Porque usted ve, señor, no nos quieren y más de alguno estaría feliz de que reventáramos.

-No hablemos, mejor. Con la vieja que alega y los otros que la avivan no vamos a sacar nada -dijo el que golpeaba la caña. -¡Nada!

-Mejor, mejor -los dos que habían estado mirando a sus compañeros salieron rápidamente del círculo y se fueron lejos, a las paredes del corredor. El de la vara dudó y fue tras ellos, lentamente. El último permaneció. En su rostro apareció una muestra de dolor, estaba desesperado. No siguió a los otros, sino que alcanzó la puerta que llevaba al restaurante.

Los espectadores quedaron confusos. La mujer aún estaba de pie, sonriente. Me pareció que su actitud había sido ruin, el tímido necesitaba contar algo y no lo había dejado.

El trapecista partió sin mirar atrás. Para mí aquello llegaba hasta allí. Me marché por el boliche que estaba desierto. Llegué al circo por la noche. Sólo con acercarme al lugar recordé el aire asfixiante en que estábamos metidos. Los secretos y el complot para mantenernos vivos parecían niñerías. Había que hacer algo de verdad, que apuntara al centro escurridizo, que estaba a mayor distancia después de aquel viaje. Antes de preguntarles "¡Adivinen a quién vi en el pueblo!", sabía que mirarían con desdén, y tal vez no estaban realmente interesados en descubrir el para qué del circo. ¿Serían éstos los que quedarían en el camino, como había dicho el trapecista? Tal vez yo mismo finalizaba ahí.

Al primero que vi fue al Cuerdo, apoyado contra un fardo de paja. Miró displicente:

-¿Dónde estuviste?

-En el pueblo.

-¿Qué hacías allí?

-Investigaba.

-Nadie se manda solo aquí.

-Nadie manda a nadie.

Se acercaron los demás. En apariencia, ninguno tenía interés por lo que tuviera que decir, aunque permanecían allí. De vez en cuando observaban hacia donde estaba.

-¿Saben con quién estuve?

-Ni idea.

-Dios.

-Un cafetero.

-Mi abuelita.

Envidia. Las cosas salían como las había imaginado, y no como quería.

Dejé el grupo. Había sido un día intenso; ahora desconocía lo que me resultaba familiar. El domador observaba a los leones. ¿Por qué todavía era domador? No sólo porque el circo necesitaba quién se dedicara a enseñar el dominio de los animales. El era de los que estaban aferrados a su enseñanza limitada. La defendía poniendo a la domadura por sobre todo. Despreciaba a los servidores y no entendía por qué los trapezistas estaban en la cúspide del circo. Se había encandilado con el escaso poder que poseía. Era una visión distinta del personaje que alguna vez había sido importante para mí. Ahora, afirmado contra las rejas, a lo mejor obsesionado con dominar totalmente al animal interno, parecía alguien empequeñecido, ciego en su empeño, sin altura de miras. En su momento había sido buen maestro. Sentía el peso y el cariño por aquellos tiempos de ilusiones e inocencia. Mi consabida nostalgia. Mi conocida y casi querida pena por lo que iba quedando en el pasado.

-¿De qué se trata el circo? -pregunté a boca de jarro. Intentaba sorprenderlo.

-Mire que hermoso animal -contestó esquivo. -A pesar de su apariencia dulce, reposada y somnolienta, en el momento en que le dan una oportunidad recupera el salvajismo. ¿Quiere intentar?

-No, gracias.

-Pero usted ha sido domador. ¿Perdió sus habilidades?

-No quisiera probar. Creo que daré una vuelta.

-Que tenga suerte. Un consejo: no se haga el vivo, a nadie le viene bien.

Era de noche. Sentí un súbito mareo, tan fuerte que me sujeté del tronco de un árbol.

-¿Qué pasa?-preguntó el Triste, acercándose.

-El piso se mueve.

-No tiembla...

-Y sin embargo se mueve. Sigue. ¿No sientes nada? -caí al suelo. Cerré los ojos y me aquieté. -¿Estás seguro de que todo ha permanecido quieto?

-Como taza de leche ¿Quieres un vaso de agua?

-No, déjalo. Así como vino se fue.

-Debe ser por el día que tuviste.

-Que a nadie importa.

-A mí sí. No abrí la boca porque el ambiente está pesado. Mientras estabas fuera nos dedicamos a armar la revolución. ¡Lo que nos costó mover a la gente! El Abúlico subió a un cajón, el discurso sería desde la altura. Todo nos jugó en contra: se partieron las tablas y cayó al suelo. Entró en un mutismo rabioso del que nadie pudo sacarlo. El Cuerdo arengó, sin la pasta del Abúlico. Le dijeron que se había equivocado de película, que no tenía idea de lo que estaban hablando. En resumen: para ellos no había crisis. Un desastre. Antes de diez minutos nos quedamos solos mirándonos las caras. El Abúlico, tú sabes lo deslenguado que es, dijo que se mandaba cambiar. Se acordó de ti y dijo que tú, cobarde y todo, habías tomado una decisión. Era el balde de agua fría que remató la jornada. Cuando llegaste él seguía como plomo. Le molestó tu vuelta animosa y con noticias. Ya sabes que se las da de jefe, por eso nadie se atrevió a hacerte preguntas. Cuenta, ¿dónde estuviste, con quiénes?

-Conversé con el trapezista.

-¡Estuviste con un trape!

-No sólo eso. También en una reunión del pueblo. Volviendo a lo que decías, encuentro tan añejo lo que me cuentas del discurso... Recién tuve una extraña conversación con el

domador, vive en un tiempo irreal, trata de ser adolescente a los treintaitantos. -Guardé silencio un rato. -Lo que quería contarles cuando llegué ahora no estoy seguro de poder afirmarlo. Son demasiadas cosas, mejor el silencio.

Puse tanto dramatismo en lo que dije que el Triste, habitualmente positivo, se llenó de pesadumbre. Partió a dormir. Las estrellas estaban lejanas, suspendidas sin asunto sobre nuestras cabezas, como si fueran parte de otro universo, estrellas de una foto o de un cuadro.

. . .

-¡A despertar! El sol está alto y hay mucho que hacer -era el Abúlico que remecía eufórico el camastro. Parecía dispuesto a seguir con sus ideas locas. Cuando estábamos todos despiertos, sentados en la hierba con tazas de café en las manos, dijo:

-¡Ha comenzado el día de la revolución!

El Alegre: -Pero hombre, si ayer nos ha ido pésimo.

El Abúlico -¡Hoy es el día! Ayer sólo ensayábamos.

-Estás loco -dije. -¡Qué sentido tiene lo de la revolución! Es una idea afiebrada.

El Abúlico: -Algo hay que hacer, el circo se acaba. ¡Estamos muertos!

Fue un intento desesperado de nada.

Desapareció de nuestra vista. ¿Qué decir? Cada uno vagó por las cercanías, evitando el contacto de los otros. Para no importunarnos el dueño del lugar había dejado el potrero sin animales por aquel año, y la vegetación crecía en forma natural. Estábamos en medio de la primavera y la holgazanería combinada con los arbustos y el pasto alto, desordenado, aportaban un matiz de angustia. Acostados sobre el suelo o apoyados en algún árbol, de pronto sentimos ruido de gente que se acercaba. Al frente de los servidores, domadores y otros, apareció el Abúlico. A primera vista parecía un grupo entusiasmado con una gran noticia. El Abúlico nos mostraba su capacidad de liderazgo. Los hizo sentarse en ruedo, donde quedamos incluidos. Un sirviente preguntó:

-¿De qué se trata esto de que el circo cambia de propietario? -el Abúlico, siempre tan categórico en sus opiniones, esta vez titubeó. Había traído al público engañado con una noticia explosiva y nosotros éramos testigos de la mentira.

-Bueno... lo que pasa es que el circo no puede seguir como está hoy.

-¿Por qué no? -le respondió alguien.

-¿No se dan cuenta de los cambios que vienen? Hace mucho tiempo -recalcó mucho- que estamos parados en este lugar sin destino.

-Es cierto, y no nos preocupa. Todavía más: no nos debe preocupar. Seguimos haciendo lo que corresponde, mantenemos todo impecable. El domador continúa trabajando con los animales... -dijo un ayudante.

-Sí, sí, sí -defendió el Abúlico. Su cara estaba más encendida que de costumbre y yo pensaba cómo saldría de ésa.

-Parece que los payasos son los que tienen problemas. Flojean el día entero y para entretenerse inventan tonteras -dijo el domador.

-¡Ustedes no se dan cuenta de lo que pasa! -el Abúlico nos miraba para que participáramos.

-Mejor di quién compra el circo, porque no te creemos -el ayudante tomó nuevamente la palabra.

-Bueno... no es tan así -el Abúlíco.

-Sabía que mentías-el ayudante.

El domador fue el primero que partió refunfuñando. Luego algunos servidores. Finalmente el Abúlíco quedó solo, sin saber qué hacer.

-Detrás de qué andas -le dije.

-¿No íbamos a armar una revolución?

-Esa era la idea de tu revolución -remarqué.

-Pero estuvieron de acuerdo.

-De eso hace cuarenta y ocho horas, Abúlíco. Una eternidad.

Hemos inventado un caos que no está en el circo. Por lo menos ahora no lo veo.

-¡Claro! Él no lo ve porque viaja al pueblo. El, el viajante. Este no se puso loco, se volvió idiota -aprovechó de meterse el Cuerdo.

-¡Cállate! La cosa no es contigo. Es con el Abúlíco que persigue algo que no existe más que en su cabeza. Abúlíco, te devuelvo una pregunta que ya me hicieron: ¿De qué se trata el circo?

Miró el piso, el cielo, a la derecha, a la izquierda. Estaba enojado.

-¿A qué viene esa cuestión?

-Es bueno parar y ver qué hacemos acá.

-El circo es donde he estado mucho tiempo -contestó con tono despectivo, haciéndome sentir quién era yo para encararlo.

-No es una respuesta -elegí cuidadosamente las palabras. -Dos cosas importantes me han sucedido en poco tiempo: la conversación con Nul Nul y el viaje al pueblo. Tienes razón en que hay que hacer la revolución, pero no aquí, porque en el circo no pasa nada extraño.

-Te las das de jefe y quieres llamar la atención de los otros -atacó.

-¡Tómalo como quieras!

El altercado cayó sobre el resto como un balde de agua fría. No había más que decir. La reunión se desarmó. El Triste miraba extrañado, cauteloso, con ánimo de complicidad. El Cuerdo se fue con el Abúlíco. El Apasionado y el Alegre permanecían sentados, observando a los que partían y a mí, sin tomar una decisión.

-¿Qué sigue ahora? -preguntó el Triste.

-No tengo idea. Somos los payasos quienes estamos parados frente aun desierto, no el circo. Cualquier cosa que hiciéramos no tendría destino -dije.

...

La tarde de aquel día, el más largo en mucho tiempo, la había pasado ensayando un número en que equilibraba tres pelotas en el aire. Quería acercarme al malabarismo. Repetí cien veces la hazaña., y no tuve la sensación de que uniera el mundo de lo alto y etéreo con lo bajo y terreno. Lejos de perder objetos en las alturas, lo mío fue intentar apenas mantener las tres bolas en el aire. Busqué a mis compañeros para mostrar los logros y enterarme en qué estaba cada uno. Sentados en círculo, cabezas gachas, la cosa se veía grave.

-¿Qué pasa?

El Alegre -Se fue el Abúlico, compadrito.

-¿Qué cosa?

El Triste -Partió, dejó el circo, ¿explico la cuestión?

-Habrá salido a dar una vuelta.

El Apasionado -Se llevó todo.

-Recapacitará.

El Cuerdo -Dijo que no volvería y si dejaba algo, que lo repartiéramos entre nosotros.

-¿Por qué no avisaste antes?

El Cuerdo -¿A ti? Si eres el causante de la tragedia.

-¿Yo?

El Cuerdo -quién otro. Con tu actitud hiciste que se marchara. Hace tiempo venías indisponiéndote con él.

-¿Qué tengo que ver, si el tipo busca en el circo algo que el circo no le puede dar?

El Cuerdo -Haces burradas y no te das cuenta qué provocas con ellas.

El Apasionado -Tranquilos, tranquilos. Lo peor que nos podría pasar sería que ahora nos peleáramos.

El Apasionado tenía razón. Aquello nos dejó en medio de un embrollo. Teñí a rabia y no era con el Cuerdo sino conmigo mismo. Sentía culpa y en el fondo pensaba que, con más tino, tal vez se podría haber solucionado el problema con el Abúlico. Era un buen tipo, con fuerza y don de mando. Tenía rabia porque había pisado mi propio palito. Debía confesar que en el fondo creía que era más que todos ellos. La diferencia eran unas horas en el pueblo. Tal vez era yo quien debía partir.

El sueño de aquella noche no fue tranquilo. Pensé mucho en el Abúlico y en lo que podría estar pasando. Lo imaginé en el descampado, medio muerto de frío. Angustiado igual que yo. No habíamos hecho mucho juntos, pero perdíamos la posibilidad de hacer en el futuro. ¿Quién sabía cuánto debíamos estar todavía de payasos? ¿Años? ¿Una eternidad? ¿Para siempre? Tal vez la falta de uno podía significar que el conjunto perdiera rumbo. El Apasionado era el más perjudicado, quedaba sin compañero y los demás teníamos una punta abierta. No era momento de pensarlo aún, pero luego habría que buscar un nuevo integrante.

Volví la imagen del Abúlico. Con más fuerza mientras más trataba de alejarla. ¿A qué dedicaría ahora su vida? Me costaba verlo en otro circo, había sido tan decididamente defensor del nuestro. Antes de incorporarse, había tenido una pequeña empresa constructora, y ya no venía con él reparar casas, pelear los contratos, apurar a los obreros. No lo imaginaba de ninguna otra manera que organizando revoluciones imposibles e innecesarias, arengándonos, molestando al Apasionado para que se despabilara. En medio de aquel desbarajuste de imágenes concilié el sueño. Su cara se distorsionaba en mi imaginación y le crecía una boca inmensa, era sólo boca de dientes filudos que amenazaban con devorarme. La carpa del circo ya no era naranja sino de un rojo furioso. Después, confusión de triángulos, círculos, cuadrados que danzaban. Luego, nuevamente el Abúlico meciéndose en un columpio colgado de un árbol gigante, el árbol del mundo. El Apasionado y el Triste me despertaron. Podía ser casi el mediodía y tenía la sensación de no haber dormido nada.

El Triste -¡Llegaron visitas: Pedro, los Trape y los malabaristas! ¿Explico?

El Apasionado -Mar, la malabarista, dijo que nos preparáramos. Por fin volvemos a viajar.

El Triste -Le contamos que el Abúlico se había ido, y dijo que con los que partían no había nada que hacer. Cada uno toma sus propias decisiones.

El Apasionado -Todo el circo está en movimiento. Parece que el Abúlico estaba definitivamente equivocado. Esto tiene vida.

El Triste-Te ríes solo.

-Estoy contento -dije.

Empujé la puerta y salí a la luz potente del sol. Había cientos de banderas naranjas puestas al tope de varas de cañas o en ramas de árboles. La gente corría de un lado a otro.

-¿Qué hacemos los payasos en esta fiesta? -pregunté.

-¡Da lo mismo! Lo que importa es el circo -dijo el Alegre que pasaba con una caja. El Triste y el Apasionado partieron a limpiar la pista de la carpa. Por mi parte quise ir a investigar el milagro. Fui tras Mar. Abría la tapa de un libro y la cerraba. Observaba el lomo, lo tocaba. Pasaba los dedos por la contratapa. Giraba las hojas. Carraspeé y golpeé las latas del camión donde estaba apoyada.

-Acércate-dijo.

-Estoy con curiosidad por su aparición. Hace tiempo que no se les ve por acá.

-¡No te hagas el huevón! Sabes exactamente donde estábamos y qué hacíamos. ¿Qué quieres?

-Conversar.

-¿Qué pasa, payaso?

-Su voz era ronca y apagada. El tono acompañaba muy bien a la dureza de las palabras. Iba a ser difícil sacar algo productivo. Hasta entonces no me había dado cuenta que tenía marcados rasgos negroides, aunque de tez blanca como la leche. Las fosas nasales anchas, pómulos salientes, cabello finamente ondulado. Sin embargo, ojos claros y pelo castaño. Una mujer como para acercarse, sólo hasta cuando abría la boca. Su voz y lo que decía levantaban el muro.

-Quiero saber...

-¿Quién no?

-... a qué se debe todo este movimiento.

-Pregúntale a quienes se mueven.

-Tú sabes.

-Será un viaje de esos en que uno no cambia de lugar.

-No entiendo.

-Los viajes no existen. Uno puede cruzar cientos de kilómetros durante días completos, semanas, meses, pero uno sigue siendo el mismo. Es como si los viajes fueran no viajes. Pero éste será un viaje verdadero. No para todos, eso sí, porque los verdaderos viajes resultan para los que están en su momento, aquellos a quienes ha llegado el tiempo. Los otros no captan, no ven, no se dan cuenta en lo que están metidos.

-¿Dónde iremos?

-Tal vez a ninguna parte. Ir o venir es lo de menos. Lo que importa es que haya movimiento.

¿Entiendes? M-O-V-I-M-I-E-N-T-O -moduló cada una de las letras abriendo la boca. -Y ahora quiero seguir viendo este libro.

Pasaron el Alegre y el Apasionado. Arrastraban los pies y había desaparecido la expresión triunfalista de hacía un rato.

-¿Qué pasó?-pregunté.

-Nada, compadre -dijo el Alegre.

-¿Por qué habría de pasar algo? -el Apasionado.

-No acarrear bultos y la cara no es de las mejores...

Sentí que les molestaba mi presencia. Mientras no lo expresaran claramente los seguiría. Ellos eran una buena dupla. Flaco, alto y pálido uno, gordo y corpulento el otro. Ambos cortados anímicamente por la misma tijera. Dependientes, fáciles de llevar, amistosos, nada de complicados. Coincidían en un rasgo levemente depresivo. También por un marcado sentido de lo gregario. Según ellos nunca nos separaríamos, salvo por el Abúlico que echó sus premoniciones al tacho. El Alegre, algo más expresivo; aunque en sus opiniones tendía a mostrar inseguridad, a temer que según pasaran los días las cosas se pusieran complicadas. El Apasionado deseaba que lo dejáramos tranquilo. Insistía en que no inventáramos, que todo estaba bien, y había sido el enemigo más persistente de las revoluciones. Opuesto al Abúlico, pasó al silencio del que se suma a la mayoría. Su felicidad eran el descanso y la vida simple. Era extraño que hubiera enganchado con un circo como éste, movable por naturaleza, intrincado, absorbente y deslumbrante. En él uno podía conseguir grandes cosas, menos tranquilidad. Aceleraban el paso para dejarme atrás. Les dije:

-Algo sucede y no lo quieren contar.

El Alegre -Nada pasa.

-¿Por qué no siguen ayudando a embalar?

El Alegre -No tiene sentido. Nos mandan a acarrear cajas para un lado y después hay que llevarlas de vuelta.

El Alegre -Habían empezado a desarmar la carpa, y ahora de nuevo para arriba.

-Entonces debemos buscar quien explique -dije. El Apasionado -Ya lo hicimos; conversamos con Pedro. ¡No tenemos que contarte todo, compadre!

-¡Ajá! ¡Algo les pasa y tengo razón aunque lo nieguen! Eso que dicen es muy peligroso para el gremio. Nos podemos ir a la cresta si cada uno anda por su lado -dije, molesto.

El Alegre -¿Qué te parece que nos hagan empaquetar el circo entero y que después tengamos que volver todo a donde estaba?

-¡Es un no viaje! Un viaje que no necesita del movimiento en el mundo, pero sí un gran movimiento, como dijo Mar. El Alegre -¿Viste? Apasionado -Tenía razón.

-¿Quién tiene razón de qué? -pregunté. El Alegre -Lunero.

-¿Qué dijo?

El Alegre -Que no te hiciéramos caso. Eres demasiado imaginativo, y quizás que inventarás ahora que las cosas han cambiado y el circo se pone en marcha. No dijo que no fueras de confiar...

-Pero ustedes lo piensan.

El Alegre -... si no que como explicas las cosas a veces no corresponde.

-¡Qué está pasando! Los están poniendo contra mí. ¿No lo ven? El Alegre -Las cosas son más simples, compadre. ¿Dijiste que este es un no viaje? ¡Qué idea! No viaje.

-No lo inventé yo. Lo dijo Mar.

El Alegre -Debe estar tan loca como tú.

El Apasionado -O a lo mejor entendiste lo que tú querías.

## CAPITULO XII

Dejé que se fueran. Les habría dado un puñetazo por estúpidos. A ojos vista nos preparábamos para un no viaje; justo lo que necesitaba el circo. Habíamos hecho recorridos de mentira por miles de kilómetros. Ahora no nos desplazaríamos ni diez centímetros. Era hora de iniciar un viaje por dentro, en el que nos moveríamos como nunca. ¿Cómo se hacía? Había comenzado con el desarmado y armado del campamento. ¿Qué seguía? ¿Por qué Pedro quería predisponer a unos payasos contra otros? O sólo contra mí. La gente corría de un lado a otro. Todos tenían algo que hacer y había alegría en el ambiente. Salí del tráfigo caminando lentamente. Me animó cierto sabor de estar fuera, de saber el secreto. Observé con atención. Cada uno partía con apuro y decisión para hacer cosas que debían volver al punto de partida. ¿Cómo no se daban cuenta? ¿O sabían del juego y por eso les veía contentos? A pesar de la distancia, me contagié. Sin hacer nada más que mirar, estaba acelerado. Debía entender rápido esto de hacer sin hacer, sino quedaría abajo de algo. El tiempo estaba comprimido. En poco había que hacer mucho, sin importar los resultados. La cosa era trabajar, para el domador, que se acercó sonriente, una fiesta.

-¡Por fin! ¡Por fin! Dominar al animal. Da lo mismo lo que hagamos, lo importante es estar atentos a lo que hacemos.

-Usted cambia de opinión -le dije. -Hace unos días lo único que le interesaban eran sus gatitos. Los miraba con nostalgia y decía que le parecía de lo último que los trapes estuvieran por encima. Ni a los servidores los tragaba.

-¿Se ha dado cuenta cuan sucio está el cuello de su camisa?

-¿Qué tiene que ver?

-Que usted no atiende. Imagina órdenes extrañas, busca grandes razones y no se preocupa de lo mínimo.

-No estoy de acuerdo.

-Es problema suyo. Tengo que llevar esta caja hasta el fondo, contar los pasos y desandarlos. Permiso. Sus zapatos están sin lustre y los pantalones algo sueltos. Se ve desmejorado -alcancé a escuchar mientras el hombre caminaba.

Pedro venía directo a mí.

-¿Qué le parecen los preparativos?

-¿Para qué?

-Nos vamos de viaje y hay que tener todo a punto -dijo.

-¿Qué viaje?

-El que comienza ahora.

-¿Dónde?

-Usted era más bien dócil y ahora pregunta agresivo. ¿Qué pasa? -Pedro tenía un leve brillo de picardía en la mirada.

-Tal vez esté de mal humor.

-No le sirve de nada estar enojado. Es sólo acumulación de malas energías. Cultive la alegría, muchacho, cultive la alegría. ¿Qué lo tiene así?

-No saber.

-¡Ah! Usted quisiera ser un conocedor, quizá un sabio. Así se puede entender que le moleste tanto no saber. ¿Y qué desea comprender? -Pedro se divertía. Sus ojos sonreían, las arrugas de su cara sonreían, la comisura de sus labios sonreía, y yo hacía el ridículo.

-¿Por qué no nos dicen de una vez por todas que este es un no viaje? Un par de frases y todos tranquilos.

-Eso está bueno. ¿De qué se trata esa teoría del no viaje? Cuénteme -pidió Pedro con interés.

-Mar dijo que podríamos estar ante un no viaje. Un viaje en que no importa dónde vayamos, y en el que tal vez ni siquiera nos movamos.

-Me gusta la explicación. ¿Qué más?

-Yo creo que este es uno de los no viajes. Razonable, porque las cosas que se llevan a una parte luego se devuelven ya que es la no preparación de un no viaje -suponía que era un discurso que él podía entender. Vi que estaba a punto de largar una carcajada, aunque se contenía. -¿Le divierte lo que digo?

-Es la cara de angustia con que habla. Parece al borde de perder la vida. Siga.

-Uno hace, pero tiene que saber para qué hace.

-Es mucha pretensión entender la totalidad de las cosas. Nadie puede conocerlo todo.

-No hablo de todo, sino de lo que sucede acá. ¿Quién da las órdenes, por ejemplo, y por qué? -Pedro no iba a contestar. Esperaba a que siguiera con la lengua suelta. -¿Por qué le dijo usted a mis compañeros, a los que hasta poco eran mis amigos, a aquellos con quienes hemos inventado un futuro, por qué les dice que soy una persona poco creíble a causa de mi imaginación?

-Usted es imaginativo. ¿No es así?

-Todos lo somos.

-Pero usted es particularmente imaginativo -Lunero comenzó a hablar calmadamente y con voz grave. -Le cuento una historia simple, de pueblo, sin detalles, y usted inventa una casa donde llueve durante veinticuatro años. Crea de la nada a un joven extraño, oscuro, que tiene una hermana que es una leyenda; de ahí se le ocurre la maldad del muchacho, el enamoramiento, embarazo de la hermana y su dramático desaparecimiento. ¿Duda todavía de la capacidad imaginativa que tiene? En medio de una fiesta fastuosa José parte en un viaje que parece sin retorno tras el futuro marido desaparecido. Todo eso lo inventa. Ve el comienzo de la lluvia y a todos los personajes en esa lluvia de nunca acabar. Por fin decreta el término del agua, porque José vuelve a la muerte del padre. Es muy poético lo que inventa, pero de su imaginación debiera tener cuidado. Es un arma a favor y en contra en esto del circo. A veces le permite ver más allá que otros y a veces anda en mundos que no existen. Sus compañeros pasan una vida tranquila, mientras usted los importuna.

-No estoy de acuerdo. Lo del cuento fue hace años.

-Aún así. Ayudó a armar esa cofradía extraña de los payasos en el circo.

-¿Qué tiene de malo que nos pongamos de acuerdo para ver cómo avanzar en esto de ser payasos?

-No está mal. Nadie ha dicho que las cosas estén bien o estén mal. Para usted la vida está dividida en dos mitades: todo pertenece al bien o al mal. Es un moralista de moral falsa e incómoda; tiene ojos que miran en blanco o en negro. ¿No ve que las cosas se cambian unas en

otras? -permaneció un rato en silencio. Parecía ordenar las ideas.

Nos habíamos distanciado del resto. Con asombro observé que mientras tanto la carpa había desaparecido quedando sólo los mástiles y nuevamente el naranja fuerte de la lona se alzaba majestuosa por sobre los carros. La gente era poco más que puntos de colores. De vez en cuando llegaban los sonidos de la labor: martillazos, voces sin contexto, sonidos dispersos. Pedro retomó el hilo:

-Nadie ha dicho que ser payaso sea fácil. Es el tránsito a ser humano. Es la base de lo que viene. El malabarista y el trapealista sólo profundizan sobre lo mismo, están en la misma senda del payaso. El servidor, el domador, el animal, el prisionero de la cámara oscura, nos retratan, vivimos en esa oscuridad. Por esfuerzo podemos salir de ahí. Es la misma línea, y hay que dar un paso, después otro, después otro. Una línea recta en que no hay sobresaltos. La cosa se complica donde están ustedes. Un secreto: como payasos repiten lo que ya tienen avanzado. A ratos están en una caja oscura y no ven cómo seguir. También actúan como animales volviendo a lo primario, a veces se disciplinan y son parecidos a los domadores. Pero por sobre todo, esto es lo novedoso, se dan cuenta que deben estar al servicio de algo que aún no logran develar. Eso y algo más que recién nace se revuelve en la marmita que son la cabeza, el corazón y la acción del payaso.

-¿Cuándo termina?

-Cuando se da cuenta que no puede hacer mucho porque "aquello" está fuera de su alcance.

-No entiendo.

-Ninguno de ustedes entiende.

-La gente va quedando por el camino... El Abúlico ya se fue.

-Las puertas están abiertas para salir y para entrar.

-Nos dolió que partiera.

-Lo que les debería doler es que no saben, no conocen y no aprenden aún. Déjeme contarle un cuento, un cuento antiguo. Imagine, no le va costar mucho, que hay un señor perdido en una cueva. Para mayores señas digamos que se llamaba Pérez. Pérez, entonces, vivió en las profundidades durante muchos años, tantos que terminó olvidando cómo eran la luz y los colores; el aire libre y los paisajes. Creyó que el mundo era oscuro y frío. Olvidó lo que era la vida, incluso su nombre, y sólo se dedicó a subsistir. No pudo salir de ahí porque perdió el recuerdo y también el objetivo. Quedó sin futuro. Sólo quienes saben de su propio encierro son conocedores del lugar. -Después de un rato de silencio continuó. -Un consejo antes de que se vaya. No confíe en el Triste. Es una persona que toma todo muy a la ligera. No profundiza, no llega al secreto de las cosas. Recuerde que la risa abunda en la boca del tonto.

Ahora el Triste quedaba afuera. Volvimos al campamento.

La tarde caía violenta. Comenzó el viento desde la nada, levantó polvo en remolinos que cubrieron el cielo mientras se hacía de noche. Arreció durante mucho rato. Varios nos refugiamos en la carpa mientras la lona se movía peligrosamente. Corrí al carro del dormitorio. El viento silbaba al paso por los alambres y las cuerdas se bamboleaban. Movía y botaba ramas de los árboles, hojas. Tuve una visión fantasmagórica del lugar. No había nadie, sólo tierra y oscuridad. El viento persistente nos quería llevar a la nada. Cerré los ojos y desfilaron los acontecimientos. Recordé el viaje al pueblo, vi a la gente en aquel patio. Al Trape. El grupo al que no dejaron

hablar, y sobre todo aquel que angustiadamente pedía que le escucharan, a la mujer que los increpó. ¿Por qué tenía esa necesidad de comunicar? ¿Un crimen grave en su conciencia? Venían a mis oídos las palabras de Pedro: "Usted es muy moralista. Ve blanco y negro". Y la seguridad de que no nos moveríamos, que el campamento seguiría donde estábamos. El viento continuaba. Estaba seguro que deslizaba al camión suavemente. Aquello era imposible, no podía el viento cambiar de posición al camión, por fuerte que fuera. El camastro flotaba, mecido de lado a lado, hasta que sentí muy claro un rugido de motor. Nos íbamos. Me incorporé desorientado. ¿Qué broma de mal gusto era esa? ¡No iríamos a ninguna parte, así habían dicho! Por la ventana observé cómo quedaba instalada la carpa naranja y los camiones con sus focos encendidos buscaban el camino. Partían en caravana.

¡Una promesa era una promesa! ¿O no había sido una promesa? Nos quedaríamos allí para comenzar el dichoso no viaje que en ese mismo momento quedaba atrás. ¡Las cosas no podían ser así! ¡Más respeto, señores! Me vestí apresuradamente golpeándome contra las paredes mientras el vehículo sorteaba baches. En un descuido heroico abrí la puerta del camión para alcanzar la cabina, pero quedé frente al camino y una zanja abierta y profunda. Cerré. Volví a la ventana. Veía sólo paisaje porque los camiones iban uno tras otro y la visual permitía observar los costados en los que el paisaje estaba ensombrecido. A lo lejos, cerca del horizonte, los rayos comenzaban a descargar luminosidad sobre la tierra. El sonido de los truenos llegaba débil.

¿Qué podía significar aquello? Que de pronto el no viaje había sido suspendido, o la idea misma era producto de mi imaginación, una vez más, y nadie había expresado nada semejante. Pero Mar fue clara, precisa. Tal vez era una broma de mal gusto. ¿Todos reían a costa mía? "Nunca tan importante, Loco, nunca tan importante" dijo el Triste cuando aventuré la idea que había quienes estaban decididos a importunarme. "El circo está preocupado de cosas más profundas que de molestarte". El Triste, el que hacía las cosas fáciles, el que deseaba pasar por la vida sin preguntar, de quien había que cuidarse, según Lunero.

¡Era igual que estar en la cámara oscura! Volvía al principio. Ya lo había dicho Pedro "siendo payaso, todos los pasos anteriores se reviven". ¿Y qué iban a hacer en esa marcha los servidores, los domadores, todos aquellos que seguían en la caravana? Lo que era válido para los payasos lo sufrían los demás. ¿Pero quién había dicho que la aventura era sólo nuestra? Seguro que la idea ni siquiera era compartida por los otros payasos. ¿Estaba creyendo demasiado en nuestra importancia? Los truenos se fueron acercando y cuando caían los rayos iluminaban el carro con luz metálica y violácea. Mi rostro reflejado en el espejo que estaba sobre mi cama parecía el de una aparición. La lluvia golpeaba con fuerza en el techo de lata y multiplicaba su ruido.

Circulamos un rato por una vía asfaltada. Después, el camino nuevamente fue irregular. Salpicábamos agua y barro a los costados. La senda se estrechaba y tocábamos a ambos lados las ramas de árboles que también fueron quedando en el camino. Asomé la cabeza por los barrotes. Del resto de los camiones apenas podía ver las siluetas cuando la caravana tomaba curvas. No alcanzaban mis gritos a los chóferes y la pregunta por dónde íbamos se perdía en la lluvia. A veces lograba ver el parabrisas del camión que nos seguía devolviendo imágenes del paisaje oscuro y vacío.

Estaba a merced de lo que no entendía, y desde que había decidido dar este rumbo a mi vida la

incertidumbre era habitual. No más miradas afuera. Entonces a atender, abrir los sentidos. Así seguí el curso de los pensamientos y también la sensación de percibir. En el trasfondo estaba la idea de que algo importante sucedería. Ese había sido el motivo de la ansiedad del último tiempo. Tal vez la razón por la que había permanecido en el circo, a lo mejor estaba a punto de encontrar lo que había buscado desde niño. ¿Y si quedaba fuera de lo que venía? ¿Si en los cambios que se acercaban no estaba considerado? Una muestra de aquello podía ser eso de que era demasiado imaginativo, que no era de confiar. Aquella opinión no era favorable, menos en este momento. ¿El Triste corría la misma suerte? Nos estaban marginando.

"Sólo se siente perseguido y sufre por ello el que cree en su importancia. ¿Quién habría de hostigarte? ¿Para quién eres peligroso?" El domador lo había expresado de ese modo hacía tiempo, cuando veía mi dificultad para controlar a las arañas. "Los arácnidos son sensibles y, sobre todo, inexorables. Quienes se sienten importantes tienen dificultades con ellos. En tu caso, puedes darte cuenta que una araña está pendiente de ti, quieta, silenciosa. Si la olvidas y luego vuelves la vista a donde estaba, descubres el lugar vacío. Entonces desesperas. Te paras y revisas porque ella, seguro, ya te cayó encima o está por hacerlo. Después de dominar el miedo físico, has aprendido a manejar a los caballos y los tigres, pero aún no puedes con las arañas. Tu importancia lo impide". Aquella fue una tarde memorable. El discurso lo dio domador mientras intentaba extraer la ponzoña de una picadura que me tuvo por días con fiebres y desvaríos.

Qué lejos los tiempos de aprendizaje. Qué inocencia aquella. A lo mejor años más tarde diría lo mismo de aquella vez en que los vehículos comenzaron a girar en círculo. Nos detuvimos. Fuimos emergiendo de los carros con timidez, ya no llovía. Bajé como si descendiera en un planeta extraño. No había un sólo árbol y era el opuesto del que habíamos dejado horas antes, el lugar parecía desértico. Mirábamos asombrados el cambio de paisaje y el peso del silencio. Convergimos en el centro del ruedo que habían formado los camiones. Para mayor sorpresa, constatamos que no estaban Pedro, los trapes y los malabaristas. Sintíendome parte de una extraña ceremonia, en aquel templo que terminaba donde el sol era sólo unos rayos tristes y lánguidos de color púrpura, caminé hacia el conductor del camión. Hablé tan bajo que el hombre tuvo que acercarse su oído, curvando sus dos metros de altura.

-¿Qué hacemos aquí?

-¿Qué sé yo? Dijeron "siga al camión de adelante", aquí estamos.

-¡En años el circo no había tenido tanto tiempo de descanso, y ahora este viaje sin asunto! Mejor no pregunto.

-¿Y qué cree que está pasando?

-No tengo idea.

-Algo sucede.

-...

-No quiere comunicar lo que piensa.

-Evidente.

Los servidores estaban encantados. Rápidamente organizaron el aseo con escobas, agua y ramas. Circulaban entre los otros que no movían un dedo. Armaron carpas de reunión, de cocina y comedor. El domador lustró sus enseres, alisó los látigos, puso grasa a las correas, probó nudos. Se veía aburrido, a pesar de la tarea. Los payasos estábamos en medio de la

desolación. Deambulábamos sin destino sorteando bultos y personas. Los servidores llegaron con café y galletas. Se imponía volver a la normalidad, aunque fuera de la boca para afuera. El Triste se acercó:

-¿Qué pasa? Anda cada uno por salado.

-Será mejor así.

-En otro momento estarías juntándonos para entender de qué se trata.

Llegó el Cuerdo.

-¿Cómo están?

-Como ves.

-¿Y qué dices ahora, Loco? Tú que eres tan despierto, ¿esto es lo que esperabas? Siempre dices que el destino de los payasos tenemos que hacerlo nosotros mismos y patrañas parecidas.

-Yo no era ése. Era el Abúlico.

-El Abúlico, otro que inventaba tonteras.

-¿Por qué estás tan tranquilo?-pregunté.

-Más bien estoy hasta la coronilla. Desde que soy payaso he perdido el sentido del circo. ¡Deberían borrar este paso desgraciado y borrar a ti del mapa! Si los payasos son estúpidos, tú eres el rey.

Los que oían nuestra conversación a gritos fingían no escuchar. Se fueron corriendo y quedamos los tres aislados. El Triste había permanecido en silencio. En medio de toda la liviandad de que lo acusaba Pedro, apareció un fondo extraño en sus ojos. No entendía su aflicción ni el enojo del Cuerdo. Había que tener paciencia. Por algo nos habían traído hasta allí. Quería confiar en el circo y dejarme llevar.

-¡Esto puede durar años! ¿No te das cuenta? -El Cuerdo estaba al borde de la desesperación.

-Tiene razón. Te pueden apretar los dedos contra una puerta y sólo dirás "algún día tiene que pasar el dolor". -Dijo el Triste con desaliento.

Era cierto. Abandonarme era fácil y cómodo. Así fue como sentí que algo no me gustaba. Nació la indignación profunda y violenta. Rápida. Estaba indignado contra esa parte de mí. Era obediente. Era oveja y quería parecer lobo. Era la paciencia por comodidad. Creía estar por sobre otros y sólo no deseaba enfrentar mi cobardía. Atravesé el claro de los camiones.

¿Hacia dónde dirigiría mis pasos? ¿Qué esperaba del circo y de la vida misma? Podía ser payaso cien años, y resignarme a ver por el ojo de la cerradura lo que quisieran mostrar. Era la historia de mi vida. "No moleste mijito, sea buenito, ayude aquí". Siempre obsecuente. A lo mejor atentaba contra las normas y salía disparado, pero no podía seguir ocultándome más de mí mismo. Ni un segundo más.

Fui donde estaban los chóferes reunidos.

-¿Dónde nos dirigimos?

-Pregúntale a ése -indicaron un conductor que estaba separado del grupo. Con un cigarrillo lanzaba lentas volutas de humo hacia lo alto. Cuando aspiraba, la punta roja teñía su nariz y le brillaban los ojos.

-¿Por qué nos detuvimos? Observó desde una gran distancia.

-A mí también me encantaría entender las órdenes, a veces. Dijeron que llegáramos hasta acá.

-Nos mandan sin destino y ni siquiera el que nos conduce sabe dónde cretas tenemos que ir. -Dije con la cara vuelta a un auditorio inexistente

-No tanto enojo, amigo. Esta es sólo una parada.

-¡Para ir donde!

-No sé. Tenemos que esperar, todo a su tiempo.

El hombre me exasperaba con su tranquilidad.

-¡Se acabó la espera! En este mismo momento vamos a continuar ¿Entiendes?

-¿Lo mandas, tú? No me hagas reír.

-Pues con risa o sin risa nos ponemos en camino.

-Imposible. Hay que aguardar hasta que las condiciones estén.

-¡Nos vamos ahora! ¿Cuál es nuestra parada final? El hombre se asustó con mi actitud. Estaba a punto de darle una bofetada si no me hacía caso.

-Sólo sé que es un lugar en la cordillera donde es difícil llegar. Volví donde el Triste,

-¿Has visto la cara que tienes? -dijo contrariado, pero sin atreverse a desobedecer. -Si no es porque te conozco diría que se te pelaron los cables.

Los otros llegaron con desinterés.

El Cuerdo. -¿De qué se trata?

El Triste-El Loco convocó.

El Cuerdo -Difícil que valga la pena, viniendo de quien viene.

-A pesar del sarcasmo del Cuerdo. El viaje continúa de inmediato, sólo con los que quieran hacerlo. La invitación está lanzada, ustedes verán.

Mi decisión no tenía límites e iría tras el objetivo, incluso solo.

El Cuerdo -¿Cómo te enteras de que el viaje sigue? ¿Eres portavoz?

-Si así fuera, qué importa.

El Cuerdo -Mucho. De un deschavetado se puede esperar cualquier cosa.

-Este viaje no es porque sí... -perdía la paciencia- Según los conductores, la estación final queda en la cordillera.

El Apasionado -¿Quién dijo al chofer que deberíamos ir a un lugar así?

-Los Trape, Pedro, qué sé yo. Si hay que ir, quiero hacerlo de inmediato.

El Apasionado -Entonces es cosa de esperar a que den la partida.

-¿En una semana más? No, gracias. No aguanto en esta condición.

El Cuerdo -El loco tiene razón. A qué demorar las cosas. El Triste -Estoy entusiasmado. Ya pareces un loco de verdad. Sólo me inquieta la forma de convencer al chofer.

-Está conseguido. Sabe que si no nos lleva le tuerzo el cuello. Quien no se arriesga no pasa el río.

El Alegre -Y el que lo pasa sin medir las consecuencias se puede ahogar.

La indecisión de ellos aclaraba mi propia certeza. El Apasionado se había recostado con aire displicente contra la puerta del camión. Con su actitud retiraba el cuerpo, no quería participar. El Triste lo pensaba. Del Cuerdo podía esperar que manifestara interés para que nos embarcáramos o para quedarse. ¿Qué decía el Alegre con el palito con que escarbaba el pasto? Parecía más interesado en remover el hormiguero que había descubierto. Para él estábamos en otro mundo.

-¿Qué dicen?

El Alegre -Danos tiempo.

-El necesario para empacar, no hay más. El que se sube al camión, parte.

Le dije al tipo del camión que nos íbamos. "Cuántos son" preguntó. "Sólo el que ve". Echó a andar el motor. Acomodé el bolso en la cabina. El vehículo partió lentamente, cruzando el claro en que estaban los camiones estacionados.

-¡Paren! ¡Alto!

Eran el Triste y el Cuerdo, para regocijo mío.

-Vaya lento.

El camión siguió a la vuelta de la rueda. Mirábamos por si alguien más se decidía. El Apasionado no se había movido y observaba cómo nos alejábamos. El Alegre gritó desde la distancia

-¡Ojalá sean ustedes los equivocados!

Emprendimos el rumbo. Nunca pensé que iba a aventurarme con mi cordial enemigo, pero el Cuerdo se había acrecentado a mi vista. Era tan buscador como yo y con similar olfato. El Triste también tenía un destino, y lo había adivinado en el momento en que Pedro había hablado mal de él. Por algo pedía que lo dejáramos de lado. Era una prueba, y los tres la habíamos pasado.

-Debo confesarle algo -dijo el chofer, que se veía más confiado. -La idea era tenerlos por tres días, después, una semana. Estirar el tiempo hasta un mes. Luego nos pasarían a buscar y volveríamos.

-Como si una puerta se hubiera entreabierto.

Nos trasladamos a la cabina del fondo. Tiramos unas mantas en el suelo y nos tendimos. Los bamboleos eran más fuertes en la posición horizontal y la sangre se iba a los pies o a la cabeza, según subíamos o bajábamos por los cerros. El piso, nuestra cama, duro, incómodo, frío.

Atrás habían quedado el Apasionado y el Alegre. Dos menos. ¿Nosotros éramos los que acertábamos o ellos? "No me parece interesante hacer tonteras, ahora" dijo el Apasionado. "Si dicen que permanezcamos aquí, entonces debemos quedarnos". No haría nada que lo desacomodara. Ahora, con los ojos cerrados, escuchando el ruido del motor y sintiendo en el cuerpo los vaivenes de la cuesta, pensaba. ¿Qué nos costaría la osadía? Visto de cierta manera, aquello podía ser tomado hasta como un secuestro. ¿Que haría nuestro "amigo" conductor, si le diéramos libertad de seguir o devolverse? ¿Cuánto arriesgaba también él? ¿Sería del todo confiable? Las ideas comenzaban a transitar sin orden en mi cabeza. El cansancio era tanto que no me dejaba entrar en el sueño. Las obsesiones se soltaban. Si no resultaba nuestro asalto final, si nos quedábamos sin zanahoria, si no había meta en el camino. ¿Y por qué mi cambio tan brusco? Se produjo en el momento en que encaré al conductor. ¿Cuántas horas desde entonces? ¿Cuánto tiempo llevaba el nuevo loco, que por fin tenía sabor a Loco? Esa comprensión fue de un golpe mientras cruzaba el claro de nuestro improvisado campamento. Toda mi vida había perdido el tiempo. No era primera vez que lo decía, pero era la primera en que lo sentía de manera tan drástica, absoluta, verdadera. En un segundo tuve la visión de ser una hormiga de metro setenta. Pasivo con respecto a la propia vida, con culpables que justificaban mis males. Todos habían hecho algo para que yo no alcanzara el lugar donde habría querido estar. Aquel

pensamiento, mientras daba los treinta pasos que me separaban de los chóferes que fumaban despreocupadamente.

"No es primera vez", dije en voz alta para que alguien escuchara. En aquel camión que se movía como coctelera, todos dormían. "No es primera vez que esto me pasa, amigos en sueño. Me dirijo a sus sombras para compartir la lucidez de este entendimiento. Nunca le he hablado a los carros vacíos, a las latas que se mueven y crujen. Si alguien oye, que se tape los oídos y calle para siempre. He comprendido la interpretación de las interpretaciones. El mundo está en mi ojo y mi ojo es el mundo. Me asalta una hilera de recuerdos, el sendero de los afectos. Tenía cinco años. ¿Alguien escucha? Tenía cinco años y vi a mi padre avergonzado retirar la mano del muslo desnudo de mi madre porque yo los miraba. Algo tan simple como eso. Una mano que se posa, una mano que se va. Algo natural hasta entonces. Él observa avergonzado los ojos de mi cara blanca y flaca. A los diez, le doy un beso apasionado a la amiguita que vivía en la casa del lado. Un beso con el candor de la niñez. Entonces es él quien ve, me descubre tras la mesa del escritorio. No dice nada y con su mirada reprueba. Comenta entre dientes que los padres de ella se pueden enojar. Pero sé que es su reprobación de que haga cosas que él supone que no debo hacer. Es su mano en el muslo puesta en mi ojo para que me retire. A los trece comienza la timidez, parecida a tener las piernas enterradas en el barro. Todos me observan y no puedo huir. A los catorce, a los quince, a los dieciséis vivo enamorado en la imaginación. Amor total y silencioso. Más que silencioso, mudo. Nadie se da cuenta de ello. A los veinticinco es concreto, material, corporal, incompleto, siempre está en otra parte.

-¡Calla! No dejas dormir.

-¡Cuerdo! ¿Has estado escuchando?

-¿Te estás volviendo loco? Dices cada tontera.

-Si así fuera mi trabajo estaría hecho.

-¡Ahora deja dormir! Ha sido un día agitado.

-¿Sabes qué pienso? Que di con la clave del cuento.

-Qué cuento.

-El que inventé el día que llegué al pueblo, cuando conocí a Pedro. ¿Quién más podría haber imaginado a una Alfonsina así de bella? Y también a José, su hermano, obligada contrapartida. Ella es mi madre y todas las mujeres, puras por naturaleza, por convicción y doctrina, como los vinos, y él es como mi padre, culpable y culpador, yo mismo. Ese es el cuento y esos los personajes. ¿Entiendes que el mundo está en mi ojo y que mi ojo es el mundo?

-Pareces borracho.

-Cuando vuelve, José es el salvador, el poderoso, hasta sabio. Así me gustaría ser. El padre del cuento es mi padre, autoritario, distante cuando está vivo. Muere débil, con la cabeza perdida. Y sin embargo este ser de mi propio futuro lo ayuda a recuperar el presente, y él se va en medio de importantes comprensiones. Así me habría gustado. Pero no es la realidad. Es mi cuento. Mi cuento amargo. Y la madre del cuento casi no existe porque de la mía no tuve recuerdos.

-¡Es hora de dormir! Si no callas te vuelo los dientes de un puñetazo.

-No puedo parar. También sé por qué bajé por la cuesta aquel día. Por qué me aventuré

más allá de lo previsto. A veces pienso que todo es azar, hoy creo que nada lo es. Eran unas vacaciones más, era mi deseo de huir de lo cotidiano porque estaba estrangulado, apretado, ya no podía respirar. ¡Qué vida sin sentido! Nada tenía un para qué. Iba tras la noticia que saldría del pueblo mismo, de la gente simple. ¡Pamplinas! De la revista ya me habían echado. Aquel lugar no tenía gracia, ni yo ganas de tomar un lápiz. Entonces la señora del mercado me habla de la localidad que queda a pocas horas. "Esa sí, esa le va a gustar", dijo la mujer. No fue azar. Ni el encuentro con Pedro; ni mi invento de la casa donde llovió por veinticuatro años; ni las ganas de ir a ver el circo que estaba en medio de la llanura.

-Siempre he pensado que eres un estúpido, pero nunca había reparado en todo lo estúpido que puede ser. Deliras.

-Mi vida cambió de raíz...

-Si este camión de mierda fuera por un camino más tranquilo te daba el puñete prometido.

-... en veinticuatro horas. Todo lo que era quedó dado vueltas patas arriba. En un día dijeron que lo que creía negro, era más bien blanco. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

-Cuatro o cinco horas

-En el circo, pregunto. Para llegar a la siguiente certeza, escucha, escucha bien: no hay tiempo. Por eso estoy acelerado y dispuesto a lo que venga. No hay tiempo. Se acabó. No puedo dar más vueltas, perder inútilmente las oportunidades. Esto debo entenderlo ahora o nunca. Mi lentitud y mi esperanza ingenua me han jugado una mala pasada.

-No entendí nada de lo que dijiste y no me interesa. Yo voy tras la meta porque no creo que otra cosa sirva. Hay que llegar donde los Trape, allá voy. Si hay que pasar más allá de ellos para estar con Pedro, allá voy. La meta está clara. Lo demás son tonteras. Los que se quedaron son débiles, son ramitas de árbol, un viento viene y las quiebra y a nadie le interesa. Apuntar al objetivo. ¿Te quedaste dormido? ¡No puedes cerrar los ojos y mandarte cambiar ahora que me dejaste despierto!

Entraba en el sopor. Mi cuerpo pesaba a todo lo ancho y lo largo, pegado a las tablas del piso que se movía con brusquedad. La voz del Cuerdo se fue perdiendo. "¿Duermes? decía. ¡Oye estúpido, no puedes hacerlo!" Si puedo, pensaba. Lo estoy haciendo. El Cuerdo en mi imaginación era un hombre inmenso que ocupaba todo el mundo, el mundo era una pelota, él estaba sentado sobre ella. Era un globo que flotaba y se iba lejos hasta que desaparecía. Yo reía. Giraba la cabeza para ver hacia el otro lado, donde no había Cuerdo, y me encontraba en el patio del restaurante Naranja. Estaba lleno. Todos de pie, unos pegados a otros. Alguien hablaba. Decía que aquello era una función de circo. La gente estaba atenta. No había ningún espectáculo. Se comunicaban unos con otros y estaban interesados en lo que decían. "Esto no es el circo" expliqué a un señor de quien veía sólo su espalda. Se daba vuelta y era el Cuerdo que hablaba: "No sabes nada. Esto es el circo y no lo que tú crees. Mantente despierto".

-¡Despierta! -era el Triste. -El camión se detuvo.

-¡Llegamos! ¿Dónde está el Cuerdo? -Pregunté incorporándome.

-Nada de él ni del chofer.

-Saltamos al aire helado de la madrugada. El cielo se aclaraba tenuemente hacia el horizonte recortado sobre los altos picos de las montañas. Un poco más allá, un fuego.

-Le explicaba -dijo el conductor cuando nos acercamos – que puedo llegar hasta aquí.

-¡Cómo! ¡Nos abandona en medio de la nada!

-Las instrucciones fueron que los dejara en este lugar y me devolviera donde los otros.

-Le pregunto dónde crestas estamos y me dice que no tiene idea -dijo el Cuerdo, alterado.

-Llegué casi de suerte. Sigue el camino de los maitenes, dijeron, hasta que se acabe, entonces verás unas casas. Doblas por detrás de ellas y estarás frente a la cordillera. Adelanta hasta el final. Las casas las pasamos hace rato y aquí estamos en medio de los cerros, sin más camino que seguir.

-Cómo sabe que es este el lugar y no otro -consulté desconfiado.

-No preguntes. Terminarás creyendo que estamos perdidos. Nos mandan con este huevón a un lugar que parece que es, pero que podría no ser. Estamos perdiendo el tiempo.

-Calma, Cuerdo. ¿Cómo sabe que éste es el lugar?

Repetí dirigiéndome al hombre que respondía con inseguridad.

-El final del camino era un salto de agua que llaman la Quebrada del vuelo del cóndor, o Quebrada del cóndor, o Quebrada del vuelo...

-¡Basta! ¿Qué importa como crestas se llame? -El Cuerdo estaba impaciente e iba y venía caminando con nerviosismo.

-Le aconsejaría que se tranquilizara un poco -dijo el chófer, molesto por la actitud del Cuerdo. -Hace una hora pregunté en una casa cómo llegar hasta acá.

-¡Mentira, hace una hora era noche cerrada! Quién va a estar despierto. Sólo las gallinas. El Cuerdo estaba fuera de sí.

-Justamente. Las gallinas de acá no son como las de ciudad. Todo comienza a su tiempo... -se defendió el hombre. Había luz en una casa. Paré y mientras ustedes dormían, pregunté por la quebrada.

-De acuerdo, estamos en el lugar. ¿Será necesario que se marche tan pronto? -dudé. - Tome un café por lo menos.

El líquido caliente en los tazones de lata entibió primero las manos moradas de frío y luego la garganta, mientras las volutas de vaho emergían lentas. El hombre se despidió y subió al camión. Lo puso en marcha cuesta abajo y pronto no fue más que un débil sonido.

Pocas veces he sentido la soledad como aquella vez. El destino caía sobre nuestras espaldas. El mismo cielo se torcía sobre nosotros. Había llegado el momento de las decisiones y los dados estaban echados. No habíamos errado con el viaje, en algún lugar nos esperaban. Lo que sucedería era asunto que no teníamos claro. No podíamos improvisar ni tampoco quedarnos. ¿Cuál era el justo medio ante lo desconocido?

Mientras amanecía, a nuestros pies se abrió un valle sin casas. El horizonte era extenso y la neblina en el bajo se fue disolviendo. Era un hermoso día.

Mirábamos a los cerros donde no se veían más que rocas filudas. Muy alto, un cóndor comenzó a dar lentas vueltas sobre nuestras cabezas. "La Quebrada del vuelo", pensé. "Si algo hay que hacer, es subir. La respuesta debería estar en las alturas."

-No aguanto más-dije.-Subiré por la quebrada.

## CAPITULO XIII

Partí.

Me fui por las rocas empinadas, apenas con un café en el estómago. En la espalda sentía el calor de los rayos del sol deslumbrante, mientras mi vientre se pegaba a la roca helada. Deseaba acción, resolución en ese ascenso. Las rocas se volvieron verticales, cada paso costaba sudor y esfuerzo. Miraba la altura apenas por el rabillo del ojo. Era difícil el trayecto que desde abajo había visto tan simple. A ratos creía que el cuerpo se desprendería de la pared. Empujaba sobre ella y descansaba. El viento silbaba y en alguna parte descendía agua que no alcanzaba a divisar. Llegué a un punto muerto. No podía seguir, tampoco bajar. Tenía frente a mí el terror de caer al vacío. El mareo. Tal vez debería haber permanecido abajo, como los otros. ¿Y qué había del Loco? ¿Había sido mentira que me sentía distinto, valiente, decidido a tomar por asalto lo que fuera necesario para continuar adelante? La transpiración y el aliento se pegaban al peñasco duro, frío y liso. "Hasta aquí llegaste, Loco", pensé. La única posibilidad de intentar algo era alcanzar con la pierna izquierda una saliente a la altura de mi ombligo. Un intento que se consumía en sí mismo, porque no sabía cómo seguir. Hacer aquello requería el arrojo de que había carecido siempre. Era dar un salto con posibilidades de perderme quebrada abajo. ¿Y de qué servía haber pasado por el circo sin aprovechar ninguna de sus lecciones? Estaba de cara a la nada. No era cuestión de ideas, era mi cuerpo y la nada, frente a frente. Y una decisión: subir a toda costa. Levanté la pierna con lentitud. No lograba llegar. La bajé hasta la posición inicial. Pegada la frente al peñón, di vuelta la cabeza a la derecha y hacia arriba. Si lograba aquello, tenía que alcanzar, además, la débil cornisa, dar un empujón y un salto. A un metro sobre mi cabeza había una nueva saliente, más generosa, donde debía intentar apoyar el brazo e impulsarme hacia arriba. La nada miraba sonriente. Atraía a mi cuerpo con la fatalidad y el deseo del descanso merecido, con el viento que se colaba por mis piernas y empujaba hacia afuera. "Ya nos veremos, decía, ya tendrás que dar el salto". Sentí que el tiempo se comprimía. Tenía las manos heladas y había dejado de sentir la roca. Las piernas temblaban de cansancio. Todo iba a mi derrota. La nada en gloria y majestad finalmente estuvo con su cara desnuda. Pero también desnudé la mía. La desafié. Si caía no sería por temor, si no en plena conciencia. Agradecí al domador sus enseñanzas. Atendí. Separé los pensamientos. Me quedé solo con la montaña, sin miedos. El presente era un tiempo extendido. Todo era presente. Sin que mediara la razón, subí la pierna izquierda, la ayudé con el brazo, flectándola completamente. Después la estiré. Estiré todo el cuerpo en una milésima de segundo y con el pensamiento y la acción tiré hacia arriba. Era un salto imposible. Mi brazo derecho cayó sobre la cornisa, mientras mis piernas colgaban en el vacío. El esfuerzo no terminaba aún sin embargo la nada había soltado. Con ambos brazos llegué a la cornisa, logré dar vuelta y sentarme. La pared dejaba un hueco de medio metro, todo un mundo. Sin descansar, continué. La montaña seguía más suave. Con tres pasos hacia arriba daba a un corto sendero que llevaba a una planicie.

-¡Bravo Loco! Te gustan los caminos difíciles -Nul Nul daba la bienvenida desde arriba. - Podrías haber llegado por el costado, desde donde termina el camino. En todo caso cualquier manera es buena, siempre que se llegue. ¿Viene alguien más?

Demoré la respuesta mientras recuperaba el aliento.

-Abajo están el Triste y el Cuerdo.

-¿Detrás de qué andas?

-Quiero avanzar.

-¿Qué significa?

-Conocer, saber, dar un paso más. He llegado a payaso, con lo que he abierto preguntas. Ahora quiero respuestas. Para ellas tal vez deba ser de los malabaristas.

-¿Cómo los imaginas?

-Haciendo juegos de pelotas que lanzan al aire y no vuelven nunca más.

-Andas detrás de la leyenda. El que domina el arte, cuentan, es capaz de comunicar esta vida con otra.

-¿Es una leyenda?

-Así es. Te impulsa lo que a todos nos mueve: conseguir el imposible. De imposible en imposible, el ser humano construye su destino. En tu caso es el misterio de las esferas que lanzan los malabaristas. Una leyenda, sin embargo no puedes dejar de correr tras ella.

-¿Dices que mi deseo no es verdadero?

-Nadie ha dicho que no sea verdadero, pero tampoco que lo sea.

-No entiendo.

-Muchas veces has comprendido y muchas otras has vuelto a la nebulosa difusa. Todavía estás encerrado en la casa donde llueve.

-De qué hablas.

-De que aún estás encerrado en tu casa interior. En el diluvio de los veinticuatro años está encerrada la melancolía. Detiene todo, inmoviliza el pasado, lo transforma en ideal. Hace perfecto aquello que una vez fue, y que nunca se podrá repetir. De ahí parte tu búsqueda.

-Inventas.

El viento helado bajaba de la montaña. El azul de los cerros iba tornando hacia colores más cálidos.

-Has lanzado tu vida en busca del pasado. Vas tras las esferas que se lanzan al espacio y no bajan más. Vas tras la magia y la perfección que no existen. Instalas el pasado en el futuro. ¿Cómo puedes avanzar pillándote la cola? ¿Desde dónde observas la vida? Desde la casa de agua. Aún no has conseguido ser ese que vuelve a decirles que sigan su vida. Tu futuro debiera estar puesto en el que viene envuelto en ventarrones, dispuesto a desarmar todo, a tomar de la mano a Alfonsina para que aprenda a vivir. No ves el presente, ves tu memoria. ¡Qué bien te haría dejar la casa de la melancolía! O el frío o lo que digo te están poniendo morado. Acércate al lado del sol.

-Me interesa lo que dices.

-¿Deseas un respiro o un camino para salir de ahí?

-Un camino.

-Deja definitivamente lo conocido. Dejar la casa.

No entendía, y aquello se reflejó en mi rostro. Preguntó:

-¿Quieres la clave?

-Sí.

-¡No vivas en la culpa, pidiendo perdón! ¡Eso te tiene detenido!

Permaneció en silencio. Seguramente observaba cómo llegaban sus palabras. Busqué el sol. Una roca alta lo tapaba. Tenía helados hasta los huesos.

-Hablas del futuro y me lo quitas. Los malabaristas no pueden hacer el truco supremo, se acaba la magia. En vez de conseguir claridad, todo se oscurece, nada tiene sentido.

-La pregunta que te hice no fue a qué has venido, sino a qué crees que has venido. Un pequeño movimiento en tu débil piso y quedas flotando en el aire. Llevas demasiado tiempo mirando tu ombligo. Estás lleno de qué - debo - hacer - para - avanzar - yo. Un yo mayúsculo. Demasiado de ti mismo. ¡Levanta la cabeza y mira al frente! ¡Despega del ombligo! Suelta el pasado. Lo que has logrado lo hiciste pisando una cornisa débil.

-¿Nada de lo que he conseguido es verdadero?

-¡Dale con la verdad y lo verdadero! Todo lo que has descubierto es verdad si así lo sientes y si acaso te sirve. Pero no es absoluta tu verdad. Sólo es la tuya. Has dado demasiados cabezazos contra la pared. Esa pared está ahora, aquí, delante tuyo y te hace decir "no entiendo nada, lo avanzado no sirve". Tan valiente, tan Loco que venías, tan decidido. Eres el primero de tu grupo en llegar acá y de pronto estás encorvado, disminuido. ¿Esa era tu certeza?

-Me siento estúpido.

-Por algo se comienza. En más de alguna ocasión, todos nos hemos sentido estúpidos. No por eso hemos sido ni villanos ni héroes. Al menos has llegado hasta acá. Es una gracia, aunque no has sido el primero.

-¿Alguien antes?

-¡Por supuesto! Antes que tú, el Abúlico.

¡Pero si ese abandonó el circo!

-Es lo que tú crees.

-Abandonó, se fue, se esfumó. Yo estaba cuando nos dejó.

-¿Creías que se había ido porque no le interesaba el circo? Lo hizo para ir más rápido y llegó antes que ustedes.

...

Parecía que la misma montaña se movía. Segundo remezón en pocas horas. Lo que tuvo sentido hasta entonces ahora carecía de él. ¿Cuántas veces llegaría aquel día a la misma conclusión? Nul Nul estaba airada, y yo miraba el suelo como niño reprendido.

Desde la explanada veía el valle que se perdía en la tarde enrojecida. Observaba una totalidad amplia que terminaba en el horizonte. Descubría otra proporción. Entendía ese mundo lejano, el camino por donde habíamos venido, el hilo de plata que era el río. Distinguía los cerros por los que habíamos pasado y aquellos de la cuesta peligrosa. También volvía al momento presente y pensaba qué hacía el Abúlico en esos lugares. La envidia y la competencia eran la causa de mi extrañeza.

Estaba agotado por el cansancio del cuerpo y por mis contradicciones.

Me acosté en la roca. El camión nos había dejado en la madrugada. Luego, la separación del grupo y el extenuante ascenso. La conversación con Nul Nul. La extensa jornada terminaba. En

doce horas se había acabado mi mundo y otro nuevo, del que aún nada conocía, estaba por presentarse. Tendido, los latidos del corazón se repetían por el cuerpo, en los cerros, en las estrellas que aparecían. A todos nos atravesaba un pulso único, la misma vibración. El firmamento dejaba de ser azul oscuro y pasaba a negro. Hacia el poniente aún quedaba una débil mancha carmesí que se diluía en el espacio. Algo se derrumbaba. El mismo cielo ya no era igual; estaba a punto de caerme encima. Mis creencias desarticuladas y el mundo conocido se alejaban rápidamente.

Nul Nul se acercó:

-¿Tienes hambre?

-No.

-Mejor así. ¡Hay que subir de inmediato! Si te relajas vendrá el cansancio de golpe.

La seguí unos pasos más atrás. El camino no era empinado como el anterior, íbamos entre la pared del cerro y el vacío a nuestra izquierda. Vi una planicie poco más arriba. Antes de llegar, advertió:

-Deja la confusión de lado y llega al final del trabajo como payaso. Estás invitado a una reunión en que se te recomendará una tarea. Debes tener disposición para llevarla adelante. -El recorrido estaba cargado de solemnidad y ella hablaba lentamente. -Antes pasaremos por un lugar en que sólo puedes observar. Tu silencio debe ser completo. Allí eres convidado de piedra.

-¿Dónde vamos? -pregunté ansioso.

- ¡Silencio, dije! -contestó imperativa. -No responderé pregunta alguna. ¡Sígueme!

Continué subiendo. Tuve cuidado de no perder sus talones para no errar el camino en medio de la oscuridad. Donde ella ponía los pies, ahí mismo pisaba. Calculaba que a mi costado habían unos doscientos metros de caída vertical sobre la quebrada. Llegamos a la explanada. Cuatro carpas levantadas a una prudente distancia una de otra encendieron mi curiosidad. Pensé que era donde pernoctaban los trapes y los malabaristas, su campamento cordillerano. Más altas que lo común, las personas en su interior podían transitar varios pasos de pie y con los brazos extendidos en todas las direcciones, sin problemas. Difíciles de calentar en un medio tan frío ofrecían demasiada resistencia al viento. Con forma de cubo, terminaban en punta.

Caminé apegado a ella hasta la carpa más cercana. Se tendió en el suelo e hice lo mismo. Nuestras narices tocaban la lona. Con un gesto demandó que mirara adentro, mientras levantaba el ruedo del toldo. El lugar estaba iluminado. La luz pareja hacía que el hombre que estaba dentro destacara contra el fondo. Sin moverse y sentado en el suelo comenzó un ejercicio que me dejó con la boca abierta. Formó en torno suyo una esfera que lo contuvo por completo. Era una esfera no real o para ser más preciso, no material. Corrió frío por mi espalda porque llegué a pensar que esa esfera era mental, una esfera imaginada. Sólo podía notar la presencia de aquel cuerpo geométrico porque en sus bordes la coloración de lo que veía al fondo cambiaba tenuemente. Para mayor sorpresa mía, apareció de la nada otra similar. Esa esfera se introdujo en la primera hasta la mitad. Desde donde estaba no lograba precisar si el hombre tenía sus ojos abiertos o cerrados, y parecía con actitud concentrada. Las esferas cambiaron. Se juntaron. Adoptaron una forma que no podría describir. Ésta última también se transformó. Los lados se aplanaron y apareció una cúspide sobre la cabeza del trape. Fue incluido en una sutil pirámide.

Estaba excitado con las formas que se armaban de la nada e iban cambiando de una en otra,

con continuidad y armonía. Quería saber de qué se trataban las esferas, la figura que no podía describir y la pirámide. No sabía si era energía, imaginación, o por último, si el trape manejaba con destreza algún truco. Estuvo todo el tiempo quieto, no había movido un músculo. ¿Cómo hacía para formar y transformar esas apariencias? Eran el equivalente al cuento de las pelotas que se lanzaban hacia arriba y no volvían más. Nul Nul tocó mi hombro e indicó imperativamente que debíamos partir.

Fuimos a la carpa siguiente, donde repetimos el ritual. Adentro había un trape y cinco malabaristas. ¡Una de ellos era Mar! Estaba de pie y hacía una representación en silencio. Sus movimientos eran exagerados, lo que provocaba la diversión de los que observaban. A ratos representaba a una vieja, después una niña, a veces un adulto con dificultad para caminar. Usaba el cuerpo para narrar un acontecimiento que debía transmitir. El grupo reía con las ocurrencias. Era un juego en torno a una historia. En eso estuvieron el rato que observamos. Prendidos a la lona había papeles con dibujos y diagramas. La figura en cartón de un hombre de tamaño natural, estaba suspendido en el aire. Tenía un círculo azul sobre su frente, uno amarillo en su pecho, uno rojo en su estómago, y uno verde sobre su sexo. No alcanzaba a distinguir otras inscripciones, demasiado pequeñas.

Nuevamente Nul Nul tocó mi hombro. Salimos tras la tercera carpa.

En esta había una luz tenue que apenas permitía ver a una mujer, como el primer hombre, sentada en el suelo. Los tonos del ambiente eran anaranjados, algo rojizos. Cálidos. En el ambiente flotaba un suave aroma a incienso. En la zona del vientre, la mujer tenía una luminosidad especial que salía de su cuerpo. Esta luz comenzó a subir por su espalda, más o menos por la columna vertebral y suavemente ascendió hasta la cabeza. Aquello era hermoso, armónico. El perfil plácido, la vestimenta amplia y de colores transformados por el ambiente, la luz que subía: un lugar mágico. Era imposible entender qué sucedía. Sólo podía arrobarme con el espectáculo. ¿Era energía? Cómo saberlo. ¿Un truco? A lo mejor. Una vez que la luminosidad llegó a su cabeza, se difundió. Había pasado un largo rato. Nul Nul indicó que debíamos seguir.

En la última carpa, un hombre de pie estaba inclinado sobre una marmita que ocupaba el centro del lugar. Descansaba sobre el fuego que despedía humos y olores al exterior a través de una abertura en la cúspide de la carpa. Desde mi incómoda posición no podía ver qué había dentro de la marmita, pero el líquido de variados colores se reflejaban en el rostro del hombre. A ratos tiraba polvos para luego revolver la mezcla con una vara color de oro. Tras él había alambiques puestos sobre muebles que tenían repisas llenas de trastos con cenizas y líquidos. En el recinto no había más luz que la que salía del fuego y de los efluvios cambiantes. Cada tanto, el hombre extraía la preparación con un cucharón, la observaba atentamente, la olía y devolvía con cuidado. Había un fuerte olor a azufre que hería mi nariz y picaba los ojos. ¿Qué hacía él? No tenía idea. Sólo veía que estaba pendiente de lo que producía. Preparaba un magma extraño en ese hermético recipiente.

Un nuevo gesto y salimos. Dejamos la explanada.

-¿Qué te parece lo que has visto?

Permanecí en silencio, estaba atónito.

-Un nuevo misterio para ti. ¡Te gustan tanto! De lo que observaste, no hablaremos. Llegará

el momento de entender. Tómallo como un regalo.

Apuré el paso tras Nul Nul que trepaba cerro arriba. Las preguntas se multiplicaban con cada jadeo que producía la subida. Sabía que ella era de una palabra y permanecería en silencio. Antes de la visita a las carpas, mi escasa claridad había ido a parar al suelo. La magia del circo era sólo un producto de mi imaginación. Pero lo visto en ellas nuevamente atrapó mi atención, mi pensamiento y mi sentimiento. ¿Cómo hacían para proyectar los colores hacia afuera del cuerpo?

¿De dónde salían las esferas que los contenían y que terminaban transformándose en pirámides? ¿Qué cocían en esa marmita misteriosa? ¿Por qué, si en las otras carpas llevaban adelante experiencias que parecían cercanas, en la otra jugaban despreocupadamente? ¿O acaso aquel ambiente lúdico era lo mismo? El misterio abría el futuro. ¿Obedecía a un orden que fueran cuatro las carpas y no dos o diez? ¿Por qué Nul Nul me había mostrado aquello?

Dudas que excitaban y daban paz al mismo tiempo. Sin ese misterio, como Nul Nul había expresado, uno no podía avanzar. Alguna vez sabría de aquello. Ahora, camino a una reunión, subíamos. Algo culminaba. El Loco ya estaba conseguido. ¿Quiénes estarían arriba? El Abúlico, seguro. ¿Aparecería Pedro? ¿Qué sería del Triste y el Cuerdo? ¿No debía volver a buscarlos? Me tranquilizaba pensar que desde que había tomado contacto con Nul Nul, nada de lo sucedido había sido por iniciativa mía. Su voluntad férrea me arrastró y así sería en adelante. Lo que pasaba era un desafío personal, existencial y propio. "Adelante, entonces, y que sea lo que tiene que ser".

Llegamos a una cornisa algo estrecha. Un hombre esperaba. Contra la oscuridad sólo veía su silueta.

-¡Por fin llegas!

-¡Abúlico! -los prejuicios que había tenido cuando imaginé el encuentro, desaparecieron. El momento era tan especial que no había tiempo para rencillas o desconfianza. Se hacía patente la intensidad que el circo imprimía en nuestras vidas.

-Estaba aburrido y, como tú, creía que había que hacer algo. Me fui.

-Así no más.

-Así. No era momento de arrastrar a nadie. Pensé que tu error fue volver sin sacar el jugo a lo que viste en el pueblo. Estabas demasiado interesado en mostrar lo que habías logrado. Te lanzaste al agua y nadaste hasta ahí. Yo necesitaba más.

-Y nosotros pensamos que se te habían pelado los cables.

-Fui al pueblo, vi aquel patio lleno de gente, igual que tú. Después me senté en el café con los trapés. Querían saber qué habías contado y cómo habían reaccionado los demás.

-Cuando los llamen vayan en silencio hasta el fuego. -Nos habíamos olvidado de Nul Nul.

La mujer desapareció. Miramos hacia arriba. A cien metros vimos un resplandor. Alguna llama encendida iluminaba las rocas.

-Sigamos, que esto está bueno. ¿Entonces qué pasó?

-Pedí que me acogieran como malabarista.

-Envidio tu valentía.

-Contestaron que no fuera tan ambicioso. Que lo que me faltaba era paciencia. Si la tenía, a lo mejor me llevarían de viaje. Esperé... y aquí estoy.

Aguardamos sentados al borde de la roca. Escuchamos gente que subía. Sólo cuando estuvieron cerca distinguí al Triste y al Cuerdo. Un malabarista los conducía.

Estaban asombrados con la presencia del Abúlico. Reían, lo abrazaban, lo miraban y volvían a abrazarlo.

El Triste: -Nos fueron a buscar, ya que un amigo que no quiero nombrar se olvidó de nosotros.

-Era imposible devolverme. Con Nul Nul al lado no tuve respiro. El Cuerdo: -¡Abúlico! ¡El viejo Abúlico!

Creí que estaba muerto. El Abúlico: -Muerto de ganas de verlos.

De arriba gritaron que subiéramos.

-¡En silencio! -dijo el malabarista. Se quedó en el lugar, mientras nosotros ascendíamos.

Avanzamos con cautela en fila india. El ambiente estaba cargado y cuando las cosas se ponían así en el circo, teníamos cuidado. El fuego ardía en una explanada desierta. Nos acercamos al calor. Al otro lado de la fogata estaba Pedro.

-Tomen asiento. El lugar es amplio y la roca, dura. ¿Viene alguien más?

-Nadie.

-Entonces estoy con los payasos que han pasado la prueba. ¿Es así?

-Así es.

-¿Y saben cuál es el riesgo?

-Vinimos a ciegas, nos trajo el olfato.

-Ahora sacas el habla, Loco, y contestas por tus compañeros.

Pedro detuvo la mirada en cada uno y tomó tiempo para proseguir pausadamente, con voz de caverna como la había definido alguien.

-Todos se han transformado. El Cuerdo está más respetuoso de la intimidad de los demás. El Triste ha ido aprendiendo a reconocer la profundidad de las cosas. El Abúlico dirige su exaltación. Llevamos tiempo juntos y no son los mismos del principio. Punto a favor del circo. ¿Pero es el circo sólo un lugar donde la gente viene para cambiar?

Nos quedamos en silencio. El peso de la presencia de Pedro era grande y la respuesta debía ser cuidadosa.

-¿Sólo un lugar de conocimiento para satisfacer las propias necesidades? Les pregunto a cada uno de ustedes y cada uno contestará desde su experiencia.

Yo recordaba al Pedro del pueblo de la cuesta, al sarcástico e hiriente, el que me echó de la cantina por lo menos tres veces aquella tarde. Lo comparaba a este otro, mesurado, susurrante, envolvente. Sin duda el Pedro de ahora había preparado la escena desde el momento en que yo había cruzado el umbral de la cantina polvorienta. Desde entonces hasta ahora, años de circo.

-El Loco podría decir que es un lugar donde se aprende a salir del pantano o de las casas donde llueve para siempre, como le gusta a él. El Abúlico pensará que es un buen lugar para poner orden al caos. El Triste dirá que por fin en este tiempo ha aprendido que todo tiene un sentido. Y el Cuerdo asegurará que gracias al circo ha descubierto que en el mundo no sólo hay enemigos. Todo eso puede ser el circo desde el punto de vista de ustedes. ¿Y qué es el circo desde el punto de vista del circo? Sin duda tiene sus propias razones que la razón de ustedes desconoce. Dos han tenido la oportunidad de sorprenderse porque los trapevistas ayudaban a que la gente se comunicara en el pueblo. ¿Cómo hacían, Abúlico?

-Estaban en el patio de "La Naranja", con mucha gente.

-¿Y los trapevistas?

-Miraban. A veces se acercaban para animar.

-¿Duró mucho aquello?

-Todo el día.

-¿Preguntaste qué hacían?

-Sí. Contestaron que repartían esferitas y rieron.

-¿Entiendes cuál es su labor?

-No totalmente.

Pedro preguntaba, aunque era obvio que sabía las respuestas. Quería que los demás nos enteráramos.

-Era un pueblo de gente muy hosca. ¿Conociste al dueño de la Naranja? Todos son así. Desconfiados y agresivos. Entre vecinos no se trataban. Un lugar como ese nos ponía a prueba. ¿Qué hicieron los trapevistas? Lograron que la gente se conociera. Al principio aumentó la desconfianza. Hubo riñas, separaciones, reencuentros. Emergieron problemas que venían de generaciones.

-¿Por qué el circo hace eso? -pregunté.

-Hoy el mundo se acerca peligrosamente a la idea de que todos son enemigos de todos. Algo importante se ha perdido y hay que encontrarlo antes de que sea tarde.

-¿Qué puede pasar?

-Que el ser humano deje de ser humano. Dicho en forma más clara, que se pierda un tiempo precioso.

Guardó silencio. Tiró ramas al fuego; crepitaron, aumentando la luminosidad. Después de un rato, pesando las palabras, dijo:

-El hombre es más parecido a los dioses que a los animales, y aún no cae en cuenta de ello. Cuando lo entienda, cambiará. Demostrar esa verdad es la tarea del circo hoy día.

Era un giro total. Tanto, que parecía que las estrellas cambiaban visiblemente de posición sobre nuestras cabezas. Creí que lo podían hacer tan rápido que volverían blanco el firmamento.

-¿Entonces lo que hemos vivido no es válido? -pregunté preocupado.

-¿Quién ha dicho semejante cosa? Fue preparación y conocimiento para esta época de urgencia; hay que dar una mano. El circo dice: Nos interesa ir hacia afuera. Nuestra tarea: que la gente se comuniquen y se entiendan. Ayudaremos a que digan lo que tienen que decir y hagan lo que verdaderamente quieren. Los cuentos siempre ayudan a entender; les voy a contar uno que aclarará. Es la historia de Juan Sombra.

"Juan vivía en un pueblo donde nunca llegaba luz y la gente temía a la oscuridad, a los vecinos, a los elementos. Creían que así era toda la realidad porque siempre habían vivido de la misma manera, sin ir más allá de esos parajes. Aseguraban que el mundo terminaba poco más allá del horizonte, muy cercano, a causa de las sombras.

"Las tinieblas eran la medida de las cosas.

"Una vez llegó un extranjero con una noticia increíble. Venía de un lugar donde existían el calor y la luz. Pensaron que mentía. '¿Sol, dijeron, qué palabra es esa?' '¿Calor? Este hombre inventa. ¡Es peligroso!' Nadie logró comprender de qué hablaba el extraño. Mucho menos entendieron las

palabras felicidad, posibilidad y futuro. El consejo lo consideró un peligro para aquel país de tinieblas. El forastero traía el desorden y podía contagiar a los jóvenes. Decidieron encerrarlo. Juan Sombra se las arregló para verlo. El extraño le dijo: 'Cuanto digo es cierto y si logro que salga aunque sea uno de este lugar, mi viaje habrá tenido sentido porque ese llegará a tierras fértiles'.

Juan estaba admirado por el relato y decidió dejar a los suyos e ir por el camino que le había indicado. 'Decaerás muchas veces porque pensarás que te he engañado, creerás que no existe la meta y desearás volver. En esos momentos usa tu voluntad: continúa, continúa siempre' '¿Cómo sabré cuando haya llegado, si ni siquiera puedo imaginar el lugar al que arribaré?' 'No te preocupes. Cuando verdaderamente consigas el destino no te quedará duda alguna, y no te conformes con menos que el final del camino'.

Partió sin avisar a nadie. A los pocos días dudó, tal como le había advertido el intruso. Quizás era un viaje imposible y estaba dejando el mundo conocido. Además, sentía que no avanzaba por más que apuraba el andar. Entonces recordó sus palabras y siguió. Cuando observó que los días aclaraban se llenó de paz y fuerza, la alegría le hizo entonar canciones. Admiró el paisaje con sus colores de tonos distintos. Recordaba: 'Que la naturaleza no te distraiga, permanece con la vista en la meta'. Una noche pensó: '¿Cómo puedo seguir si no sé dónde voy?' En sueños una voz le dijo: 'Tendrás ayuda siempre que desees mantener el rumbo'. 'Quiero seguir y no sé cómo hacerlo -preguntó Juan. -Cuando vivía en la oscuridad el mundo era pequeño, llegaba hasta donde los ojos veían y eso era muy cerca. Ahora puedo ver hasta el horizonte extenso y me canso de tanto andar'. La respuesta vino al día siguiente cuando encontró a un pájaro hablador: 'Desde la altura puedo ver mucho más allá que tú, pero no tengo destino a dónde llegar. Si me dices cuál es el final del camino nos podemos ayudar los dos'. Juan le contó lo poco que sabía y continuaron unidos el recorrido. Después se toparon con un gran gorila que asustó a Juan. El gorila cargaba rocas porque no sabía qué hacer con su fuerza. El pájaro le dijo: 'No temas, es un noble animal. Sube en sus hombros, así no te cansarás'.

Continuaron juntos porque a los tres les convenía.

"Desde la altura el pájaro anunció: 'Si siguen derecho llegaremos a un hernioso valle'. Continuaron hasta el lugar donde descansaron. Juan advirtió: 'No debemos quedarnos mucho tiempo aquí, no es nuestro destino'. Entonces el ave y el gorila prosiguieron porque la voluntad de ellos era la del hombre. El ave anunció: 'Veo una gran montaña en el horizonte'. 'Hacia allá debemos ir'. Indicó Juan que, sin saber, sabía. Cuando llegaron a la base del monte vieron que descendía de la cumbre un río con aguas de mil colores, que nunca habían visto ni imaginado. En ellas venían flotando miles de esferas de todos los tamaños. Subieron agitados hasta donde se producían las aguas y las esferas y se bañaron en aquella fuente maravillosa. Ese era el destino del viaje. En medio del agua danzaron los tres, entremezclándose con movimientos armoniosos. Desde entonces, Juan no fue más sombra, sino luz, y logró el entendimiento del pájaro y la fuerza del gorila. El gorila se transformó en un joven que tomó la voluntad de Juan y la claridad del pájaro. El pájaro se tornó mujer que absorbió la decisión de Juan y la unión a la tierra del gorila. Junto con cambiar se dieron cuenta que debían descender y volver a sus pueblos a sacar a la gente de la oscuridad, según Juan, de la soledad,

dijo la mujer y de la estupidez, comentó el joven”.

-Ese es el cuento que explica al circo -dijo Pedro. -Vamos hacia afuera, haciendo que la gente caiga en cuenta del aislamiento, como lo hicimos en aquel lugar donde nos vieron el Abúlico y el Loco.

-Entonces es cierto que se acaba el circo -dije.

-Al revés. ¿Por qué deberíamos dejar de lado nuestra noble carpa naranja? Seguiremos divirtiéndolo a la gente, es parte de nuestra destreza.

-¿Metiendo en cajas negras a los que quieran ingresar? -insistí.

-No será necesario, los tiempos cambian. Quienes se interesen tendrán la cabeza menos dura.

Quedamos en silencio. Las estrellas se veían claras, redondas, más grandes y ocupaban el espacio que, indudablemente, era volumétrico. La noche estaba calma por fuera y convulsionada en nosotros.

-¿Qué es el circo? -preguntó Pedro. -No viene de circón, el zargún de los persas, aunque se le parece en lo precioso y su color oro. Ni del circonio aunque sea tanpreciado por lo escaso. Sí es pariente del circus de los romanos que significa cerco, límite entre lo que está adentro y afuera.

Se levantó y trazó una recta en la tierra con una vara.

-Si así es, ¿quién de ustedes traspasa el cerco y entra? Nos paramos. El Abúlico de inmediato y después el resto de nosotros traspasarnos aquel límite.

-Bien, si es que el circo va hacia afuera debemos hablar de tareas. Aquí hay uno que se resistirá a los cambios porque es lento de ideas. El resto pondrá rápidamente manos a la obra. Veo al Abúlico, al Cuervo y al Triste entusiasmados con el reto. La primera tarea será contar esto a nuestros compañeros que han quedado lejos. Después partiremos a los cuatro rincones del mundo, hasta que lo hagamos propio y pequeño. ¡Amigos, la aventura ha comenzado!

No había sido nombrado; una sensación de opaca orfandad me inundó

-¿Y la misión del Loco? -preguntó adivinando mi desazón. -La imaginación que tienes es tan poderosa que has creado un universo propio en la cabeza. Tus ideas son enredadas como los rulos del pelo. ¿La tarea? Escribe lo que has vivido en el circo desde el momento en que tomaste contacto con nosotros. Escribe con tus certezas y tus confusiones. No censure ni busques perfección; tampoco trates de ser exacto, no resultará. Ahora ya sabes que desde donde estás, la realidad puede ser múltiple y depende de quien observe. Te servirá para ordenar y capaz que aprendas a proporcionar.

En silencio, uno después de otro, descendimos. La reunión terminaba. Del fuego quedaban las brasas. La noche aún estaba sobre nuestras cabezas y sin embargo aquí ya se anunciaba el amanecer.